

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

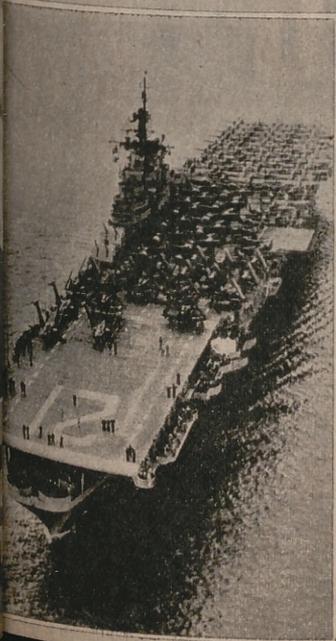
SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 6 - 12 febrero 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 323

NORTEAMERICA, SOLA ANTE EL PELIGRO

UN
POLVORIN DEL
MUNDO PUEDE
ESTALLAR

ANDANZAS DE LA
SEPTIMA FLOTA



INESPERADA "PURGA" EN EL PARTIDO COMUNISTA ITALIANO

Secchia, el «hombre duro» cae en desgracia. (Vea la pág. 60.)

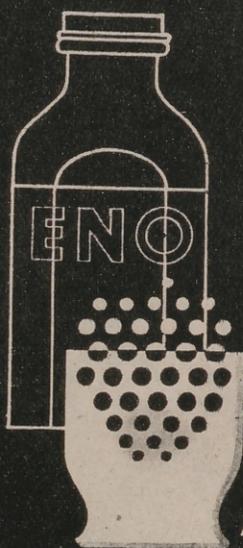
Los premios nacionales del cine español (pág. 7). ● Carta del director a don Cecilio Rodríguez (pág. 10). ● Carmen Kurz, la ganadora del Premio de Novela «Ciudad de Barcelona» (pág. 13). ● La justicia de Francia, en crisis (pág. 15). ● Los sucesos de Costa Rica y el mal de América, por Camilo Barcia Trelles (pág. 20). ● En la «misia» catalana del poeta romántico Manuel de Cabanyes, por José Fernando Aguirre (pág. 21). ● Las tres producciones básicas para la prosperidad industrial (pág. 27). ● Un premio internacional para la arquitectura española. Entrevista con Miguel Fisac, por Ernesto Salcedo (pág. 32). ● Yo, K-Hito (página 44). ● El libro que es menester leer: «McArthur 1941-1951», por el general Willoughby y John Chamberlain (pág. 48). ● Sevilla es buena si el río suena, por nuestro enviado especial Costa Torró (pág. 52.)

REGRESO A LA TIERRA, novela por Enrique Ruiz García (pág. 38)

DARD



Todo lo que usted necesita para mantener la salud y la buena condición física e intelectual, es el vaso matinal de esta bebida depurativa, tónica y refrescante que iguala la acción de la fruta fresca y madura



"SAL DE FRUTA"



ENO

MAR. A.

DE P.S.T.

AVIVA CUERPO Y MENTE

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

NORTEAMERICA, SOLA ANTE EL PELIGRO

UN POLVORIN DEL MUNDO PUEDE ESTALLAR

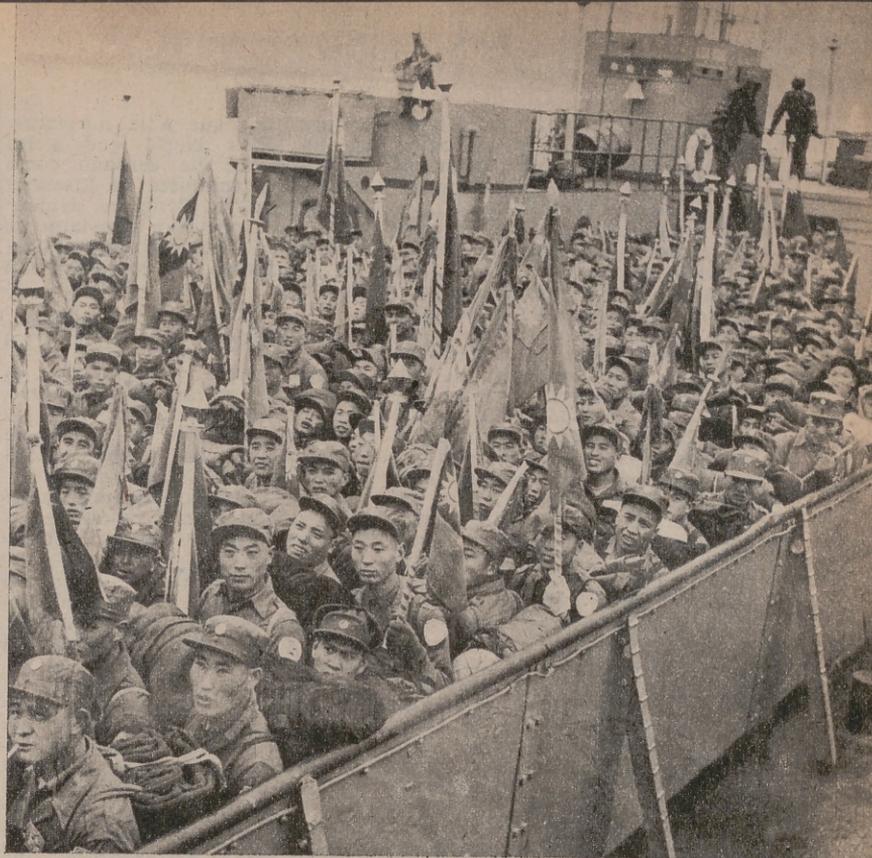
ANDANZAS DE LA SEPTIMA FLOTA

PSICOLOGICAMENTE hablando, el mundo se encuentra hoy en una situación mental muy parecida a la del 24 de junio de 1950, cuando los comunistas nortecoreanos cruzaron el Paralelo 38 y se lanzaron a la conquista de Corea del Sur. Se tiene la impresión, en una palabra, de que nos hallamos al mismo borde de la tercera guerra mundial.

Esta psicosis de peligro se ha apoderado principalmente del pueblo norteamericano; psicosis agravada por la sospecha, sin duda justificada, de que en caso de una «mayor war» en Extremo Oriente los Estados Unidos se encontrarían virtualmente solos. Solos ante el peligro.

Otro centro nervioso del mundo, Hong-Kong, ha acusado también de una manera especial el impacto de este peligro. Los corresponsales de las agencias mundiales de noticias situados en esta única puerta de comunicación directa entre Oriente y Occidente hablan de la «deserción de los comerciantes», quienes cierran sus tiendas y se van con sus familias a lugares más tranquilizadores. Estos son *les perélins de la peur*, los peregrinos del miedo, como llamó la Prensa francesa a los que en el verano de 1950 huyeron de los peligros que amenazaba con desatar la guerra de Corea.

Hace unos días, cuando el Presidente Eisenhower leyó su mensaje ante el Congreso de la Unión, había en el Capitolio «clima de guerra». Mucha gente estaba convencida de que estaba asistiendo a una sesión histórica, como la que precedió a la declaración de guerra al Eje después del tremendo golpe de Pearl Harbour. La Cámara de Representantes votó unánimemente a favor del plan Eisenhower para Extremo Oriente, en medio de una gran excitación. En el Senado, el debate fué más contenido y estricto, porque así lo exige la tradición. Pero, de todas maneras, los oradores hablaron en un tono desacostumbrado: en el tono que se reserva para las grandes solemnidades. Todos habla-



Tropas de Formosa decididas a la defensa de su isla

ron un poco pensando en los futuros manuales de Historia.

En el resto del mundo, el asunto de Formosa está preocupando hondamente. Incluso en Francia a pesar de que las inundaciones y las fotografías del zuavo del puente d'Alma acapararon las primeras páginas de los periódicos. Hay, pues, «psicosis de guerra», que el Presidente Eisenhower ha querido amortiguar marchándose tranquilamente a pasar el fin de semana en Augusta (Georgia). No lo ha conseguido. Aunque todavía no los ejércitos, el miedo ya está en marcha.

CUATRO ACTITUDES Y UN SOLO PROBLEMA

Bien. La situación creada por el conflicto de Formosa es muy compleja y tiene innumerables derivaciones: políticas, diplomáticas y militares. Así, nuestro propósito al redactar este trabajo es facilitar al lector de **EL ESPAÑOL** una especie de «Digest» o guía «para andar por el asunto de Formosa».

Vayamos primeramente con el aspecto politicodiplomático de la cuestión. Anotemos de entrada la posición de los «grandes» ante este conflicto.

1. **Estados Unidos.**—No han reconocido nunca, ni parecen dispuestos a hacerlo, el régimen comunista de Pekín. Se han opuesto siempre, sistemáticamente, al ingreso de la China roja en la O. N. U. Lograron que ésta condenase a aquélla—una sanción más bien moral—como potencia agresora en Corea. Para Washington, la única China de derecho es la que representa Chan Kai Chek. Después de estallar las hostilidades en Corea, Washington envió a aguas de Formosa a la VII Flota para impedir

un posible desembarco comunista en la isla. Mantiene en ésta, agregado al Cuartel General de Chan Kai Chek, el «United States Military Assistance Group» (Grupo de Asistencia Militar de los Estados Unidos) y en el pasado mes de diciembre se firmó un tratado de Defensa mutua entre Washington y Taipeh, cuyas últimas implicaciones se guardan en secreto.

2. **Unión Soviética.**—Es la principal aliada y mentor de la China comunista. La relación entre ambos países es la de astro a satélite. Es Rusia la que está suministrando a China la mayor parte de la maquinaria pesada que necesita para su industrialización y la casi totalidad de su armamento (aviones a reacción submarinos, lanchas rápidas y torpederos). Uno de los miembros de la expedición laborista que visitó recientemente China ha



Unidades de la Marina de guerra norteamericana en aguas del Pacífico

escrito en el «Daily Telegraph» que la U. R. S. S. tiene cogida a China por la nariz: «Bastaría con que Rusia dejase de mandarle piezas de recambio para sus industrias para que el plan quinquenal de Pekín se viniese al suelo sin remisión. «Hace tres años, el primer ministro y titular de la cartera de Exteriores Chu En Lai, firmó en Moscú con gran solemnidad un tratado de Amistad y Defensa Mutua con la Unión Soviética.

3. **Gran Bretaña.**—Reconoció casi inmediatamente el régimen comunista de Pekín, pensando, sobre todo, en sus intereses económicos y especialmente en Hong-Kong. Ha defendido siempre el ingreso de la China comunista en las Naciones Unidas y se ha opuesto a cualquier medida de bloqueo contra aquella nación. A cambio de todo esto los comunistas chinos se han incautado de la casi totalidad de las casas comerciales británicas allí existentes. Chan Kai Chek es, sin duda, uno de los hombres más impopulares del mundo para los ingleses. La idea de mister Attlee de «neutralizar» Formosa y de exilar a Chan Kai Chek es, en cambio, muy popular. El Gobierno británico piensa sustancialmente como mister Attlee, pero lo disimula en beneficio de sus buenas relaciones con los Estados Unidos.

4. **Francia.**—En esto, como en otros muchos casos, la posición francesa es ambigua. Por un lado, París tiene una representación diplomática en regla cerca del Gobierno nacionalista chino en Taipeh. Por otro, mantiene relaciones oficiosas con Pekín, cuyo Gobierno reconoció «de facto» durante la conferencia de Ginebra, como recordarán nuestros lectores. No obstante, la actitud de Francia está más próxima a

la británica que a la norteamericana. Por cierto que a los franceses les ha sentado como un tiro la conducta de Eisenhower leyendo al Congreso su mensaje sin consultar previamente con París, habiendo «multiplicado, en cambio, los contactos con Londres».

EL E. M. DEL APACIGUAMIENTO SE MOVILIZA

Como puede ver el lector, es muy difícil extraer un denominador común del criterio de los occidentales sobre el caso de Formosa. No puede hablarse aquí de un «frente común». Por eso repetimos, los americanos saben que si hablasen finalmente las armas se encontrarían solos frente a China.

Más por tranquilizar a sus vacilantes aliados que por convicción propia, Eisenhower introdujo en su mensaje al Congreso un párrafo en el que decía que vería de buena gana intervenir a las Naciones Unidas en el pleito de las dos Chinas. Abrió así una «puerta diplomática» al conflicto con resultados hasta ahora muy poco alentadores. Para ver si esta puerta conduce a alguna parte se ha movilizado el «estado mayor del pacifismo». Del pacifismo o del apaciguamiento:

1. Se convocó una reunión urgente del Consejo de Seguridad, invitando Nueva Zelanda a China roja para que enviase a Nueva York una delegación.
2. El Pandit Nehru, aprovechando la reunión de «premiers» de la Commonwealth en Londres, se ha ofrecido para servir de estafeta volante entre Churchill y Chu En Lai.
3. El embajador de Gran Bretaña en Moscú, sir William Hayter, recibió instrucciones de White Hall para pedir a Molotov que intercediese cerca de Pekín acon-

sejándole moderación. La entrevista fué «cortés y reservada» por parte del ruso.

4. Churchill y Eden han pronunciado discursos pidiendo también «moderación». Etcétera, etcétera. Millares de veces más o menos autorizadas han pedido «moderación y prudencia» en todas las lenguas del globo.

Y entretanto, ni la China roja ni la China nacionalista de sean en realidad un alto el fuego. La primera, porque desea conquistar Formosa, ahora cuando pueda; la segunda, porque desea reconquistar la China continental cuando se sienta con fuerzas para ello. Pekín aleja que la intervención de la O. N. U. en el «affaire» es una «injerencia en los asuntos internos de nuestro país». Taipeh subraya que el llamar aparte una representación comunista en Nueva York equivale a un reconocimiento «de facto» del régimen de Mao Tsé Tung. Decididamente, la «puerta diplomática» no lleva a ninguna parte. Y si llevase a alguna parte no será, por cierto, en razón de tanto despliegue moderador, sino porque a Pekín no le conviniese forzar más la situación.

LA VII FLOTA

Quiere decirse, en una palabra, que el principal argumento «diplomático» con que cuentan los Estados Unidos en este pleito es la VII Flota.

La VII Flota es una fortaleza militar aéronaval móvil, la mayor que ha surcado el Pacífico desde la pasada guerra mundial. Está organizada con arreglo a lo que técnicamente llaman los americanos una *Task Force*, término naval que podríamos traducir libremente por «fuerza en misión de combate, de unidades variables, que puede ser utilizada de inmediato allí donde sea necesario. Tácticamente está ordenada así:

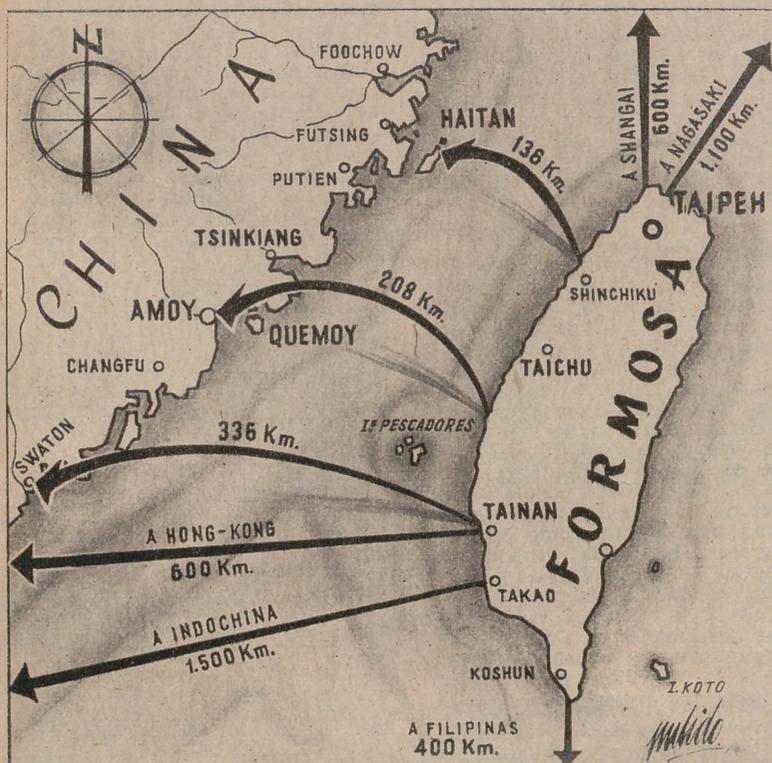
**Task Force 77.*—Comprende los portaaviones «Essex», «Yorktown», «Kearsage», «Wasp» y «Princeton». Desplazamiento medio, 40.000 toneladas. Llevan a bordo cada uno 65 aviones en combate, la mayor parte de ellos a reacción de los tipos «Grumman» F9F 6, «North American» FJ-1, «McDonnell» F2H y los Douglas AD «Skyraider» y F4U «Skynight». Todos estos portaaviones fueron botados durante la segunda guerra mundial, pero han sido modernizados, a excepción del «Princeton», que lo será pronto. Están dotados de armas «convencionales» y atómicas.

A este grupo de portaaviones se ha sumado como refuerzo uno de los más grandes portaaviones de la Marina de los Estados Unidos: el «Midway», que pesa 45.000 toneladas y que lleva a bordo 137 aparatos.

Los portaaviones son mandados por el vicealmirante Stanhope C. Ruig.

**Task Force 75.*—Lo componen dos cruceros y lo manda el vicealmirante R. E. Wilson.

**Task Group 70.1.*—Está integrado por el buque insignia de la Flota, el crucero de 17.000 toneladas «Helena», dotado con 600 hombres de ocho pulgadas.



He aquí sobre este gráfico la situación estratégica de la isla de Formosa y la distancia que la separa de la costa comunista

*Task Group 70.4.—Un portaaviones adaptado para la lucha antisubmarina y de dos a cuatro destructores. Lo manda el vicealmirante W. F. Roddey.

*Task Group 70.5.—Lo integran varios minadores, cazaminadores y barcos auxiliares.

*Task Group 70.6.—Una flotilla de 36 destructores.

*Task Group 70.9.—Está formado por submarinos, algunos de ellos provistos de equipos de radar para denunciar la presencia de aviones enemigos.

*Task Force 72.—Es la encargada de patrullar por el Estrecho de Formosa. Está integrada por una fuerza de 24 aviones patrulleros P5M, por lanchas rápidas y varios destructores. Está al mando del vicealmirante F. N. Kivette.

*Task Force 73.—La componen petroleros, transportes de municiones, barcos de suministros y de reparaciones. Todos a las órdenes del vicealmirante Chester C. Smith.

A estas unidades se han unido a toda máquina el crucero «Pittsburgh», que se encontraba en Hong-Kong, y cuatro destructores más que estaban en Singapur.

En total, unos cien barcos con unos 400 aviones. El lector puede imaginarse la cantidad de miles de toneladas de explosivos que esta enorme fortaleza aeronaval puede «colocar» en un momento dado sobre un objetivo militar. Sin tener en cuenta, claro está, las armas atómicas. Los comunistas chinos están acostumbrados a ver a la VII Flota y saber lo que se juegan.

DIEZ ALMIRANTES POR MEDIO

Si un día el Presidente Eisenhower, investido de poderes especiales por el Congreso para defender Formosa y el archipiélago de las Pescadores, diese a la VII Flota la orden de hacer fuego, los «canales» de esta orden dramática serían los siguientes: Casa Blanca, Pentágono, almirante Flix B. Stump (comandante en jefe de la Flota del Pacífico y del teatro de operaciones de este océano, con Cuartel General en Pearl Harbour), vicealmirante Pride.

Alfred M. Pride tiene una gran experiencia bélica, adquirida en las dos guerras mundiales. Perteneció a la aviación naval de los Estados Unidos desde los principios de ésta y actuó en Francia y en el Pacífico en la última contienda. Pionero de los portaaviones, ayudó a resolver muchos de los problemas de despegue y aterrizaje de los aparatos en las cubiertas de estos navios.

Pero un complejo bélico de la categoría de la VII Flota no puede ser fácilmente «accionado» desde el Pentágono o la Casa Blanca, a miles de millas de aguas comprometidas. Por eso en el debate del Senado sobre el mensaje de Eisenhower surgieron dudas en cuanto al manejo «sur place» de la VII Flota. ¿Iba a abandonarse al criterio del vicealmirante Pride la decisión de abrir fuego contra los chinos comunistas y de maniobrar con la



Fuerzas nacionalistas de Formosa se adiestran en las nuevas tácticas de la guerra, bajo la dirección de especialistas americanos

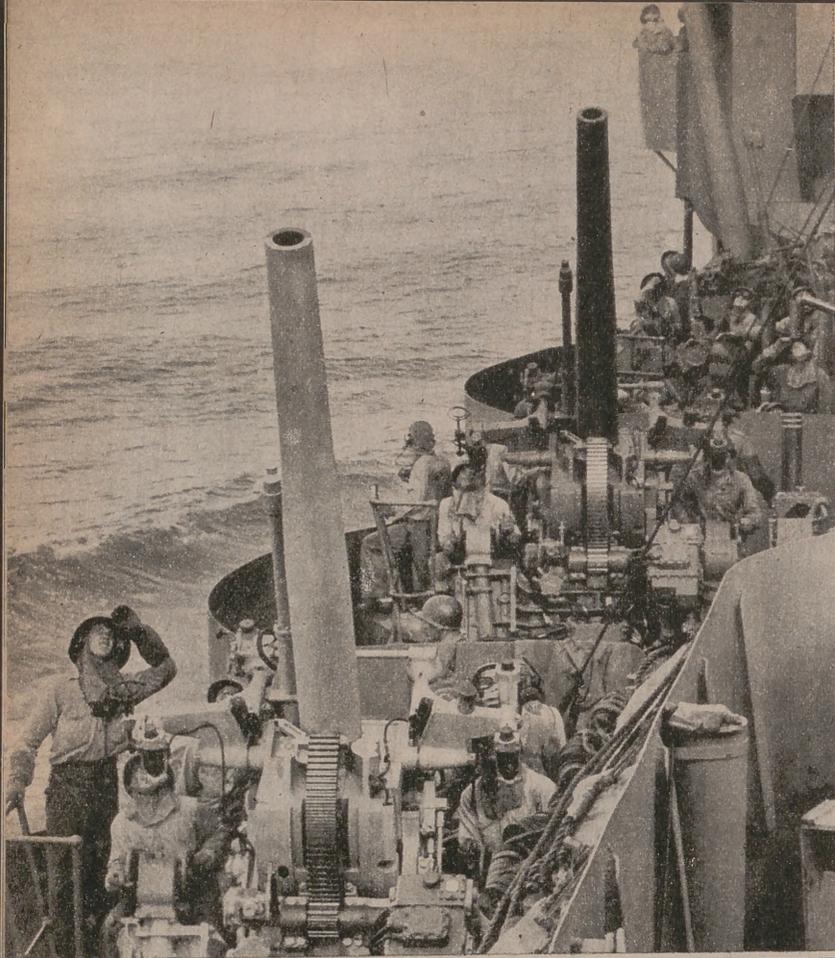


Soldados de la China Nacionalista llevan como símbolos de libertad los retratos de Chan Kai Chek y de Sun Yat Sen, primer Presidente de la República China en 1911

VII Flota como creyese oportuno en un momento dado? O, dicho en otras palabras, ¿iba a tener la última palabra un vicealmirante de la Marina en la vitalísima cuestión de la paz y de la guerra?

El lector recordará que estos mismos escrúpulos asaltaron a los ministros del Consejo de la O. T. A. N. cuando recientemente se reunieron en París. ¿Iba a depender la suprema decisión de emplear la bomba atómica de los generales del S. H. A. P. E., haciendo irremediable algo que todo el mundo desea evitar? En París se acordó que serían los Gobiernos participantes en la O. T. A. N. los que resolverían

llegado el caso Y cuando en el Senado de los Estados Unidos se planteó la cuestión en términos muy parecidos, sobre los poderes de Pride, el Presidente consultó con el Consejo Nacional de Seguridad, con los jefes de Estado Mayor y con los líderes del Congreso, resultando de ello el siguiente comunicado: «La responsabilidad del Presidente no ha sido delegada en nadie. Sólo él decidirá si las fuerzas navales y aéreas de los Estados Unidos, cuya misión en el Estrecho de Formosa es puramente defensiva, deben ser empleadas en otros objetivos que no sean la protección directa de Formosa y de las Pescadores.»



La Armada americana que vigila constantemente el estrecho de Formosa garantiza la defensa de la isla

LA TRADICION DE FERRAGUT

Con esta declaración presidencial todo el mundo se quedó tranquilo. La tranquilidad llegó incluso a Londres y París, donde se suele desconfiar de la «acomodación de esos jóvenes estrategas americanos». Pero de todas maneras, no cabe duda que, sobre el terreno, quien tiene la última palabra es Pride. Con arreglo a la tradición militar prusiana, un príncipe de Hamburgo puede ser condenado por indisciplina aunque ésta haya llevado a la victoria. Pero las tradiciones militares americanas son mucho más prácticas. Podríamos llamarla «la tradición de Ferragut».

Entre el Pentágono y Pride hay, por lo demás, unos diez almirantes. De todos ellos dependen los movimientos de la VII Flota.

TACHEN, PIEDRA DE TOQUE

La piedra de tope para conocer la «capacidad de desafío» de los comunistas chinos es la isla de Tachen. El número de hombres a evacuar es de 10.000 a 12.000, mas la población civil, que no quiere correr la suerte de los vietnamitas del Norte después de la retirada de los franceses.

Esos 10 ó 12.000 hombres integran la 46 división nacionalista. Ha sido enteramente equipada con material norteamericano y la manda el general Liu Lien Chi. Tachen estaba bien fortificada con campos de minas, «bunkers» y trincheras subterráneas. Pero desde que los rojos tomaron la isla de Yikiangshan, a 12 kilóme-

tros, distancia que cubre con holgura la artillería pesada comunista, la defensa de Tachen sería desesperada. Su proximidad a los aeropuertos continentales de la zona Shanghai-Ningpo-Hangchou centuplica el poder ofensivo de la aviación enemiga.

Los hombres de Liu Lien Chi se llevarán en la retirada todo su equipo militar—de procedencia norteamericana en su totalidad como hemos dicho más arriba—, consistente en cañones antiaéreos, armas automáticas y cañones de diversos calibres. Esta 46 división no podría defender Tachen durante mucho tiempo, pero significará un buen refuerzo para la misma Formosa.

«JUNCOS» Y «SAMPANS»

Se ha especulado mucho, como ustedes saben, sobre la posibilidad de que la VII Flota fuese atacada por las unidades navales o aéreas rojas. En un reportaje publicado en el número anterior de EL ESPAÑOL aludíamos ya al singular combate que podrían entablar «juncos» y «sampsans» contra portaaviones de 35.000 toneladas.

Ahora, si pasamos revista a la potencia naval comunista, advertiremos más plásticamente el desequilibrio de las fuerzas en presencia, sin la menor probabilidad de que se repita la historia de David y Goliath. La Flota roja dispone de un grupo de torpederos rápidos y de cuatro o cinco submarinos costeros. Todos ellos de fabricación rusa, como de costumbre. Las unidades de desembarco propiamente dichas son los clásicos «juncos» y «sampsans»

Se necesitan millares de estos barcos para transportar una fuerza inicial de cabeza de puente.

No podemos explicarnos muy bien los éxitos que ha tenido esta flota casi fluvial contra la Marina nacionalista, pues ésta está mucho mejor dotada: siete destructores, 16 minadores; y numerosas cañoneras y barcos patrulleros, con unos efectivos totales de 40.000 hombres.

El éxito comunista en Kikinagshan, por ejemplo sólo puede explicarse por la supremacía aérea comunista. Tachen está a 300 kilómetros de distancia de Formosa. El viaje de ida y regreso de los aviones nacionalistas supone como mínimo 600 kilómetros. En cambio, para los aparatos rojos esa distancia se reduce a unos 40, partiendo de los aeródromos próximos a la costa.

La VII Flota dispone, como hemos visto, de unos 400 aviones de todos los tipos. A éstos hay que añadir 110 «Sabres» llegados a Formosa desde Okinawa, Filipinas y otras bases americanas en el Pacífico. Quinientos aviones pueden servir así de «sombrellas» a los barcos que participan en la evacuación de Tachen.

Los rojos, en esta zona de operaciones, sólo han puesto en el aire, hasta la fecha, 200 aparatos. Los datos militares están, pues, a favor de la VII Flota tanto en el mar como en el cielo. Cabe esperar que los comunistas no buscarán con demasiado ahínco una soberana paliza, independiente de lo que después ocurriese.

Por otro lado, la declaración de Molotov aunque sibilina, como todas las suyas, parece sugerir que los rojos no tratarán de impedir la evacuación de Tachen tomando por la fuerza lo que pueden tomar sin disparar un tiro, con sólo esperar unos días.

QUEMOY Y MATSU

En este tablero estratégico, bastante diáfano, quedan dos incógnitas: Quemoy y Matsú. ¿Qué va a pasar con estas islas, tan próximas al Continente? ¿Quedarán dentro o fuera de la protección de la VII Flota. El mensaje de Eisenhower alude exclusivamente a Formosa y Pescadores. Pero se ha dejado ver con claridad que en ciertas circunstancias también Quemoy y Matsú serían defendidas. En Quemoy, al igual que en Tachen, hay una división nacionalista completa. Y en Matsú que sólo cuenta con una población de 5.000 habitantes, la guarnición es también muy importante. Los expertos calculan que los rojos necesitarían de 5.000 a 10.000 «juncos» y «sampsans»—movidos a vela—para crear una cabeza de puente en el archipiélago. 10.000 «juncos» y «sampsans»—

Estos son los datos políticos y militares del problema. Con ellos el lector puede elaborar un juicio sobre los acontecimientos más inmediatos. Porque una guerra de verdad entre China y los Estados Unidos pondría en juego otros factores muchísimo más complejos de los que hoy están sobre el tapete.

M. BLANCO TOBIO

EL CINE TIENE SUS PREMIOS

EN TORNO A LA MISTERIOSA CENA DE LOS CONCURSOS



GUIONES Y GUIONISTAS

José María Belloch y Fernández Galar, Primer Premio de Guiones 1954



Arriba: El Jurado que concedió el premio, reunido bajo la presidencia de don Joaquín Argamasilla, director general de Cinematografía. Abajo: Fernández Galar y José María Belloch, autores de «Torrepartida», guión premiado

A las once de la noche del sábado 29 de enero, diecinueve hombres se han reunido a cenar en un edificio de Madrid. Un impenetrable misterio rodea la comida. Los camareros, mudos como estatuas, como si estuviesen imposibilitados para la observación, no saben nada de lo que ocurre allí dentro. Nada se trasluce, nada se adivina.

Son las once y media de la noche. Se han servido los dos primeros platos—clams chowder y mero en cazuela—y se está terminando el último—granadinas de ternera maragall—. La tarta helada y las pastas aguardan su turno. Los camareros, por no saber, no saben, para los de fuera, ni el nombre del menú. Dentro, varios millones de pesetas esperan su destino; se va a fallar dentro de unos instantes el Concurso de Guiones y Películas del Sindicato Nacional del Espectáculo correspondiente al año 1954.

En las conversaciones de los que esperan el resultado, como en todos los premios, hay favoritos. De lo que más se habla es de películas, puesto que los guiones, forzosamente, es raro que hayan podido ser leídos antes de presentados por los aficionados al cine.

—Yo creo que «Cómicos» tiene el mérito mayor.

—No te olvides de «Murió hace quince años».

—¿Y «El beso de Judas»?

—¿Y «Todo es posible en Granada»?

Una a una, van saliendo casi todas las películas estrenadas durante el año pasado, cada cual con sus preferencias, con sus gustos o con sus amistades.

En el cuarto de dentro, en el

cuarto de las emociones, el director general de Cinematografía y Teatro, don Pedro Argamasilla y de la Cerda, preside las inminentes deliberaciones; como vicepresidentes, Casanova y Serrano Guzmán; y como vocales: Gutiérrez Maeso, Alonso Pesquera, Echarri, Cossío, Timmermans, Maroto, García Herranz, Pamplona, Mihura, Villalba, Pérez, García Ramos, Fernández Reus, López y Hernández Navarro, que hará de secretario.

Con permiso especial, algún fotógrafo puede sacar testimonio gráfico; luego, la votación da comienzo. Son, exactamente, las doce y diez de la noche.

Un cuarto de hora más tarde—quince minutos justísimos—, Hernández Navarro sale de la habitación y, dirigiéndose a la reunión exiliada dice, sin más, de repente, el resultado primero:

—«Torrepartida», guión original de Alberto Fernández Galar y José María Belloch, es el primer premio.

Y a continuación los nombres de «Pasaje a Venezuela», de Merelo, Domínguez y Salviá, y «En

la sonrisa de Dios», adaptación de José Antonio de la Loma, con los premios segundo y tercero.

Se pregunta por los finalistas. Hernández Navarro se vuelve y completa la lista:

—«Siempre hay un testigo», de Luis Fernando Domínguez; «El testigo», de José María Rincón y Pedro Gil, y «Las últimas horas», de Santos Paniagua.

Con gran prisa, el secretario ha vuelto al Tribunal, que le espera. Los Jurados, que sólo pertenecían al concurso de películas y aguardaban fuera, ahora han sido relevados por los de guiones, que acaban de salir. En el ambiente se tiene la impresión de que el fallo de las películas, al igual que el de los guiones, no se hará esperar mucho.

Pero la sesión segunda, que comenzó a las doce y media, no lleva trazas de terminar. Son las dos en punto y ni siquiera rumores. Cinco minutos más tarde, por fin, se abre la puerta y sale, en primer lugar, el señor Argamasilla. Después, Alonso Pesquera, y luego los demás.

—Este es el orden de los pre-



Belloch y Fernández Galar, dos nuevos hombres en quienes ha reparado la fama, muestran su satisfacción

mios: «Murió hace quince años», «Cómicos», «Todo es posible en Granada», «La patrulla», «Cañas y barro» y «Un caballero andaluz».

Inevitablemente, un murmullo espaciado se va difuminando por los corrillos. Y se comenta cómo no salió «El beso de Judas» o por qué «Todo es posible en Granada» adelantó a «Un caballero andaluz», o de qué forma «La patrulla» ocupó el cuarto puesto.

Los Jurados, aunque lo parezca, no han terminado todavía. Falta aún discernir el galardón de los cortometrajes. Cuando el último vocal sale del edificio, dan las tres de la madrugada en un reloj de las cercanías.

LA COLABORACION COMENZO EN EL CUARTEL

Todo español, pues, puede concurrir libremente a este premio de guiones. Setenta y cinco mil pesetas—con la pertenencia del guión para la entidad que instituyó el premio—son una buena recompensa.

Directores de nuestro cine han salido de estas convocatorias. Ahí están, por ejemplo, Mur Oti y Berlanga entre otros.

Una de las grandes cualidades de este Concurso es que los autores de guiones presentan liberrísimamente su tema. No hay aquí imposiciones comerciales o conveniencias productoras. Cada uno, sin atenerse a directrices, escribe su guión. Y por ello la calidad de éste es, en grandes ocasiones, superior en sinceridad a realizaciones que fueron estrenadas.

Setenta y cinco mil pesetas han ido a parar, en una noche de enero, a casa de dos nuevos guionistas españoles. Este es el refrendo oficial, el refrendo de la fama.

En un séptimo piso de la calle Cea Bermúdez, de Madrid, se encuentran los ganadores del primer premio de guiones de 1954. Es la casa de Fernández Galar. José María Belloch acaba de llegar de Teruel. Un papelito azul le comunicó, a las tres de la mañana del sábado, la decisión del Jurado: «Nuestro guión, «Torrepartida», primer premio.»

Una sala reducida, elegante, con un tresillo verde al centro. Al fondo, el despacho y biblioteca de Alberto Fernández Galar, en la que abundan novelas de nombres extranjeros. En la mesa, a modo de escribanía, un enorme cañón de bronce patinado. Belloch dice:

—Este cañón también tiene algo que ver con lo de la colaboración. Me recuerda la fecha en la que conocí a Galar. Somos los dos de artillería. Servimos en el Regimiento 41 de Segovia. Un día me lo encontré en un rincón leyendo un libro de filosofía. Desde entonces nos hicimos amigos. En el regimiento había una revista de los artilleros del Alto de los Leones de Castilla que se llamaba «Fuerza», y en ella apareció por vez primera nuestra colaboración.

José María Belloch tiene treinta y ocho años, un año más joven que Galar. Hoy es juez en Teruel. Con Enrique Azcoaga, en 1945 hizo una adaptación de «Las cerezas del cementerio», de Miró, que ha estado varias veces a punto de rodarse. En 1953 quedaba como finalista en el Premio Planeta con su novela «Prohibido vivir». Con su acento marcadamente valenciano, dice mientras ríe:

—Mi novela es mejor que cualquier «Nadal».

Belloch es un hombre jovial, alegre, que en la conversación va siempre dejando una neta de humor fino o de pícaro sonrisa, aunque a primera vista su espaciosa humanidad produzca la impresión de un hombre serio, preocupado.

«Torrepartida» es su noveno guión y el cuarto escrito en colaboración con Galar. «Cuando el pasado muere», otro anterior, también fué galardonado en un concurso nacional de guiones. El teatro del S. E. U., años más tarde concedió su primer premio a «Inquietud», una obra de Belloch donde se recogían los aspectos más salientes de San Juan de la Cruz.

Alberto Fernández Galar, triunfador fundador del S. E. U. de la Escuela Industrial de Madrid, tiene hoy dos libros publicados. A Galar le han entusiasmado siempre los temas históricos. Su primera obra es una biografía de

Juan de la Cosa. Más tarde apareció «El collar del tiempo», sobre la historia de los musulmanes españoles del Sur. Quizá no tardarán en salir otros volúmenes que nos hablen de Abderramán III y «La luna creciente», serie de narraciones ambientadas en temas andaluces.

Galar es diferente a Belloch en un carácter serio, menos jovial. Quizá por ello se complementan hasta en la construcción de un guión cinematográfico.

Más tarde, Belloch haría la definición de los dos:

—Galar es más cinematográfico; yo, más literario.

«TORREPARTIDA», UNA PELICULA REALISTA

—¿De quién ha sido la idea primera de este guión?

Los autores se miran uno a otro. Galar responde, concretamente:

—El guión está escrito en completa colaboración desde su origen. Cuatro meses hemos tardado en escribirlo.

—¿Qué es «Torrepartida»?

—En «Torrepartida» —explica Belloch— hemos intentado una película de acción en su forma y en su fondo de una tesis profundamente humana. Es una película realista, aunque nada tiene que ver con el realismo italiano. Son cosas reales, hechos auténticos, recogidos en la sierra de Guadur y en los montes universales de Teruel. El personaje central es un tipo humano que encarna la duda. No es una duda hija de escepticismo religioso. Es una absoluta desconfianza en la humanidad, en los hombres, en las instituciones. Es el hombre que se pierde en la vida por no tener fe en las gentes. El recelo y el orgullo del protagonista son la causa de esta falta absoluta de creencia.

—¿Cómo se desarrolló este argumento?

Mientras Belloch enciende un cigarrillo, nos responde Galar:

—En el guión existen dos personajes, dos bandoleros que son hermanos, con psicología y reacciones distintas; un capitán de la Guardia Civil y una mujer. El protagonista muere perseguido por la Guardia Civil y por los bandoleros. En la persecución va desorientando sus ropas para desorientar a unos perros que van tras él. Muere desnudo sobre la nieve.

—Es un final espeluznante.

—añade Belloch—. Todo ocurre entre Valencia y Teruel. Como circunstancia queda el amor que los dos hermanos profesan a la misma mujer y otras aventuras peripecias que le prestan movimiento a la forma. Aludiendo a un final que hemos indicado, preguntamos que su título fuese «Un hombre sobre se queda solo». De pulsamos el guión con este nombre que lleva. «Torrepartida» es un nombre del pueblo, el de una nación dividida y el de un hombre sin fe.

—¿Qué autenticidad tiene el relato del argumento?

—Los hechos fundamentales son totalmente auténticos. Don Luis Rubio, fiscal de Teruel, hace algún tiempo nos proporcionó todos los datos sacados de los archivos.

—El tema de «Torrepartida» puede decirse que es exclusivamente nacional?

—De ninguna manera. Creemos

en la necesidad de los temas universales. El cine español puede ir al mundo y conquistar un puesto sin acudir al folklore y, lo que es más grave, sin imitar a otras pantallas. En el extranjero se busca la originalidad de España, lo típicamente español. Ahí está la causa del éxito de las películas folklóricas; pero hemos de pensar que en España hay otras cosas genuinamente españolas que no son folklore. El tema de «Torrepartida» es totalmente universal, que ocurre en nuestra guerra como pudo acontecer en la Independencia, en España, como en el norte de China.

—¿Podría decirse que es éste un guión político?

Belloch apenas si ha dejado terminar la pregunta:

—No, no. Ni político, ni apolítico, sino todo lo contrario.

—¿Se consideran ustedes guionistas profesionales?

Los dos se ríen. Fernández Galar responde, también por Belloch:

—No. En esto somos como quien va de pesca o de caza. Hoy podemos decir que hemos pescado una buena lubina.

—¿En qué forma han presentado el guión al Concurso?

—En desglose por secuencias, como un primer tratamiento; podríamos decir con diálogos divididos por escenas. Algo más que un guión puramente literario.

—¿Qué características tiene el guionista español?

—Mejor que las que tiene—dice Belloch—, voy a decirle una de la que suele carecer: el temor a la colaboración. En el extranjero, un guión siempre está hecho por media docena de guionistas. Recuerda la extrañeza con que me preguntaba Zavattini, ¿cómo puede un guión ser obra de una sola persona? El guión ha de ser, necesariamente, obra de equipo.

—¿Fueron con muchas esperanzas al premio?

—Este era un año en el que se presentaban pocos guiones y nos animamos.

—¿Cuál es la mayor ilusión de los autores de «Torrepartida»?

Galar no piensa la respuesta: —Nos ilusionaría el modo de dar con la verdadera forma de un cine realista español.

EL TRIUNFO DEL EQUIPO

Del tema del guión premiado se ha pasado a hablar de cine en general. Es lógico que ello sea así. Directores, películas, estrenos van saliendo sin orden fijo. Pero la conversación vuelve a recaer en los guiones; concretamente, en la técnica de hacer guiones.

—¿Cuál sería el consejo que darían ustedes al que empezara por vez primero a escribir un guión de cine?

Los dos, al unísono, se ríen ampliamente. Y Galar, antes que su compañero, contesta, rápido:

—Los consejos, más que ninguno, los necesitamos nosotros.

—Pero lo que sí se puede decir—interviene Belloch—es que para hacer guiones de cine hace falta ver cine. Como dice Camilo José Cela, al cine español le faltan horas de asiento. No se pueden hacer guiones en cuarenta días; hace falta más tiempo y más meditación.

—Respecto a la parte técnica,

¿qué es lo que más se destaca en el cine español?

—Hay muchos directores en España que saben hacer muy bien las cosas—vuelve a contestar Belloch—. Podría decirse que hay buenos directores y malos equipos. El cine no es patrimonio de un solo hombre; los triunfos se deben a los equipos. Por ejemplo, yo creo que el éxito de «¡Bien venido, mister Marshall!» es el triunfo de un gran equipo, incluido, naturalmente, el director.

—¿Es negocio hacer cine en España?

Fernández Galar se vuelve rápido y afirma:

—El cine es, si se hace bien, lo mismo aquí que en otra parte cualquiera, un gran negocio. Pero para ello hace falta un buen jefe de producción. Es en esta especialidad, en España, donde más se nota la falta de buenos elementos. La calidad de la persona que desempeña este puesto es decisiva para el éxito de la película. La comercialidad del cine no hay que buscarla en los guiones, sino en los jefes de producción. Lo que no es ser es decir que una película va a costar dos millones al empezar y cuando se ha terminado se han gastado doce.

El tema de quién les gustaría que fuera el realizador de su guión premiado ha surgido casi de repente.

—Si tuvieran que elegir director extranjero para la realización

cinematográfica de su guión, ¿cuál les gustaría?

Belloch alza la vista un poco y reposadamente, con voz cadenciosa y rítmica, da la respuesta con seguridad:

—Nuestra película no es para un director extranjero. El tema necesita el calor y la comprensión de un director español, que, además, sea joven y pueda por ello estar identificado plenamente con el motivo.

—¿Y de éstos?

—Hombre, todos nos parecen buenos.

—¿En dónde ven ustedes la mejor cantera del cine español?

Al ir a contestar, Fernández Galar se pasa, levemente, la mano por la cabeza.

—En dos lugares: en lo universitario y en lo «amateur». El cine español se salvará de verdad cuando los universitarios se incorporen plenamente a todas las especialidades de la cinematografía. No hay que olvidar que una película comienza en el guión y termina en la moviola. Por lo que se refiere al cine «amateur», ahí están los primeros premios conseguidos en el extranjero y la realidad de algunas figuras jóvenes en Cataluña, auténticos valores de nuestro cine.

Sin embargo, ellos dos, modestamente, han olvidado una cosa. Han olvidado que pertenecen también y por derecho propio a esa cantera de nuevos valores.

Alfonso BARRA



Alberto Fernández y José María Belloch, ante un cañón en miniatura



Maroto, Pesquera, Pamplona y Argamsilla, a la salida del fallo de guiones

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

SEÑOR DON CECILIO RODRIGUEZ

UNO no tiene otro recurso que descender de Adán, pero uno prefiere a Noé, aquel jovial patriarca gracias a cuya previsión se ha conservado la zoología en el orbe; porque el hombre es adánico, y como tal dispuesto a repetir el ciclo de Eva, de la manzana y de la serpiente, o sea, cuanto significa el pecado original y sus aledaños femeninos entre la condenación y la salvación; mientras que los animales son noémicos, tristes o alegres, salvajes o domesticados, mansos o feroces; pero sólo de una pieza y sin ninguna complejidad humana. Le escribo, señor don Cecilio Rodríguez, porque usted que se había criado entre las gallinas del Retiro, entre los gatos del Retiro, entre los gorriones del Retiro, junto a la Casa de Fieras municipal, era también bastante enterizo, bastante homogéneo, bastante resistente a la complicación y al matiz, a la manera de un aliguste que tuviese alma y creciese solitario en medio del oso y del madroño. Hay un proyecto urbano para instalar un «Zoo» a la alemana en la Casa de Campo, donde la España del Caudillo está demostrando ser una Patria agrícola con árboles y con tractores, un enormísimo soporte biológico e industrializado para poder salir de pobres, para dejar de ser una nación paupérrima en Europa.

Usted que fué un precursor de nuestros jardines madrileños, de nuestros parques autóctonos, se alegraría con la noticia de que en la villa y corte vaya a instalarse un arca de Noé a escala mundial; pero asimismo ha de compartir conmigo la opinión de que estos «zoos» deben contribuir con sus lecciones de Historia Natural viviente, más a la vez con sus lecciones ascéticas. Una ciudad puede distraerse con las monerías de un macaco, con la tozudez de un paquidermo, con el exotismo de una foca; pero esta ciudad en todos sus estratos sociales tiene que ir al parque zoológico para compararse, aproximarse o diferenciarse de los que no son hombres, ni mujeres, sino compañeros de travesía, dentro del diluvio universal, del viejo Noé. A menudo son las canciones quienes anuncian o adivinan nuestros gustos, que son proclamados bajo la música, sobre la música, poniéndoles «lemnidad» y «ritornello». Basándome en este presagio rítmico, en esta confesión musical, voy a recordar a usted cuál sería el animal o el conjunto de animales cuyo nombre expelido armónicamente por nuestros labios serviría para confeccionar un catálogo zoológico. Los villancicos se han urdido alrededor de la mula y el buey, y siempre hay un asnillo que arrear en el paisaje bíblico de Belén. Este burrito reaparece en la canción asturiana y peninsular que se conduce por la pérdida del solipédo que acarrea la vinagre, como des-punta en el otro burro al que hay que avivar porque hay tormenta. Mis hijos se han dormido junto al runruneo de los milagros de San Antonio, donde aparecen santamente beatificados todos los pájaros del cielo, y cuando despertaban oían que existe la gallina papanata, que expelle los huevos uno a uno, y la tarántula, que es un bicho muy malo... Mi hija más pequeña, se empuquefice más al cantar: «Cuando los pollitos hacen pío, pío»; porque ya vendrá el tiempo en que le transmitirán sus hermanas las canciones ancestrales, casi rupestres, de la cucaracha que ya no puede caminar, el chindarata misterioso de la pulga, el ratón y el escarabajo blanco o le contagiarán la sorna y el deje de aquellas coplas populares acerca de las chinches que se comieron al primer novio al son de sevillana o el son de la jota en torno al corazón alineado de una pulga.

El folklore es la cantera melódica del pueblo, que tan pronto, como si fuese un niño, se acerca a la rana, que es sentimental, como de-

vuelve onomatopéicamente el eco de la voz de otra rana sumergida debajo del agua. O invoca al caracol, caracol, o sigue el rondín, rondaire del pájaro bobo en espera de la golondrina. Las habaneras nos colmaren de aves ultramarinas, a la par que de molicie y de olor a especias que iban de la canela al café de caracolillo. En la habanera sale la paloma, la cotorrita y el loro de Veracruz, antes de que Jorge Negrete metiese en circulación la burrita, pobrecita, que no puede caminar (la que seguramente no era María Félix). Antaño, durante nuestras mocedades, nos emocionábamos con el lindo pajarito sin clasificar al compás de una bandurria o se hacía la apología gauchesca del caballo en los tangos, de aquellos pingos que fallecían como Damas de las Camelias. En la España más bronca, con anterioridad a que la mixtificase y gargarizase don Luis Mariano, entraban y salían por las canciones los caballos y los toros, tanto los caballos de los doce cascabeles como la mula torda de los campañilleros, tanto el torito bravo, capitán de la manada, como el torito bravo de Francisco Alegre. Y etcétera, etcétera; por el número de coplas, cuyos protagonistas son los nobles animales, los fieros brutos, la flor y nata de la zoología, es infinito, como corresponde a un país campesino y de fondo totémico.

Sin embargo, algo ha pasado en las costumbres para que las gentes se desentendían de la tradición y se distraigan de otro modo más burdo y más bufo y hasta (me atrevería a escribir) más bestial. Primero fué la vaca lechera; luego vino la burra sandunguera; en seguida la cabra Nicolasa, y ahora es la perrita pequinesa (un poco con la melosería de los tangos sentimentales) quien conmueve las laringes de las españolas y los españoles. Aún no hay guerra en Pekín; pero hay una perra pequinesa más conocida que Chu-En-Lai. En este instante se entona el disputado cántico de «No, leones, no», porque se había afirmado por las vocalistas que se criaban leones en la mar. Hemos ido desentendiendo en la escala zoológica, desde la antigua rana debajo del agua, hasta llegar al hombre, pasando, según el argumento de la canción burlesca que pone en lo más hondo a la madre de nuestras esposas, a través de la pulga, la araña, la mosca, el ratón, el gato y el perro, tan amados amigos nuestros. Desde el toro, que es casi Zeus, se ha bajado al bayón del gato, monorrítmico, elemental, que sólo dice miao. Desde los alazanes como hipogrifos, como centauros, se ha venido a parar en el sonniquete monacorde del «Sí, sí, sí; no, no, no; arre, arre, arre; so, so, so». Por último, en alguna canción moderna se ha evaporado, ha desaparecido el animal, comparándolo con el germen microbiano del amor, y se pregunta enigmáticamente, o quizá estúpidamente: «¿Qué bichito será, qué bichito? Unos dicen que sí, otros dicen que no.» Ya no hay toros, caballos, alondras, perros, gallinas, asnos, eucarachas dentro de nuestra querencia, empujando a nuestra ambición, embistiendo a nuestra imaginación, sino la búsqueda de un animal, de un animal que ni siquiera es animal, sino un minúsculo y diminuto bichito.

Señor don Cecilio Rodríguez; con este bichito, que tal vez no exista tampoco, no se puede poblar un «Zoo» futuro, ni una modesta Casa de Fieras. Hay que reformar los gustos de las gentes y mejorar sus canciones, que en cuanto se refieren a la Historia Natural han ido de lo sublime a lo ridículo. Cuando vuelvan los pájaros con nombre propio o ilustre, o las reses de lidia, o el can fiel, o el gato familiar, a llenar los ámbitos de una sociedad en gran parte extraviada, aparecerá de repente el Parque Zoológico, como el lenzo de un pintor primitivo, como una segunda arca de Noé que se abre delante de nuestros ojos.

UN DOCUMENTO EPISCOPAL SOBRE LA PRENSA

El "Boletín Oficial del Obispado de Málaga" correspondiente al mes de enero del presente año publica, en su sección oficial, un documento episcopal titulado "Hacia una ley de Prensa", que reproducimos a continuación:

(ON el título «Doctrina española de la información» ha pronunciado en Barcelona el señor Ministro del ramo un importante discurso sobre la naturaleza, derechos y obligaciones de la Prensa diaria.

La benemérita revista «Ecclesia» ha comentado el discurso en un excelente artículo editorial, que publicamos íntegro a continuación de estas líneas.

Siempre es de agradecer el que un Ministro acometa de frente ante la opinión pública algún magno problema referente a su Departamento. Y completa el señor Ministro el servicio que a su país presta al invitar a que sean expuestas libremente opiniones sobre la cuestión por él mismo planteada. No debemos silenciar la nuestra.

La Iglesia no puede callar en este punto. Por la materia en sí. Se discute uno de los derechos individuales, anteriores al Estado, concedido por la Naturaleza. La Iglesia no es único, pero sí autoritadísimo intérprete del derecho natural. Está en juego el concepto de dignidad de la persona humana, el cual, entre creyentes, más que al derecho natural pertenece a la Teología. Y en ese terreno lo sitúan los Pontífices. Es materia, además, sobre la que concretamente han hablado los Papas, y especialmente Pío XII.

No puede callar la Iglesia, porque la Prensa es instrumento de difusión de su doctrina, de educación popular y de defensa de sus derechos ante la opinión pública y ante los Gobiernos.

La gran Prensa católica nacional, orgullo del catolicismo español, obra es principalmente, en sus orígenes, de los preladados españoles y de los sacerdotes y seculares movidos por ellos.

No puede, en fin, callar la Iglesia, porque en el discurso, muy pensado, del señor Ministro, no lego en doctrinas fundamentales, se consigna que el régimen actual de Prensa y las ideas por él vertidas se ajustan con fidelidad al pensamiento pontificio.

El silencio de la Iglesia podría interpretarse como un asentimiento puro y simple a las palabras del señor Ministro.

Y no es éste el caso. Ni todas las ideas del discurso ni el régimen actual de Prensa se acomodan al ideal ofrecido, defendido y querido por la Iglesia en esta materia.

No se vea en estas palabras censura a la realidad existente en España. Ni censuramos, ni aprobamos, porque no tratamos de juzgar. No siempre las leyes son conclusiones derivadas lógicamente de los principios. La ley, instrumento de Gobierno, pertenece al orden prudencial. La prudencia exige, desde luego, que no se pierdan nunca de vista los

principios orientadores, pero también reclama que no se prescindan, en su aplicación, de las circunstancias. Y el conocer y apreciar las circunstancias es deber y oficio del hombre de gobierno.

Podrá decirse que una ley se inspira en unos principios, aunque no en todo sea fiel a ellos. Las inconsecuencias en el gobernante a veces son sabias porque las impone la vida. Mas hay que salvar siempre el valor de la norma ideal, la autoridad del principio, manteniéndole en la región serena que merece y no contaminándole con las impurezas o imperfecciones de la realidad.

Y más cuando la doctrina ideal ha sido formulada por la Iglesia. No carguemos a la Iglesia la responsabilidad de lo que es fruto de las circunstancias difíciles, o de nuestra limitación, o acaso de nuestros errores.

No es poco mantener limpia y recta la intención de acercarse al dechado propuesto, aunque no se logre alcanzarlo. Y este sincero propósito nadie, sin injusticia, se lo negará al señor Ministro. Al cual con calor aplaudimos, porque no ha esquivado tímida o cómodamente el cumplimiento de un arduo deber. Tan arduo que bien puede afirmarse que no es fácil hallar otro problema de gobierno más complicado y espinoso, que el acometido por él: redactor una ley de Prensa, y para los españoles!

Porque en punto a Prensa, España tiene una tradición incivil y bochornosa. Al amparo de una licencia sin límites, un sector de la Prensa nacional, durante más de un siglo, realizó, día por día,

una tarea demoleadora y perversa. Engañó a mansalva a nuestro sencillo pueblo, y envenenó diabólicamente su corazón, después de haber debilitado su cristiana conciencia.

Y, sin llegar a esos extremos, y aun condenando tales crímenes, un sector grande de la opinión conservadora, sostenida por católicos mal formados, amparó y defendió un concepto liberal de la Prensa, reprobado solemnemente y enérgicamente por los Romanos Pontífices.

Y esa opinión perdura en zonas de excelentes ciudadanos, no curados por completo de errores liberales.

Difícilísima es la tarea que con tanta decisión acomete el señor Ministro de Información.

Todos debemos sentirnos colaboradores suyos, más prontos a la crítica benévola y constructiva, que a la censura amarga y desleal.

Esta segunda actitud justificaría el pesimismo de los que aconsejan ser cautísimos y sumamente parcos en la concesión de libertades públicas, porque es temerario contar en España con una conciencia ciudadana educada y honesta.

Nos felicitáramos de que con amplio criterio, ya que se pide, se permita la circulación en revistas y periódicos de toda opinión digna y bien intencionada.

Tal vez más adelante volvámos con más intención sobre este argumento de la ley de Prensa.

Hoy, con estas breves palabras, queremos sólo acusar recibo del discurso del señor Ministro y hacer nuestras las ideas que se expresan en el mencionado artículo de «Ecclesia» que a continuación insertamos.

Málaga, 12 de enero de 1955.

ANGEL, obispo de Málaga.

CARTA DEL MINISTRO DE INFORMACION AL SEÑOR OBISPO DE MÁLAGA

Madrid, 23 de enero de 1955.

EXCELENTÍSIMO señor don Angel Herrera Oria, obispo de Málaga.

Mi distinguido amigo y respetado prelado: Con una tarjeta de V. E. he recibido las galeras del «Documento episcopal» titulado «Hacia una ley de Prensa», que supongo ya publicado en el «Boletín Oficial» de su Obispado de Málaga.

Mucho agradezco las palabras de aplauso que dedica al discurso que pronuncié en Barcelona ante el II Consejo Nacional de Prensa y el ruego que hace a todos para que colaboren con el Ministro en esta «difícilísima tarea» por nosotros acometida, de modo que se sientan «más prontos a la crítica benévola y constructiva, que a la censura amarga y desleal».

Son ciertamente del mayor interés sus consideraciones. Con toda razón y autoridad de mayor excepción recoge V. E. en su «Do-

cumento Episcopal» cómo España, «en punto a Prensa tiene una tradición incivil y bochornosa», y «cómo al amparo de una licencia sin límites, un sector de la Prensa nacional, durante más de un siglo, realizó, día por día, una tarea demoleadora y perversa». Señala igualmente en sus palabras la triste realidad de que «un sector grande de la opinión conservadora, sostenida por católicos mal formados, amparó y defendió un concepto liberal de la Prensa, reprobado solemnemente por los Romanos Pontífices», precisando que «esa opinión perdura en zonas de excelentes ciudadanos, no curados por completo de errores liberales».

Indudablemente, el que esos errores liberales continúan influyendo en los criterios y en las conductas de no pocos católicos, hace aún más difícil la tarea emprendida por este Departamento ministerial. No puedo menos de estarle sumamente agradecido por

el reconocimiento que hace de la limpieza y rectitud de intención con que tratamos de acercarnos al dechado propuesto por la Iglesia en estas materias de Prensa, intención y propósito que V. E. dice «nadie, sin injusticia, puede negárselos al Ministro».

Encuentro, sin embargo, en su «Documento Episcopal», algunas expresiones sobre las que quisiera pedir a V. E. una aclaración.

Según el Documento, en el discurso del Ministro «se consigna que el régimen actual de Prensa y las ideas por él vertidas se ajustan con fidelidad al pensamiento pontificio». A este propósito, V. E. parece concretar su juicio en las siguientes palabras: «ni todas las ideas del discurso, ni el régimen actual de Prensa, se acomodan al ideal ofrecido, defendido y querido por la Iglesia en esta materia».

En primer lugar, creo que a este respecto lo que procede es distinguir entre *régimen actual de Prensa* y la *doctrina que estamos elaborando*, y que comenzamos a exponer en el discurso de Alicante. En cuanto al régimen actual de Prensa, nunca he afirmado que éste haya realizado ya con la ley de 1938 el ideal «ofrecido, defendido y querido por los Papas». Más aun: tanto en el discurso de Alicante como en el de Barcelona, he hablado siempre de que uno de nuestros objetivos permanentes es ir perfeccionando nuestro régimen de Prensa, dentro de los postulados de un Estado que «acepta gustosamente la doctrina católica hasta las últimas consecuencias». En Alicante dije expresamente: «La existencia de la ley de Prensa de 1938, nos permite elaborar los supuestos doctrinales y recorrer este camino de perfeccionamiento con la seguridad, el sosiego y la calma que requiere el hallazgo de soluciones permanentes o estables. Cuando dicha labor esté suficientemente adelantada, habrá llegado la ocasión de codificar en un Estatuto más completo y perfecto las disposiciones previamente ensayadas y contrastadas por la experiencia».

También decía en aquella ocasión: «Una sólida base doctrinal, un pragmatismo despierto y vigilante y un tacto de guante blanco, son imprescindibles para perfeccionar y dar alcance de permanencia a la regulación de esta actividad básica y fundamental de la sociedad. Porque detrás de las impacencias están, por lo general, ambiciones no legítimas; detrás de las alegrías y frivolidades está el riesgo de la insidiosa acción exterior contra la unidad de los españoles y contra el fortalecimiento de la Patria: está el asalto a la conciencia religiosa de España y la labor de zapa contra los instrumentos y valores de nuestra Revolución Nacional».

Insistiendo en estas ideas y en este afán de perfeccionamiento, agregaba: «La Prensa, "institución social", es el cimiento sobre el que hay que construir lo que nos permitirá configurar un orden, el orden que nos asegure, dentro de las imperfecciones inevitables en toda obra humana, el ejercicio de un periodismo auténticamente libre. Por eso a todo intento de perfeccionamiento, a todo intento de mejoramiento

de las disposiciones legales existentes, decíamos que debía preceder la formulación de un cuerpo de doctrina congruente, robusto y flexible, un cuerpo de verdades, porque sólo la verdad nos hará libres.»

Concretamente en Barcelona manifesté que, «mientras deentrañamos y divulgamos la doctrina española de la información, condición previa de una ley de Prensa más perfecta, que no incida dentro del planteamiento liberal de la cuestión, preparamos disposiciones que, contrastadas en la realidad y experiencia diarias, han de plasmar en su día en el Estatuto de la Información».

Es evidente que he hablado siempre de la *conveniencia de perfeccionar el actual régimen legal de Prensa*. Y si he insistido en esta conveniencia, también parece evidente que no puede existir en mis palabras fundamento objetivo para atribuir que yo haya afirmado que el régimen actual de Prensa «se acomodó al ideal ofrecido, defendido y querido por la Iglesia», aunque el no haberlo alcanzado tenga una perfecta explicación y hasta una prudente justificación en las mismas circunstancias que condicionan hoy la situación actual del mundo—la «guerra fría» e ideológica planteada en todos los terrenos por el comunismo y sus compañeros de viaje—y en el hecho, reconocido por V. E., de que aún en ciertas zonas de ciudadanos españoles continúan acuciándose criterios e ideas transidos de errores liberales y de unos precedentes «inciviles y bochornosos».

Por otra parte, V. E. advierte acertadamente que las leyes instrumentos de Gobierno, «pertenece al orden prudencial», y que si «la prudencia exige que no se pierdan nunca de vista los principios orientadores, también reclama que no se prescinda, en su aplicación, de las circunstancias».

Más aún, que «podrá decirse que una ley se inspira en unos principios, aunque no en todo sea fiel a ellos, y que «el conocer y apreciar las circunstancias es deber y oficio del hombre de gobierno».

Es, pues, obligado—como hace V. E.—distinguir entre norma ideal y realización posible dentro de las circunstancias de lugar, tiempo y persona; entre doctrina ideal, que inspira y orienta, y política que procura acercarse todo lo posible a los principios.

Y dejando ya a un lado el régimen actual de Prensa y refiriéndonos a la doctrina de información en cuanto a la aceptación de los principios y enseñanzas ideales propuestos por la Iglesia, dije en Barcelona: «Admitimos plenamente la doctrina de la Iglesia en orden al núcleo de cuestiones y problemas culturales, sociales y religiosos que implican las llamadas libertades civiles, entre las que se cuentan,

naturalmente, la libertad de pensamiento, la libertad de expresión, la libertad de Prensa, hoy propiamente libertad de información.»

Ahora bien; V. E. afirma que «todas las ideas del discurso no se acomodan al ideal ofrecido, defendido y querido por la Iglesia en esta materia». Mucho le agradecería, dada la trascendencia de esta afirmación, que se puntualizara concretamente cuál es la idea o las ideas por mí expuestas que no se acomodan en el orden doctrinal a ese ideal y que me concretará cuáles los puntos explícita o implícitamente obligatorios que resumen dicho ideal para tenerlos en cuenta y corregir lo que pudiera haber de desviación en mi pensamiento, ya que de antemano estoy dispuesto a someter mi juicio al sentir de la Iglesia y a la decisión de la Jerarquía. Al mismo tiempo me creo en el deber de manifestar a V. E. que nunca ni en momento alguno estubo en mi ánimo «cargar a la Iglesia con la responsabilidad de lo que es fruto de las circunstancias difíciles, de nuestras limitaciones y acaso de nuestros errores». Precisamente por eso, y por las razones expuestas, hemos distinguido siempre tres cuestiones: Primera, La actual ley de Prensa; segunda, Una nueva doctrina de la información, y tercera, Una nueva ley de Prensa más perfecta. Queremos atenernos en todo al ideal de los Papas y a las enseñanzas pontificias como normas permanentes que inspiran toda nuestra actuación, y como metas a las que es obligado tender sin reservas y sin desmayos. Por ello, y dada la repercusión que suelen tener los Documentos Episcopales, mucho agradecería a V. E. que, a la luz de estas aclaraciones, viera la manera de que algunas de sus afirmaciones no pudieran ser esgrimidas como pruebas de una postura DOCTRINAL y práctica inexistente en este Ministerio.

También tengo el gusto de incluir con estas líneas un ejemplar del último número de EL ESPAÑOL, aparecido el 20 de enero de 1955, en el que comentamos el artículo publicado por «Ecclesia» en su número 704, de fecha 8 de los corrientes.

Seguimos con viva preocupación las noticias, acerca de la salud de V. E. y nada nos sería más grato que recibir la confirmación de un rápido y total reestablecimiento.

Repitiéndole una vez más mi sincero agradecimiento, sabe dispone como siempre de su buen amigo que cordial y respetuosamente le saluda y b. s. a. p.—Firmado: Gabriel Arias-Salgado.

P. D.—He pensado que sería de gran utilidad recoger en EL ESPAÑOL el texto íntegro de su «Documento Episcopal», con esta carta que dirijo a V. E.

EL SEÑOR OBISPO DE MALAGA REMITIO AL SEÑOR MINISTRO DE INFORMACION EL SIGUIENTE TELEGRAMA

«Recibida amable carta cuya publicación autorizo, insertaré íntegra «Boletín Diocesano». Salúdale afectuosamente, Obispo Málaga.»

OTRA MUJER EN LOS PREMIOS LITERARIOS



CARMEN KURZ, LA GANADORA DEL PREMIO DE NOVELA "CIUDAD DE BARCELONA"

Una señora casada, madre de una muchacha de dieciocho años, que no es novelista por accidente



OTRA mujer ha ganado un importante premio de novela, el «Ciudad de Barcelona». Después del respiro del «Nadal», han vuelto a la carga con renovado ardor y tanta casualidad—si es que casualidad puede llamarse a la frecuencia del reconocimiento del mérito novelístico de las mujeres—nos lleva a creer que, verdaderamente, la novela es una actividad a la que están llamadas las que hasta hace pocos años, apartando excepciones, se limitaron al papel de musa o de elemento literario en la obra de creación de los hombres.

Doña Carmen de Rafael Marés de Kurz, ha elegido su nombre marineru y el apellido alsaciano de su esposo para formar el crepitante Carmen Kurz con que firma su novela. Es una señora inteligente, culta, cordial, equilibrada, con magnífico sentido de las cosas, voluntariosa y sencilla—dando a su sencillez dimensión de señorío que ha abierto las puertas de su hogar a toda la curiosidad que ha brotado alrededor de su persona después del premio. Un hogar moderno, por la simplicidad de concepción de la vida familiar situado en la

parte alta de Barcelona, junto a la plaza de la Bonanova.

LA PERSONALIDAD DE CARMEN KURZ

Carmen Kurz está todavía un poco asombrada de que la fama se haya despertado tan tarde. Pero lo dice riendo y confesando que tampoco hizo nada hasta ahora para conseguirla. Ahora bien, esta fama ha llegado porque hizo lo principal para escribir una buena novela, una novela humana: vivir, vivir intensamente. Desde que se casó, hace

veinte años, ha montado catorce hogares. Conoce Inglaterra y Suiza y ha vivido durante años en Francia. Ha pasado por experiencias de las que no se olvida durante la última guerra mundial, en la que su marido fué movillizado desde la declaración de hostilidades, marchó al frente, fué hecho prisionero en el hundimiento del vecino país y permaneció un año y medio prisionero en un campo de concentración alemán. Separada de los suyos, tuvo que trabajar en Marsella, en-



Carmen Kurz y su bella hija contestan a las preguntas del periodista



La escritora en su «laboratorio» de trabajo.—Abajo: La noche del premio. Carmen Kurz asistió al fallo ajena a la fama que le esperaba



trando en el Consulado español. Liberado su esposo tuvieron que escaparse hacia España, de donde son hijos ambos, a pesar del apellido y de la fidelidad a la Patria de sus mayores de él, para comenzar una nueva vida, que ahora, gracias a Dios, es apacible y sólida. Esta tranquilidad de ahora, le ha permitido vaciar todo lo que su sensibilidad, como una esponja, empapó durante años. Ahora es el momento de escribir. Y para escribir una novela—afirma muy seria—se tiene que haber vivido.

—Yo soy la hija de la emulsión Scott—dice.

Automáticamente los que pertenecemos a la edad de la emulsión y del aceite de hígado de bacalao, imaginamos el dibujo del pescador noruego con el enorme pescado en sus espaldas. Un dibujo que oía a frío y Norte, a barco bacalero. A cosa exótica. No nos sorprende que se haya casado con un extranjero, aunque sea nacido en Barcelona.

—Pues, espérese—nos interrumpe—. Yo soy la hija de la emulsión Scott porque mi abuelo lo hacía, después fué mi padre y ahora es un hermano. Pero lo de extranjero viene de más lejos. El árbol genealógico lo sitúa, para que usted se dé cuenta, a mi bisabuelo paterno y a mi abuelo materno. Ambos eran españoles, catalanes. El primero se casó en Cuba con una yanqui y uno de

sus hijos, mi abuelo, se casó con una belga. Mi padre contrajo matrimonio, con otra norteamericana, de Maryland, mi madre, hija, naturalmente, de mi abuelo materno casado con una inglesa. Yo me casé con un francés y mi hija podría casarse perfectamente con un sueco. Ya ve cómo hay una vocación lejana.

Y ríe satisfecha.

CARMEN NO ES UNA AGRACIADA EN LA LOTERIA

Su triunfo no es un cuento de hadas. Porque a Carmen Kurz no le salió la novela soplando y se encontró, de golpe, con la fama. Es una mujer que a las condiciones enumeradas al principio, que aparecen en seguida que se habla con ella, une el saber a donde va. El «seny» famoso, que conserva de sus abuelos a pesar del «cocktail» de sangres, preside sus pensamientos, sus palabras y sus gestos.

Ha leído mucho y desde muy jovencita. A partir de los diez años y hasta que empezó a tener otras preocupaciones, le salía casi a libro diario esa afición. Comenzó con novelas de aventuras, de Julio Verne a Salgari, siguió con la natural progresión en sus lecturas, pasando por los franceses de hurtadillas, toda la literatura inglesa—que leían en original con su abuela para practicar el idioma—hasta todo lo que se puede leer. Hizo cinco cursos de bachillerato, pero su padre no creyó necesaria una carrera para la que iba destinada a ser mujer de su hogar y prefirió forzar el estudio de idiomas y viajara. La guerra se llevó muchos de los conceptos válidos entonces y Carmen Kurz lamentó amargamente, cuando tuvo que hacer frente a la vida, no poseer un título. Pero es de las personas que sabe sobreponerse sonriendo y encontrar hasta un sabor grato a los momentos amargos.

—En esto me parezco a los sajones. Tengo un sentido del humor parecido al de ellos, seguramente influencia de la educación y no sé ser ni trágica ni sombría. Esto le explicará, acaso, por qué Aldous Huxley es mi autor preferido y el que me ha impresionado más.

Carmen Kurz hizo su primera creación literaria a los dieciséis años. Naturalmente, un libro de poesías que nos enseña, perfectamente encuadrado, pero escrito a mano.

—El libro quedó inédito, afortunadamente para mí y para la literatura española.

Gracias a sus lecturas, a su capacidad de absorción de cuanto ve, a su sensibilidad y a la calma y tranquilidad de que goza ahora, ha sido posible la eclosión.

Pero no es todo. Carmen Kurz ha realizado un aprendizaje literario a conciencia. Lleva publicados más de cien cuentos infantiles, algunos para mayores y está a punto de salir otro libro de narraciones para niños, con treinta y cinco acuarelas de Pierrrette Gargallo. Los primeros los firmó con el seudónimo de Irene Marés, pero el libro en prensa, que se titula «Torres de viento» ya se publica firmado con su nombre de escritora. Y el acuerdo fué tomado antes de ganar el «Ciudad de Barcelona».

—No crea usted que comencé a escribir cuentos infantiles porque no podía vivir sin escribir. ¡Nada de eso! Los escribía para ganar dinero, para pagarme mis vestidos y el peluquero. Soy mujer antes que nada y me gustan estas cosas. Y los escribí porque me pareció que tenía la suficiente fantasía para hacerlo, después de los años que tuve que estar inventándolos para que mi hija comiera. La pobre no tenía apetito y yo dale que dale a crear una fantasía tras otra, un personaje tras otro para estimularlo. Los cuentos y la emulsión Scott hicieron de mi hija la guapa muchacha que hoy es.

Carmen Kurz dice estas cosas riendo. Su preocupación por la nueva personalidad que ha adquirido, gracias al premio obtenido por su novela «Duermen bajo las aguas», a veces se manifiesta. Creemos que tiene un poco de temor. Ella dice que está aplastada y que desde el día 26 ha perdido tres kilos. Pero sabe borrarlo con un gesto y hablar de todo con el optimismo que es su característica principal.

En este momento tiene escrita más de la mitad de su segunda novela y ya bulle en su cerebro la idea de la tercera. Contando con que «Duermen bajo las aguas» fué su primerísima novela, queda de manifiesto que se ha tomado completamente en serio el papel de novelista.



Una vida intensa y emotiva plasmada en un libro interesante de Carmen Kurz

COMO ESCRIBE

En el cuarto de estar del piso de los Kurz hay un rinconcito con una mesa de escribir. Una pantalla de pie proyecta la luz sobre la máquina. Aquí escribe sus novelas Carmen Kurz. Sin tomar notas, sin necesidad de una documentación ni ambientación aparatosa, con la misma sencillez con que hace todas las cosas, se sienta cada tarde ante la máquina y durante dos horas da forma a la obra, vida a los personajes y satisfacción al espíritu.

—Llevo muy poca vida social. Esto me permite guardar las tardes para mí y estas dos horas que se traducen después en cuatro o cinco folios, sumadas durante varios meses, se convierten en la novela. Las dos horas de trabajo, son a veces cuatro, aunque en las dos primeras zanganeo, abro un libro, leo un poco de poesía. Todo sirve para dejarme tranquila para escribir.

Carmen Kurz asegura que no sigue a nadie, que tiene un estilo propio, muy libre. Escribe como le parece. Resume su teoría de la novela de la siguiente manera: primero, pensar; segundo que los pensamientos tengan valor; tercero, saberlos expresar; cuarto, expresarlos lo más sencillamente posible.

La novelista está lanzada. No por el premio solamente, sino lanzada ella a escribir, con norma y método, convencida de que tiene un valor lo que crea. Y no es de las mujeres que hacen una cosa de milagro o que se cansan. Hay novelista para rato y que puede dejar—siendo aún pronto para juzgar su obra, aunque la casi unanimidad del Jurado es muy significativa—una «opera omnia» bastante considerable. Aunque haya entrado con retraso en la literatura, aunque tenga una hija de dieciocho años, porque es aún una mujer joven y vigorosa, de cuerpo, de espíritu y de pensamiento.

Cada noche, su marido, el ingeniero don Pedro Kurz, lee lo que ha escrito. Es su primer crítico.

—A mí me encanta—dice él.

LE FALTA PLANTAR UN ARBOL

Carmen Kurz es lo más alejado que uno pueda imaginarse de la mujer intelectual. Es humana, femenina y realista. Confiesa, no con rubor, sino con orgullo, que hace los vestidos a su hija y que goza extraordinariamente cortando, probando y confeccionando.

—¿No se fijó en el vestido de ceremonia que llevaba la noche del premio? Lo hice todo yo. ¿No es verdad que estaba muy bien?

Sonríe ella, sonrío su marido y sonrío yo.

Esta es Carmen Kurz. La misma que dice que va a rogar al Ayuntamiento que le permita plantar un árbol en Barcelona, porque si ya ha tenido un hijo y escrito un libro, le falta plantar un árbol cuyo tronco signifique la fortaleza y el apego de todos los suyos, a pesar de su vida fuera de España, a la ciudad. Porque, añade, siempre fueren y se sintieron muy españoles y muy catalanes.

Manuel IBANEZ ESCOFET

LA JUSTICIA DE FRANCIA, EN CRISIS



Una actitud de Marie Besnard ante sus jueces. Su proceso duró cinco años. Fue condenada a muerte, luego fué puesta en libertad provisional y por último se la declaró inocente

Una serie de PROCESOS SENSACIONALES

ponen en entredicho un sistema judicial que pierde su prestigio popular

EL 19 de diciembre, domingo, se abrían paso entre el inmenso gentío que semanalmente acude a Lurs, a los alrededores de la «Grand-Terre» de Gastón Dominici, cinco hombres de paso tranquilo. No pudieron acercarse al puente desde el que, durante la reconstrucción del crimen, intentó arrojar Gastón Dominici, porque la aglomeración por allí era enorme. Pasaron, eso sí, la vía férrea, y siguieron en un álbum de fotografías la historia del «affaire» Dominici. El álbum y

las fotografías llevaban dos simples e inmóviles letras: «P. J.». Es decir, Policía Judicial.

Nadie entre los turistas supo reconocer a uno de los cinco hombres. Un hombre grueso, de cincuenta y un años, con pelo negro y de fuertes entradas, que llevaba bajo el brazo derecho una gran cartera. Se trataba del comisario Chenevier, subdirector de la Seguridad Nacional.

Chenevier y sus ayudantes, sobre todo su segundo, Gillard, comenzaban ese día una nueva aventura. Para Chenevier, al menos, lo era. Por primera vez en su vida se enfrentaba con un caso parecido, con un hombre que no figura entre los 800 «gangssters» del hampa que él persigue. Este era un caso aparte.

Pero para que Chenevier llegara el 19 de diciembre a Lurs tenía que haber ocurrido algo sensacional. Oficialmente el caso se había cerrado con las palabras del Jurado: «El acusado es el único culpable».

Inmediatamente después de pronunciado el veredicto, Gastón Dominici había escrito a su mujer, a María, a la vieja «Sardina», este mensaje:

Adiós. No nos veremos más. He sido condenado a muerte. En fin, abandona la Grand-Terre e instalate en casa de una de tus hijas, Augusta o Clotilde, pues la hacienda debe ser vendida para pagar las costas del proceso.

Todo el mundo recordaba que, ya en el juicio, brillantes los ojos, había acometido al clan de los hijos: «No os quedaréis con la Grand-Terre; tendrá que ser vendida...»

A su hija Augusta le escribía: *... Llévate el viejo aparador y la cama de hierro. Ya no tienes derecho a verme, pero escríbeme a menudo.*

Era, como él mismo decía, el fin. Se cerraban las puertas a la Audiencia de Digne, donde se había desarrollado el gran proceso. La sala, de 15 metros por nueve, pequeña y fea, donde al escuchar su sentencia, Gastón Dominici se había vuelto a la gente enmude-

cida para decir: «Estoy sorprendido».

Pero una declaración suya ha vuelto a poner en marcha la información. Y esta vez, en lugar del comisario Sabeille, le toca al comisario Chenevier ordenar de nuevo la encuesta, recoger del silencio apretado de Lurs las declaraciones.

Y esto ocurre después de quinientos interrogatorios, después de dos años de encuesta, después de diez debates. Después de haber pronunciado el Jurado las graves palabras: «El acusado es el único culpable.»

Y todo ello, eslabón de una misma cadena. La Justicia de Francia está en crisis.

EL PROCESO DE MARIE BESNARD

Una cosa preocupa hoy al francés medio. ¿Qué garantías tiene su Justicia?

Una serie de procesos sensacionales ha venido a cerrar con el «affaire» Dominici el círculo vicioso del sistema judicial francés.

En el caso Besnard el procedimiento judicial dura cinco años. La acusada es condenada a muerte, adquiere luego la libertad provisional y luego la inocencia.

Comenzó con la historia de dos hombres pintorescos, los hermanos Massip. Uno es sordo, el otro, un exaltado célebre, casi un extraviado. Proprietarios de un castillo acusan a Marie Besnard de incendiaria y envenenadora.

La noticia llega por conductos correctos al juez de Instrucción de Poitiers, M. Roger. El oye decir que el cementerio de Loudun es el área donde están enterrados trece cadáveres sospechosos, y sin más comiienza el caso Besnard.

El cementerio de Loudun está a 60 kilómetros; pero él, juez, no quiere visitar a los castellanos, conocer por sí mismo el «climat» popular, los odios que rodean la villa, los misteriosos anhelos de venganza que van de unos a otros.

El juez de Instrucción tiene veintiséis años y ninguna experiencia; acababa de pasar de la oposición a la Magistratura, y la encuesta va creciendo sin que haga nada. Los laboratorios y los médicos van dándole nombres y más nombres científicos para clasificar los presuntos datos contradictorios que arrojan las diversas autopsias. Los gendarmes que le ayudan van pegando, casi irónicamente, etiqueta sobre etiqueta en los frascos.

EN EL JUZGADO NO HAY MAQUINA DE ESCRIBIR NI TELEFONO

Monseur Roger no tiene teléfono en la oficina. El Tribunal no tiene una máquina de escribir. No puede llamar a nadie de fuera de la ciudad para pedir un consejo. Cada vez que quiere llamar por teléfono ha de hacerlo desde la casa del procurador.

El presupuesto del ministerio de Justicia es de un 0,6 por 100 de la nación francesa. Nadie tiene interés por su uso, por las tareas judiciales. Francia tiene 20.000 presos en sus cárceles entre víctimas de errores judiciales. Y de paso —dice Merry Bromberger— los 4.000 magistrados no tienen ninguna autoridad electoral...

Es decir, no cuentan. La Justicia es cosa de menor cuantía.

El caso es que M. Roger, juez de Poitiers, que es un hombre bien vestido, amigo de bellas y fantásticas corbatas, ve que el enorme expediente aumenta hasta alturas enormes. Que pasan cinco años antes de que, por falta de pruebas, salga Marie Besnard a la calle.

EL ESCANDALO «DA SILVA»

Da Silva es un millonario brasileño que una noche con su mujer bebe de lo lindo. El regreso lo hacen al hotel en malas condiciones. Para dormir, la mujer toma una dosis fuerte de socrinal. El médico la aplica una inyección de estricnina.



En el jardín de la villa ocupada en Bayona por los Da Silva el Juzgado trata de reconstruir los hechos para investigar sobre la muerte de la esposa. El millonario brasileño fué acusado sin que existiera ninguna sospecha auténtica

Pero el juez de Bayona, monsieur Pech, de veintiocho años, no espera a que nada se aclare. La muerte de la mujer corresponde enteramente al marido, a Ramón Da Silva, a quien acusa, además ante la Prensa. Se entabla así, por malos procedimientos judiciales, un escándalo enorme, que ya hasta las puertas del ministro de Justicia.

La historia era como en las buenas novelas policíacas, producto a la vez de un clima de desorbitación y de falta de cautela. El juez procede como si una acusación de asesinato pudiera hacerse en medio de la calle y bajo palabra.

En ese caso, ninguna sospecha auténtica asistió para creer que la joven muriera víctima de un crimen.

¿Y EL CASO POUPART? EL ABOGADO DEFENSOR FUERZA EL DESPACHO DEL JUEZ

Estamos en provincias; es decir, en el fondo mismo de las familias campesinas que libran su batalla por dinero. El lugar Aubusson.

Dos jueces de Instrucción que se habían ocupado del caso, habían pedido el traslado antes de la llegada del nuevo juez, de veintitrés años, que salía, precisamente esos días, de las oposiciones de la Magistratura. Y llega a Aubusson para dirigir la encuesta de un caso hondo, de un perfecto nido de víboras, como es el «affaire» Poupart.

Una familia disputa en torno a una enorme querrela, una herencia de 50 millones de francos, cuyo testamento «ha sido dirigido».

La inculpada María Poupart, tiene relaciones íntimas con el presidente del Tribunal de Cuentas, M. Brin, que se hace llevar a la Cancillería el expediente para consultar toda clase de datos con todo placer.

Mientras tanto, M. Delpech, el defensor, fuerza el despacho del juez Betteille para hacer desaparecer piezas esenciales del proceso.

Y en ese momento, cuando la ciudad espera un juez más duro, rico de experiencia y de fuerza, aparece un muchacho de veintitrés años, que se apellida Brette.

Todo Aubusson, alegremente, como quien se prepara para una fiesta, comienza a asistir a las primeras escaramuzas. No contra los acusados, sino entre los magistrados mismos.

El procurador reúne a los periodistas:

—No debieran —les dice— hablar a ese pequeño miserable.

—Ese procurador —responde el juez— es la desesperanza de la Magistratura.

La guerra entre el procurador y el juez —guerra constante en los Tribunales franceses— acaba por tener en Aubusson caracteres fantásticos.

El juez, M. Brette, joven y soltero, vive, naturalmente, en un hotel. Entonces, cada dos noches el procurador ordena a los gendarmes despertar en plena noche a los huéspedes para verificar sus respectivos documentos de identidad... hasta que se demuestra que el joven juez hace una



Marguerite Marty, de treinta años, acusada, como Marie Besnard, de envenenamiento. Nada se pudo probar y fue absuelta, pero a lo largo del proceso se pusieron en evidencia hechos poco gratos

vida irregular. Es decir, no está en el hotel.

Así sigue, en medio del general avispero de la encuesta de la herencia, la guerra privada de los clanes.

UN JUEZ SE DESMAYA

Los eslabones de la cadena se suceden constantemente. Las anécdotas se podrían recoger por millares, se podrían soltar como palomas regocijantes. Pero el hecho es que existe una enorme ola de problemas que sitúan las cosas en su centro: Francia no cree en sus Tribunales. Un dato puede dar fe de la naturaleza misma de la cuestión. En la encuesta de Bromberger se dice:

«La práctica contraria al buen sentido ha terminado por conceder toda clase de poderes sobre el honor, la libertad y la vida de los franceses a magistrados de veintitrés años, interpretación casi burlesca cuando, además, las mujeres están entrando continuamente en la Magistratura. Una quincena de muchachas son, en la actualidad, jueces de Instrucción. En el departamento del Orne, tres magistrados, instructores de cuatro, pertenecen al sexo femenino. La competencia del juez es territorial y, en algunos casos, no existe nada más que una joven como juez instructor...»

Recientemente detenido un «gangster» y llevado al primer interrogatorio, se enfrentó con una joven. El hombre se volvió, furioso:

—Yo no quiero una secretaria. Yo quiero vérmelas con el juez.

—El juez soy yo —contestaba altivamente la mujer.

El hombre, enfurecido, se levantó:

—Cierre la boca y váyase a buscar a su novio.

El juez; es decir, *demoiselle le juge*, se desmayó.

EL CASO MARGARITA MARTY

En la órbita de los terribles fallos últimos de la Justicia francesa, tres procesos forman, por así decirlo, la base y la cúspide: De un lado, el de Marie Besnard, cinco años de sufrimientos y millones de gastos. Del otro, el que, precisamente estos días, ha culminado con la libertad de Marguerite Marty. Y en fin, la cima, el proceso Dominici. En ninguno de los tres casos la Justicia francesa ha podido hacer frente de verdad a las dificultades internas de la Instrucción. La máquina judicial, vieja, gastada y sin medios, no ha servido para nada claro, como no sea para hacer evidente su escasa forma, por emplear un término deportivo y cortés.

El proceso de Margarita Marty, que ha terminado con la absolución de la acusada, ha servido para poner de relieve y al menos hacerlos públicos, los sistemas policíacos de Francia.

Margarita Marty es una alta mujer, casi varonil, de fuerte mi-

rada, que lleva con puño de acero una pensión en su ciudad natal. Tiene treinta años y pocos escrupulos.

Conoce, y esto de forma entrañable, a una amiga, Jeanne Candela, que muere víctima, según la autopsia, de una dosis masiva de gardenal. Un veneno que se compra sin receta, y que debe serlo tomado así, en mucha cantidad.

Después de la muerte de Jeanette nadie sospecha nada extraño. El médico, el doctor Puig, pide, sin embargo, unos análisis; luego se pasa a la autopsia, que fué quien descubrió, a través del profesor Fourcade, de la Facultad de Medicina de Montpellier, los resultados sorprendentes del gardenal.

Sin embargo, Margarita Marty, de la que se conocieron rápidamente relaciones con el esposo de la muerta, no fué detenida hasta siete meses después.

Lo tremendo es que el juicio ha puesto en evidencia hechos poco claros. La Policía retuvo, sin permiso de nadie, a Margarita Marty durante cuatro días. La arrestada sufrió interrogatorio sobre interrogatorio, incesantemente, hasta que declara su culpabilidad y se desvanece.

Cuando llega el médico encuentra a la mujer—estas son declaraciones suyas en el juicio de Perpignan—en estado de postración absoluta y con evidentes pruebas físicas de haber sido golpeada. Cuando se le pregunta si existe alguna posibilidad de engaño por parte de la detenida, el médico contesta:

—Excluyo netamente la hipótesis de una simulación.

Tres meses después de su detención—el 12 de octubre—, Margarita Marty es puesta en libertad por el beneficio de la duda. Nadie ha podido probar que ella sea la envenenadora, pero se ha puesto en evidencia, a lo largo del proceso, una serie de hechos poco gratos.

Entre otros, el juez Touze, que se presentó ante la Sala en una camilla, ya que había tenido un grave accidente de esquí, fué acusado de haber facilitado información del caso a la acusada. Fué un momento impresionante. El juez Touze, desde la camilla, suplicaba:

—Margarita, os lo suplico, hablad. Si tenéis alguna cosa que comunicar, decidla. ¡No me acusáis, no; pero dejáis pesar sobre mí las sospechas; pensad en la situación en que me ponéis!

La respuesta de Margarita Marty, que miraba firmemente, fué directa:

—Me niego a responder.

Pero el duelo entre el hombre acostado en la camilla y la acusada ascendía a todo el mundo. Un duelo dramático, indescifrable.

EL COMISARIO «MARGRET», DUÑO Y SEÑOR DE LAS ENCUESTAS

Las graves incidencias de los últimos grandes procesos han puesto el dedo en la llaga. Quien dirige las investigaciones no es, como debiera ser, el juez, sino la Policía. La ascendencia de los comisarios, del Maigret imaginado por Simenon, es tan evidente que sobre esa influencia recae en parte la responsabilidad de algunos errores. Ese fué el caso de Dominici, que pudo tener entre sus manos un juez no sometido a la burocratización judicial.

De hecho, M. Peries, juez de Instrucción de Digne, era quien tenía que llevar y asistir a las constataciones. Cuando el gendarme le avisó de los sucesos de la Grand-Terre, se presentó a las ocho de la mañana en la hacienda. Fué paso a paso recorriendo los lugares, escuchando al doctor Dragón, el médico del lugar, que fué quien primero advirtió las diferencias de rigidez entre los cadáveres de los Drummond y el de la niña. El doctor Dragón señaló también al juez la mancha de sangre que existía en el bosque, que necesariamente hubo de dejarla el pantalón de un hombre.

El juez deseoso de cumplir con su deber, ni tan siquiera desayunaba. Pide en determinado momento un vaso de agua y echa en él un poco de licor de menta que saca de un pequeño botellín que lleva en el bolsillo. Pero no hace más.

El doctor Dragón le dice que Gastón Dominici no le ha dejado entrar en la casa. El juez, atento a los trámites que se hacen siempre, espera hasta las dos y media la llegada de la Brigada Móvil de Marsella. Pierde así casi siete horas, que sirven al clan Dominici para cerrar todas las brechas. ¿Qué hubiera pasado si inmediatamente hace ir a todos los testigos al Ayuntamiento e inicia los interrogatorios?

—Lo que le ha impedido hacerlo—dice un cronista—es el hábito de los Tribunales, la mala tradición de la «encuesta oficial».

Y todo ello porque en el mecanismo judicial francés los jueces son completamente desbordados por la Policía, siendo, como es bien sabido, el comisario el que lleva adelante la empresa. Pero los policías no tienen poder de instrucción, las declaraciones que recogen no tienen poder de prueba. Pero, aun sabiéndolo, el juez Peries pasa siete horas dando vueltas por la Grand-Terre sin acometer ninguna empresa.

Mientras tanto, el procurador, M. Sabattier, ha convocado la Brigada Móvil de Marsella. Esta,

la Brigada Móvil, tiene dificultades con el coche, y en el camino, además, se retrasan. Entrar a desayunar, a reponer fuerzas en un hotel. Su llegada estaba calculada para las diez de la mañana, llegamos, como sabemos, mucho después del mediodía.

Cuando llega el comisario Sebeille lo único que le preocupa es el arma con que se ha cometido el asesinato; bueno, la serie de asesinatos. Mueve a sus hombres exclusivamente en esa dirección. Obsesionado dice:

—El arma hablará por todo. Quien tenga la carabina tendrá al culpable.

Los Dominici, mientras tanto tranquilos, ven cómo las horas pasan sin que nadie se preocupe de ellos. Las manchas de sangre que viera el doctor Dragón, por esas horas, han desaparecido completamente. Todo está en orden.

Al día siguiente, todos los Dominici declaran en Digne, pero dos años después, es decir, al comenzar a examinarse nuevamente el atestado, se descubre que María, la esposa de Gastón, no ha sido oída nunca, con carácter regular, en el Tribunal de Digne.

LAS DEMAS SUBORDINACIONES DEL JUEZ

Oficialmente, es decir, de acuerdo con el Código, es el juez francés el único con derecho a retener un testigo tanto tiempo como sea necesario; pero, fundamentalmente, viene a ser la batalla entre la acusación y la defensa. Bueno, debiera ser.

La realidad es que si la independencia del juez está escrita en el Código, la vida de cada día demuestra lo contrario.

Teóricamente, el fiscal no puede comunicarse con el juez más que por comunicaciones escritas, pero, de hecho, el juez de Instrucción está sometido a «procureurs». El fiscal es su superior jerárquico. Es costumbre, en los Tribunales, no tomar ninguna decisión, ordenar una libertad provisional, expedir un mandato de arresto «sin bajar antes a casa del procurador. La razón es la siguiente. Este magistrado está oficialmente, a las órdenes del ministro de Justicia. Es él quien representa al Poder en cada circunscripción y quien atiende a los cambios y variaciones, es decir, a los vientos que soplan desde las alturas. Así, por eso mismo, se produce la incongruencia de la subordinación material del juez al fiscal, subordinación que no tiene otro objeto que garantizar al Gobierno una autoridad sobre un magistrado, el juez, que debiera ser totalmente independiente.

POR ESO SE CORTARON LAS DECLARACIONES DE GUSTAVO DOMINICI

Se dice que en trece ocasiones la explicación de la verdad ha estado en los labios de los testigos y que, en las trece, han muerto en la garganta.



Paul Maillet, jefe de la célula comunista de Lurs, uno de los hombres de la consigna de silencio que luego rompió cuando la Policía descubrió en su casa dos metralletas «Sten»

Una de ellas, la más famosa, es la que demuestra la subordinación general de la Justicia a la política.

Ocurrió así: El comisario Sabelle había decidido al fin por un interrogatorio a fondo con Gustavo, el hijo del «patriarca». El interrogatorio, voz a voz entre los dos hombres, se prolongaba ya varias horas. Gustavo, sin ninguna violencia, estaba dispuesto a hablar. El comisario, sudoroso, encendía un cigarro. Así estaban las cosas cuando un golpe de teléfono del «procureur général», Orsatelli, ordenaba desde París la cesación del interrogatorio. El partido comunista había organizado un escándalo, y... el ministro de Justicia no quería líos.

Así se cortó aquel día la disposición de Gustavo para una declaración en regla. Porque si bien todo el mundo está convencido de la participación del duro y áspero Gastón Dominici en los salvajes asesinatos, se tiene la convicción de que no fué él sólo.

Y así, de una forma u otra, durante doce veces más, el juez Perrin tuvo que detener la marcha de las declaraciones.

Entonces se transformó el proceso. Más que la verdad interesaba un culpable.

LOS DOS MOMENTOS DE LURS

Hubo dos momentos importantes y dramáticos en Lurs. Cada uno de ellos revestido de la pompa política. El primero que se reflejó en aquel seco, duro, extraño silencio de los primeros meses. Lurs parecía cerrado a caí y canto. El comisario Sabelle vivió en el pueblo, frecuentó las tabernas, compartió con los campesinos los juegos de cartas, bebió con ellos, como si fuera el personaje de Simenon, el aguafuerte favorito de la tierra. Todo fué inútil. La consigna de silencio, como una consigna militar, cerraba todas las bocas. Lurs, aguafuerte de la resistencia, cargado de recuerdos y muertes, sabía que el silencio es oro. El jefe de la célula comunista de Lurs, Paul Maillet, dirigía la lucha.

Pero Sabelle obligó a Maillet a romper la consigna. Con dureza y habilidad procedió a un registro de su casa y le encontró dos metralletas «Sten».

Paul Maillet es un hombrecillo delgado, moreno, arrugado, que no recuerda en nada al campesino. Lleva una vieja boina y es ladino y fino como un zorro.

—Yo os ayudaré a descubrir al culpable—decía al comisario—si os olvidáis de las metralletas.

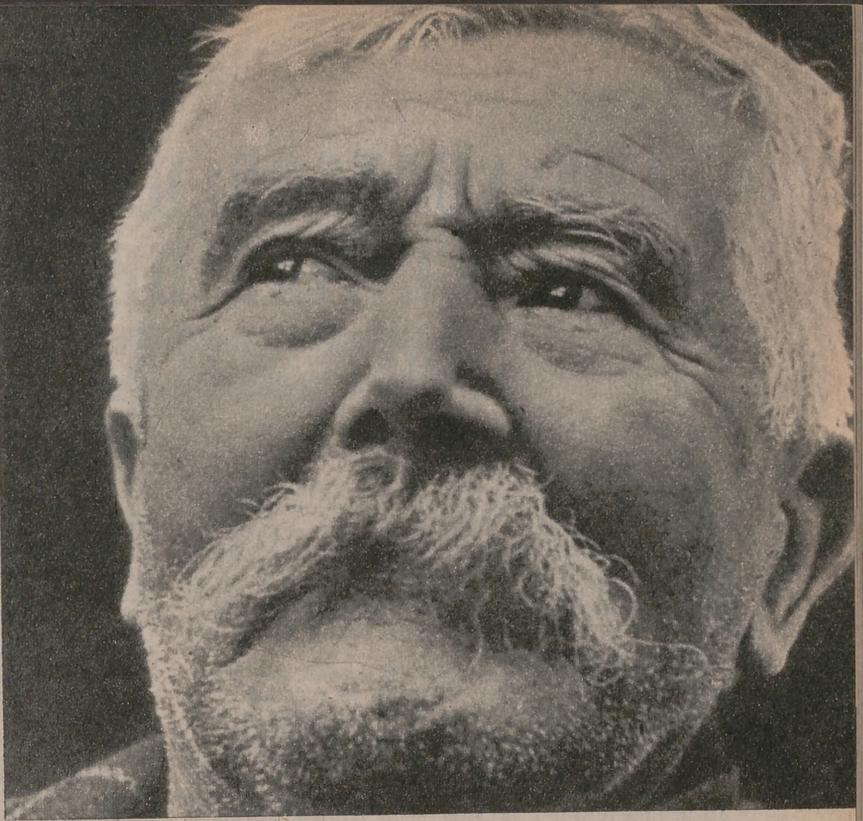
Unos días después rompía su silencio para denunciar a su amigo Gustavo Dominici.

EL JURADO, SIETE HOMBRES DE LA CALLE Y TRES MAGISTRADOS

Desde mucho antes del veredicto se sabía ya que la cabeza de Gastón Dominici no valía nada. Un periodista lo había publicado:

—Hay dos jurados en contra y tres magistrados, y, por lo tanto, la mayoría necesaria.

Expliquemos el procedimiento:



Gastón Dominici, el «patriarca» de la Grand-Terre, símbolo de un proceso que ha servido para juzgar los procedimientos de los tribunales franceses

El Jurado francés se compone de siete jurados, que son simples y sencillos ciudadanos, y tres magistrados. Pero es suficiente que dos jurados voten con los tres magistrados para que el veredicto de culpabilidad o inocencia se establezca.

A tal extremo ha llegado el sistema, que se puede decir que los jurados apenas si tienen importancia ninguna. En otros tiempos, el Jurado deliberaba solo y ofrecía después su veredicto, el «sí» o el «no». Actualmente eso es imposible. El presidente de la Audiencia asiste, íntimamente, a su deliberación.

Los diez hombres se sientan en torno a una mesa y se solicita si alguno tiene algo que decir. Es raro, sobre todo entre los siete hombres, intimidados por el presidente, que se levante una voz. En vista del silencio, el presidente abre el «dossier» y tira las fotografías de las víctimas en la mesa, establece, hábilmente, todas las situaciones, destruye las objeciones y calma los escrúpulos. Es decir, es el presidente quien, a puerta cerrada, se constituye en verdadero juez. Extrae consigo otra gravísima situación de los abogados franceses.

Al reconocerse la prepotencia enorme que tiene el presidente en los debates, los defensores hacen todo lo posible por no crear problemas o intemperancias que luego inclinen—al que no debiera ser nada más que el equilibrio en la Sala—hacia una posición negativa.

En el «affaire» Dominici hubo

una confrontación dramática. Uno de los abogados defensores, cuando fué llamado a deponer, Roger Perrin, exaltado, le acusó de ser uno de los asesinos:

—Estáis cubierto de sangre...

Sus colegas, desesperadamente, le tiraban de la manga para interrumpirlo. Sabían que el presidente M. Bousquet, estaba convencido de la única culpabilidad de Gastón Dominici y no quería oír otra cosa. Sabían que eso era perjudicar a su cliente.

Un hombre, sin embargo, se lo dijo durante los debates. Alguien que se jugaba la cabeza e intuyó, dentro de su simplicidad y sabiduría campesina, que las cosas no le iban bien:

—Usted parece creer ya que soy culpable—decía Gastón Dominici.

—Yo no he dicho eso—respondía el magistrado.

—No, pero hacéis todo como si lo fuera.

El hecho cierto es que la decidida y anticipada condena que pesaba en el ánimo de M. Bousquet, impidió totalmente a la defensa respuestas apropiadas. Crear, simplemente, situaciones de desasosiego, con acusaciones terminantes o aprovechar situaciones de debilidad en los testigos. Nada de eso fué permitido.

Es así, pues, que los últimos procesos han servido, más que para decidir culpabilidades, que no han podido hacerlo, para poner en guardia a la nación francesa sobre los supuestos mínimos de su Justicia. Y cuando un pueblo no cree en su Justicia, en la total independencia de sus jueces, está en grave trance de existencia. Pero esto no responde, en verdad, a otra cosa que a las declaraciones de Robert Voin en «La Vie Judiciaire» en las que dice: «El «affaire» Dominici parece abrir muy ampliamente el proceso de la justicia criminal de Francia...»

LOS SUCESOS DE COSTA RICA Y EL MAL DE AMERICA

Por Camilo BARCIA TRELLES

DESDE la otra orilla del Atlántico se hace reiterada alusión a lo que se ha dado en diagnosticar como «el mal de América»; ese achaque que pretende adscribirse específicamente a la patología del Nuevo Mundo no es otro que el de la intervención, problema tan ampliamente debatido en la esfera internacional, y respecto de cuya etiología, contenido específico y pronóstico aun no se ha dicho la última palabra. Ese factor de confusión, inherente al problema citado, explica cumplidamente cómo la mencionada mácula no ha podido ser limitada al Nuevo Mundo.

La intervención, dentro de la fluidez que arrastra inevitablemente tal concepto, es indeseable en un triple sentido: primero, en cuanto afecta a la independencia del Estado que la padece; después, porque siempre implica la puesta en práctica de un abuso de poder, por cuanto el Estado interventor resulta ser más poderoso que el intervenido; en último término, la intervención lleva aparejada una evidente peligrosidad en lo que afecta a su proyección confusionista sobre la totalidad del continente americano.

No compartimos la tan difundida versión, a cuyo tenor la intervención es un achaque específicamente americano, por cuanto esa actividad patológica de tipo internacional se ha reiterado en otras latitudes. Lo que nos parece menos discutible es que ese achaque se ha reiterado en el hemisferio occidental, con una insistencia carente de plural en otros rincones de la tierra. Ello explica satisfactoriamente por qué el problema de la intervención ha sido amplia y apasionadamente debatido en las sucesivas conferencias —panamericanas primero e interamericanas después—, dando nacimiento a una serie de convenciones, mediante las cuales se intentaba alcanzar su proscripción. El que se haya producido, reciente y sucesivamente, en Guatemala y Costa Rica pone claramente de manifiesto hasta qué punto las Repúblicas americanas han sido infortunadas a través de los esfuerzos realizados para lograr su eliminación, y esta ineficiencia, en cuanto fruto específico de intentos depuradores malogrados, bien merece ser considerada con la debida atención.

Ante todo digamos que nos encontramos aquí situados ante un problema de medicina preventiva, habida cuenta que, una vez consumada la intervención, presenciarnos, como secuela de la misma, una serie de repercusiones que concurren en el sentido de expandir e intensificar el confusionismo imperante en el hemisferio occidental. Lo cual nos induce a sospechar que no existe otro tratamiento adecuado para eliminar ese achaque que el de valorarlo como un fenómeno a cuya eliminación sólo puede arribarse instituyendo principios de alcance o'jetivo que, una vez en plena vigencia, exigirían la acción constante de la puesta en práctica de sistemas, inspirados en ademanos colectivos.

La anterior versión, que se nos antoja adecuada y acaso irremplazable, no ha podido abrirse paso en las relaciones interamericanas, por cuanto en el hemisferio occidental existe un *tabú*, a saber: el de la soberanía que, interpretado de manera hermética, conduce a la desconexión y consiguientemente a la intervención, de modo especial al fallar la denominada «política del buen vecino»; así asoma lo que se intentaba yugular tan sistemática como ineficientemente.

Esto aparte, en el Nuevo Mundo no han logrado percibir hasta el presente cuanto hay de impresionante complejidad en el problema de la intervención, habida cuenta de que ésta puede producirse de modos bien distintos, a veces claramente diagnosticables, pero, en ocasiones, de manera tan sinuosa, indirecta y aparentemente tortuosa, que no es tarea fácil la de fijar responsabilidades, realizada tal actividad de modo adecua-

do. Estas diferencias, en lo que atañe al proceso genésico de las intervenciones, explican adecuadamente por qué se registran reacciones absolutamente contradictorias cuando parangonamos las réplicas ideadas y propugnadas por los Estados americanos frente a intervenciones consumadas en curso de realización. Entre otros ejemplos que pudiéramos citar, ninguno tan aleccionador como el que nos brindan las recientes experiencias, registradas primero en Guatemala y posteriormente en Costa Rica. En ambos casos ha existido similitud tanto en las acusaciones formuladas cuanto en lo que atañe a los propósitos intencionales, portados por los que han desencadenado una acción bélica. Cuando se produjo la invasión de Guatemala, se afirmó que quienes penetraron en territorio nacional procedían de Honduras, en cuyas tierras se aseguraba haber sido organizada la operación. Ahora se asevera que los oponentes al Presidente Figueres han iniciado su penetración en tierras costarricenses, partiendo de Nicaragua. La apuntada analogía se nos ofrece igualmente en lo que atañe a los propósitos finalistas de los revolucionarios: en un caso, derrocar el régimen de Arbenz, en el otro, poner fin a la presidencia de Figueres.

Si hay paridad en las dos citadas experiencias la reacción de las otras Repúblicas americanas al modo alguno debiera ser disímil y, sin embargo, es cierto es que ha triunfado el intento de Castillo Armas, sin que los Estados americanos obstaculizaran dicha acción, en tanto ahora se presta tangible asistencia al régimen político amenazado, respaldado que si bien es cierto se atiene al contenido de la doctrina de Monroe («Considerar los gobiernos de facto como el gobierno legítimo a nuestros ojos, cultivando con él relaciones amistosas»), no lo es menos que tal actitud no fué practicada al propósito de la acción de Castillo frente a Arbenz. Nada se hizo para evitar que el régimen político de Arbenz fuese derribado; ahora se percibe claramente que la acción de la O. E. A. se orienta hacia el apuntalamiento del actual Gobierno costarricense.

Nada tan lejos de nuestro ánimo que formular aquí juicios respecto a lo que puede haber de adecuado o impropio en las dos referidas reacciones disímiles, frente a experiencias sensiblemente parecidas. Lo que sí nos interesa destacar a través de estas glosas, que han sido redactadas al margen de todo prejuicio partidista, es lo que seguidamente consignamos.

El Nuevo Mundo no ha avanzado un solo paso en el camino que pudiera conducirle a proyectar un poco de luz sobre ese panorama confuso que al espectador desapasionado brindan las sucesivas experiencias americanas. Carente el hemisferio occidental de normas principales, en tanto ese vacío siga constituyendo una realidad, fatalmente el Nuevo Mundo está condenado a desenlazar no sólo en la contradicción, sino incluso en la arbitrariedad. El mal de América no radica tanto en las reiteradas intervenciones como en la perpetuidad de que el Nuevo Mundo nos ofrece tan reiteradas muestras. Si América se decidiese a reconocer que en el seno del hemisferio occidental se ofrecen síntomas inequívocos de inestabilidad política, tal confesión la situaría en condiciones de hacer frente al citado achaque, no de manera ocasional y con arreglo a normas improvisadas, riesgo evidente de caer en la contradicción, sino tratando de instaurar la normalidad político-social, presupuesto necesario para que la coherencia proporcione al Nuevo Mundo esperanzas de aquietamiento y posibilidades de estabilidad política. Otra cosa equivale a correr un serio riesgo: ir surgiendo mediante el pespunte de trozos de paño de colores divergentes, el mapa polémico del hemisferio occidental.

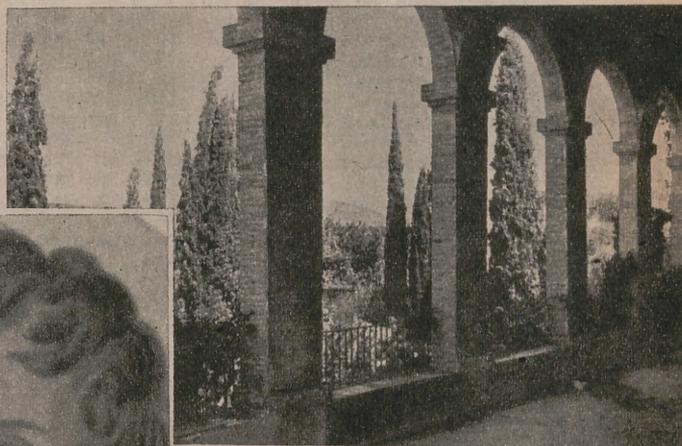
EN LA "MASIA" CATALANA DE UN POETA ROMANTICO

**MANUEL DE CABANYES,
DONCEL DE LA POESIA**

UNA ISLA DEL SIGLO XIX



Fachada principal de la «Masia Cabanyes», en Villanueva y Geltrú, de bellas líneas clásicas, que la dan aspecto de «castello» romano



Desde la «loggia» se contemplan los altos cipreses que todavía hablan de la soledad del poeta



Retrato del poeta Cabanyes y su firma autógrafa

UN camino de carros se abre entre las bardas de buen adobe encalado que parcelan estos campos de Dios. La tierra huele a mar, y los sarmientos toman forma de pulpos. Atosiga el sol con calma chicha y nos damos en pensar que los «payeses» descubrirán con el rejo del arado las barbas marineras de Ulises. Dejamos la carretera para emprender la caminata; al paso nos salen varias «masias» vigiladas por los almiares, por los «pallars», como aquí dicen. Y tras la fatiga de resbalar por canales de tierra cuarteada por el estiaje y por la huella de los carros, se alza ante nosotros la «masia Cabanyes», donde murió y vivió un poeta: Manuel de Cabanyes, en su Villanueva y La Geltrú.

Vamos a seguir el rastro de su vida por la casa; preguntar a los silencios, al aire y a la rosa. Estamos a dos palmos del mar, cuando Dios amanece el 1808 y por el Pirineo se descuelga la tropa bonapartista. Cuenta tres meses de edad Manuel cuando aquello. Decidieron, calla callandito, no referir al muchacho al granar la adolescencia cuanto pasó; borrarían hasta la última huella. Adelantemos que en la «masia» no se conserva ningún sable, ningún cachorrillo de chispa; ni siquiera floretes de esgrima o pánoplas. Se aísla a Manuel, cultivándole del otro lado de la guerra. Sólo podrá a hurtadillas preguntarse el «por qué me tomas, melancolías». Será dulce y tímido como el paje del «entierro del conde de Orgaz», allá en Toledo, el tan lejano.

¿Dónde estamos? Pues veréis: ante nosotros, un portón de madera que no debe cerrarse nunca, cocido y requemado por soles de labranza, nos da la bienvenida. Hemos de dar la vuelta a la casa, dejar a la izquierda un cobertizo

de carros para dar con la fachada noble. ¡Pero esto no es una «masia»! Falta la huella de la mano que agavilla candelal o centeno; manos labriegas surcadas de infinitas arrugas. Y el olor tampoco nos dirá de los trabajos de la tierra, humedecida por las ansias del «payes». Saben a señorío, a «ilustración» las líneas purísimas de su arquitectura.

Manuel de Cabanyes vive y muere en un «castello» romano, plantado casi a dos palmos del mar y con la escolta verdinegra de los cipreses. En la fachada posterior de la casa se abre una

«loggia» amplia y serena; al fondo la serranía donde el polvo se eterniza en roca, mineral ropaje que traducido en mármol servirá de peana para sus versos.

Por sus tiempos, la «masia» se llamaba «Parellada»; es una isla o una campana de cristal donde un chico pálido descubre la vida, y ésta le llevará al morir.

Dios te guarde, viajero. Así penetramos en el zaguán de la casa, asolado con baldosas y unos bancos de madera adosados a la pared. La pieza es casi cuadrada, donde se abre una escalera estrecha, de vecindad, con fuerte inclinación. Antes de subir reparámos que el umbral de piedra tiene una inscripción latina, que no conseguimos descifrar. Al terminarse los escalones, sobre la puertercita, un escudo de armas. Aquí vivió y murió un poeta católico, romántico y catalán, quien a los veinticinco años...

EL SALON Y LA BOMBILLA

Su forma perderán, no su cuidado, las serenas huellas de quien aquí remete en soledad un ansia de vida hacia los tiempos del oro, de la estrofa y del laurel. Grabados, litografías con anchos marcos de caoba; una mesa estrecha

y larga sobre el testero del pasillo, pues la casa carece de recibimiento. A la derecha, el gran salón, y a la izquierda, el camino para las habitaciones de servicio. Un oso montés sirve de paraguero...

Pieza grande, cuadrada, con cinco puertas y techo de alta bóveda decorada a lo pompeyano. Del centro pende un flexible con su casquillo de porcelana y una bombilla. Es el gran contraste con la riqueza de cuadros, de cortinajes; contrapunto del arpa junto a un «pianino» con cortinillas rojas. Las cuerdas del arpa están saltadas, las correspondientes a los tonos agudos. Sobre el atril, una partitura manuscrita. En el centro, un velador rodeado por cuatro sillas sostiene un quinqué de copa de cristal decorado. Cajitas de marfil, ceniceros de plata y de loza, búcaros y vidrio... Filigranas. Un sofá aforrado de seda con grandes almohadones por respaldo. Cerca del balcón de la izquierda, el fino talle de un alto velador que soporta la estatuilla de metal de un galgo. Cuadros, pintura de «épica», una copia de Velázquez y en las esquinas, sobre plintos, dos ánforas pompeyanas.

¿Vendrían hasta este silencio don Juan Antonio Suárez o Joaquín Roca y Cornet? Suárez, teniente coronel de Infantería, le enseña griego; en colaboración con Roca traduce a Torcuato Tasso. ¡Pero no es esto! Aun cuando chirrien dolidos los pernios de los balcones, aun cuando abramos de par en par puertas y ventanas, no conseguimos calar en la vida del poeta. Nos dirán que era enérgico, estudioso, de clara frente: mas ¿qué nos dice este silencio? A dos pasos, frente a palmeras y cipreses, el antiguo estudiante de los escolapios barceloneses, o el universitario de Cervera, vive su encrucijada: a la derecha, la mesa de trabajo; a la izquierda, el polvo enamorado «que plañía del mozo audaz la muerte lastimera». Se va poblando de música lejana este salón dormido; serán las notas arrancadas del arpa, ¿de cuál? La que vemos tiene saltadas las cuerdas y el «pianino» está desafinado.

Pero antes dijimos que el muchacho no debió conocer la gue-

rra; bueno, las dos guerras, pues tras la francesada vinieron los carlistas tocándose con amapolas para que los novatos no hicieran ascos a la sangre.

«Hubiera visto, asestando el puñal contra el ca-
[nudo] padre, el hijo infeliz, salir sil-
[bando] del tubo funeral rauda la bala y atravesar ardiente del amigo el pecho que fué amado...»

¿Fué en Cervera, en Barcelona, en Valencia, en Huesca, en Zaragoza o en esta «Parellada» donde tuvo noticia de la marimorena?

El adolescente desde el salón de su casa se contempla a sí mismo, royéndole el aire el andamio de sus huesos; pero este paisaje que nos empapa de serenidad para el poeta es muy distinto:

Un arbusto, una peña y mus-
[tias plantas] esto del mundo veo, y sólo es-
[cucho] del agua el ruido plácido...»

Mas a Cabanyes le rodea un clima de sosiego, de paz que incita tanto a la meditación como al trabajo. En este salón de amplias proporciones, con objetos de arte, la lengua se desata por caminos más luminosos, de optimismo, de alegre aventura. Mas para el poeta los cipresales se truecan en arbustos y mustias plantas, como si un Merlín los transformase. Únicamente el agua le dicta placidez como un encaje de tresbolillo.

LA LECHUZA Y EL QUINQUE

El caballerito de Villanueva con sotabarba, manos del Greco y camisola de chorreras, no será sombra huidiza, espanto de sí mismo, sino el hombre enterado, «a la page» al tanto de las noticias y de los días. Vemos a escudriñar sus libros, La biblioteca escritorio es la segunda puerta, casi pegando al balcón de la derecha de la sala pompeyana. En el centro, dos mesas unidas contienen infinidad de objetos. Cajón de sastre con caracolas de la playa cercana, secaffinas, un tarro de cristal con obleas para pegar los sobres, una lechuza y un quinqué. No se agota el inventario: anotamos un

«secreter», la «maqueta» de la casa un vade de cuero...

El caballerito cuenta los pasos de la estancia midiendo versos y eternidad. Aquí escribió sus versos con letra clara, inglesa, de anchos renglones, Manuel de Cabanyes. Le alumbraría el quinqué, melancólica luz, mesa de pintado pino. Antes de asomarse a la noche tomaría un libro de la biblioteca que formara amorosamente con su hermano. Tendremos las traducciones de los poetas griegos y latinos, historia, filosofía, matemáticas. Diez tomos de las obras de Maquiavelo... Chateaubriand, Schiller, Alfieri, Tasso... Seguiremos la búsqueda de autores por aquellos de dimes que libros tienes y te diré quién eres. Bueno, es inevitable Byron en dieciséis tomos y Walter Scott en siete y la Historia de Inglaterra, de Hume.

La pareja de lectores prefiere la literatura inglesa. Lo desconcertante corre a cargo, como siempre, de Micer Nicola Machiavelo. El poeta vilanovense discurrirá acerca de las Ordenanzas de la Infantería y de la Caballería; del arte de la guerra... Si y no. En definitiva, los diálogos que aun mantienen en la paz de la «masía» la lectura y el quinqué. La luz y la sabiduría; pero esto suena muy pedantesco, pese a la defensa del énfasis dictada por el otro de Villanueva. La cosa es más simple en sus apariencias. Hemos llegado al cuartel general de donde parte para la ciudad y el orbe el mensaje de poesía. Formaciones cerradas de númenes, nereidas, libertad, cánticos, venganzas. Poeta de mayúsculas preñadas de eco, palabras que pesan y han pasado sin dejar raíz.

¿Qué prosa o qué versos escribió sobre esta mesa Manuel de Cabanyes? Saldrían cartas, epístolas que dieran cuenta, razón, a los amigos del afecto y del aprecio. Tan sólo una de sus poesías lleva como peana la fecha y el lugar donde se escribiera. Mas tuvo que ser aquí donde en versos se dijera de un amor que empieza por pedir perdones a la amada, por sí el efecto del amor la causa disgusto, sobresaltos, sofocos. Si al enemigo, puente de plata, al amor, puente de nubes para que pueda retroceder si altera. Y estamos en pleno romanticismo cuando al parecer las pasiones se desatan.

—Y si la quieres, ¿por qué pides perdón por quererla?

—Porque turbé su calma plácida y mi amada debe ser feliz aun cuando yo pene.

EL CUARTO DE ESTAR NO ES EL «LIVING ROOM»

La forma de estar en casa el cuarto de estar expresa las circunstancias de una vida, de una época y de una nación. Manuel de Cabanyes sacrifica al buen tono, a la elegancia, el abandono íntimo de costumbres sociales y modos de presentarse. Tenía que estar siempre presente, sin desfundarse del hábito civil con que los otros, el mundo circundante, le conociera. El piso es de ladrillo, baldosines rojos, que soportan la gracia incómoda de un sofá, dos sillones y el gran velador



Salón íntimo, cuarto de estar de la «masía» con el reloj parado a las once menos cinco de no se sabe qué día



El arpa y el «pianino» marcan la época, las inquietudes, el modo de ser del romanticismo



Cama imperial con grandes cortinajes. A la derecha de la foto se ve parte del brasero de copa

ador del centro. Hay que estar como en visita, sin relajar la actitud. Chimenea con espejo y guardación; marcando el reloj las once menos cinco de no se sabe qué mañana. Lámpara de bronce y cristal de bohemia, cuadros y los trebejos para atizar la lumbre.

Aquí «está» Manuel de Cabanyes con ansias de vida y con ansias de muerte, contando las horas. Para nosotros las once menos cinco del reloj es el tiempo parado, almacén que ha cerrado la puerta de salida; algo, en fin, insólito. Para el poeta no supuso nada.

—Se ha parado el reloj de la sala...

Entonces resuenan los silencios del viajero, del estudiante en Cervera que rompe a cantar de gozo porque la francesada se largó rabo entre piernas, y Fernando VII gastaba paletó, señal de que hacía muchísimo calor.

En el cuarto de estar donde impera el buen tono con el alioli del «seny», el caballero de Villanueva se miraría en el espejo. No sólo en aquel de encima de la chimenea, que nos da sensación de busto, de anticipada estatua de nosotros mismos, sino en el espejo de la meditación, de la crítica; también, en el de la melancolía. Lo externo, pues un caballero, un petimetre de cuello de camisa orejudo, frac tabaco o azul, pantalones abotinados gris perla y botas de tafilite. Dejaría prendidos los ojos en el llamar del fuego; alguna que otra vez atizaría las brasas; fuera, los cipreses silban.

¿Que vive un muchacho del

ochocientos, de fino espíritu, posición acomodada y que escribe versos? No cabe trasplantarnos a la época, como el personaje de la «plaza de Berkeley». Ha de ser Cabanyes...

Ante todo proclama su independencia: «¡Lejos, esclavos; lejos, profanas gentes!» De aquí nos diga de una fidelidad asimismo de saberse al pie de la letra la cartilla de su destino, el dónde va y el qué quiere.

Es el «vate de patria y libertad», patria que recibe el mensaje de la luz primera de la cultura. Algunas tardes, con dosel de «borra» los cipreses, tomará de la biblioteca a Alfieri y sin contar los pasos se detendrá en el cuarto de estar. Persigue el ritmo para trasladar a versos castellanos los del otro autor. Al quedarse quieto no se transforma en estatua de sí mismo, tal vez porque la estatua representa la ausencia del tiempo, y el poeta traduce una tragedia en donde el tiempo es las grandes alforjas de las pasiones que vuelca su mercancía sobre los personajes.

No podemos imaginarnos qué postura adoptaría Cabanyes en la intimidad, en la sala de visitas. La «mise en scène» nos da un ambiente, crea un clima distinto al de nuestra época. Pregunto a los espejos si alguna vez se asomó a ellos con la flor de la melancolía en la solapa; pero el azogue muere en meandros de ágata y definitivamente el reloj se ha parado.

En su rincón, donde el arte se cita, el poeta desnuda las raíces de la poesía; no será «hijo del siglo» en cuanto éste tiene de án-

gel caído. Luzbel es el personaje de la época, tentando con sus rebeliones, con sus «golpes de Estado». Cabanyes en su rincón, en su cuarto de estar, es el poeta civil que usa del verso como látigo para enderezar entuertos.

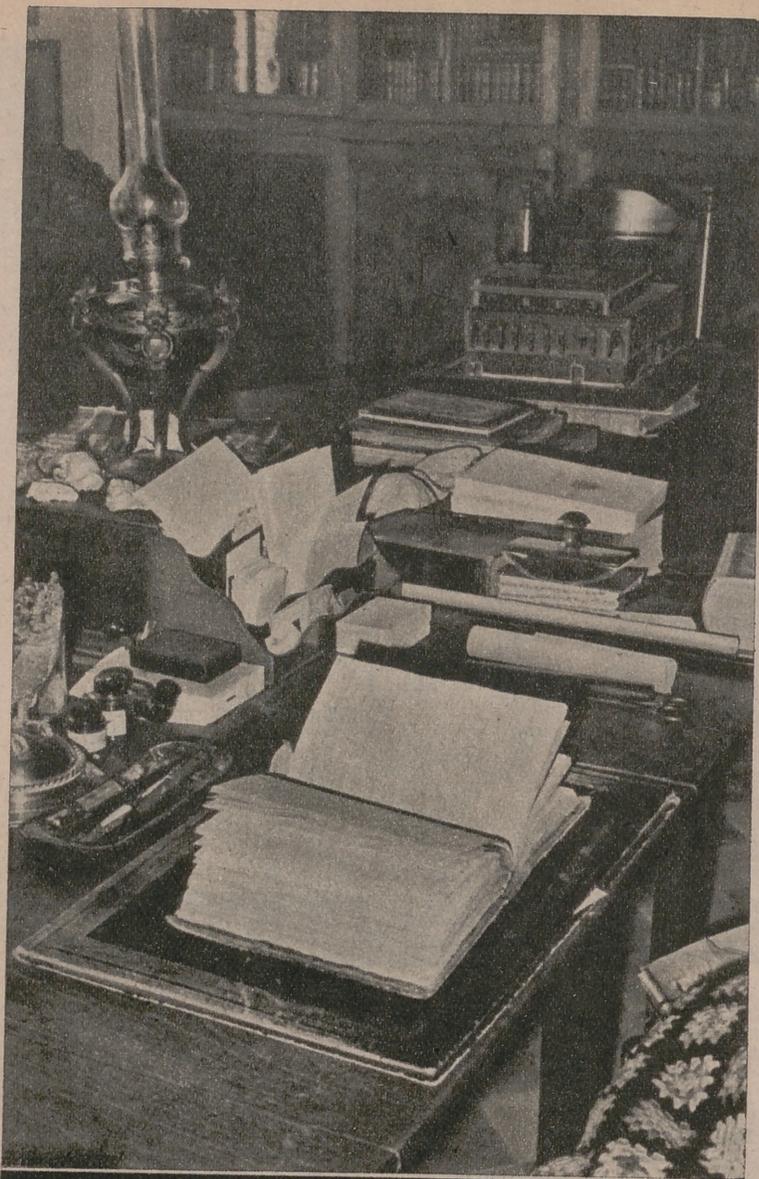
Y en su rincón canta a Dulcinea, pájaro o nube que penetra en el jardín de Melibea sin que Cabanyes sea Calixto. Se queda parado frente a la verja, y acaso planta con la fuerza de su imaginación unos cipreses en la puerta de ese jardín, que nunca pudo traspasar.

¿No sentiría comezón, recluido en su cuarto de estar, por llevar a la corte su mensaje? En otras palabras, ¿no pensó en ser diputado? Porque, eso sí, es seguro que a este cuarto de estar llegaron gentes humildes pidiendo al «senyoret» ayuda, que redactara un memorial, que visitara al alcalde...

Esta poesía civil, que adelanta tantas cosas, que anticipa la acción del hombre actual, se traduce en un mensaje político empapado de España. Pero nada dicen quienes le conocieron de esta posible vocación del poeta; hay que adivinarla en las cuatro paredes de su cuarto de estar, el cuarto de recibo de un caballero español, catalán y católico, que en nada se parece al «living room» atormentado, parálitico y sin esperanza.

...TAN CALLANDO

Dos grandes sillones fraileros, con guadamecl sobado a los pies de la cama; un brasero de copa alta calada, dos mesillas de noche, un sofá de patas esbeltas.



Sobre la mesa de trabajo un manuscrito de Manuel de Cabanyes muestra su letra clara. Le escoltan el quinqué y la lechuza

En uno de los testers, sobre el entredós, una capilla alta y dentro un Cristo de marfil; delante, un «lignum crucis» y un «pesebre» en miniatura, escoltados por dos candeleros de plata y dos fanales, muy románticos, con flores de trapo. Varios cuadros y varios retratos adornan la habitación del poeta. Acerquémonos más; aquí está la cama, con su gran dosel sostenido por cuatro finas columnas de madera rematadas en flor. La cama es ancha y para subir a ella se precisaría de un escabel. Está vestida de damasco con grandes flores de colores muy vivos. La habitación es clara, con gran balcón a la fachada principal, la que se abre a los cipreses.

Sobre la mesilla de noche, a la derecha del espectador, un retrato del poeta, y en el testero del sofá, un gran medallón que representa a una muchacha de ojos dulces, playas negras en reposo.

—Fué ella...

Responde el poeta: «Y mis oscuros días—con tu luz regiré modesta y pura.» Fué constante a ese amor; cuando la muerte llegue, tan callando, y abra el mármol de su tumba, su labio moribundo repetirá: «Te adoré, te adoré.»

La muerte hubiera podido tomarla en esta habitación, mas ocurrió en Barcelona, y cuentan que tan sólo un grupo reducido de familia y amigos le acompañó a su tierra. Quién sabe si al-

gunas veces, tras el cobijo de esas celosías, hilara su amor, su amor, que, como la época, ha de ser desgraciado, incomprendido.

El poeta habla mucho de la muerte, pero en voz alta, como concepto y no postrimería. En su habitación es donde está muerto, con la derrota física de la carne que pierde peso y elegancia tras el encuentro. Aquí, sobre estos baldosines rojos, apaga su voz, y las manos de arpista quedan rígidas como las de saetas. Aquí es donde realmente muere Manuel de Cabanyes.

Pero aquí también ha vivido con paso breve su destino, que le «condena a registrar pandeas y partidas». En una palabra le fastidia estudiar Derecho, porque los libros están escritos con estilo pesado, perdiéndose en interpretaciones casuísticas. Pero existe una magia, otro mago Merlín, que los transforma, y entonces «un sueño dulce—oprime tus párpados y al pecho—retornará la fugitiva calma». Sueño dulce en su casa de Villanova, sueño infantil donde juegan a las cuatro esquinas los cipreses.

«Del mozo audaz la muerte lastimera» se va a contar aquí. Un rubor de nubes incendiaría el cielo cuando el mozo llega de Barcelona. Pero, en fin, la muerte de todo lo acaba.

LOS CIPRESSES Y EL JARDÍN

—¿No tenía un rincón preferido?

(Claro que sí: la joya de la «masía» es un diminuto jardín romántico, con una plazoleta y una fuente seca al fondo. Arboles de enredaderas, más cipreses.)

—Aquí se refugiaba, acentuando la soledad, Manuel de Cabanyes.

Sólo, no; le acompañarían sus ángeles y sus demonios, altos pensamientos y quisicosas, cuando integra la suma total de un hombre. Desconocemos la hora acostumbrada, si es que existía tal costumbre, de encerrarse en el jardín, vegetal urna y aislamiento. ¿Dibujaría en la arena los castillos imposibles, o daría vueltas enganchado a una noria invisible? Se pierden todas las preguntas rasgando el cielo azul del mediodía. No cabe sentirse dentro de Manuel de Cabanyes, «representarlo» como cómicos de legua. No estamos en la «masía» de Berkeley, sino en el jardín de una «masía» donde viviera hace años un poeta romántico, católico y catalán.

El itinerario de su vida familiar, ha sido puramente externo, limitado a unas cuantas habitaciones de su casa. Tal vez las más representativas, las que pudieran dejarnos entrever el rostro de una personalidad. Se va cerrando las ventanas y vuelve al silencio este «castello» plantado casi a dos pasos de la mar.

¿Cómo vivió Manuel de Cabanyes en su «masía» de Villanova y La Geltrú? Citó al amor. Las cuerdas del arpa están rotas. El reloj, parado en las once menos cinco. El campo huele a Dios y la poesía...

José FERNANDO AGUIRRE

Acaba de ponerse a la venta el número 36 de

POESÍA ESPAÑOLA

que publica poemas de José María Souvirón, E. Calle Iturr no, Ginés de Albarca, Francisco Javier Martín Abril, Alfonso Pinotó, Armando Rojo León, Carlos Prado Nogueira, Jacinto López Gorgé, Diego Fernández Collado y Dora Varona

En Vanguardia
de la Moda



Fontcuberta

LA MAS HERMOSA COLECCION DE PAÑERIA



FUNDADOR

EL COÑAC QUE DESTACA POR SU CALIDAD

CORRESPONDE A LA ATENCION DE SUS CONSUMIDORES CON LA DISTRIBUCION DE

100.000 PREMIOS

DE ENTREGA INMEDIATA, ADEMAS DE OTROS MUCHOS PREMIOS EN METALICO Y EL DERECHO A PARTICIPAR EN SU EMISION

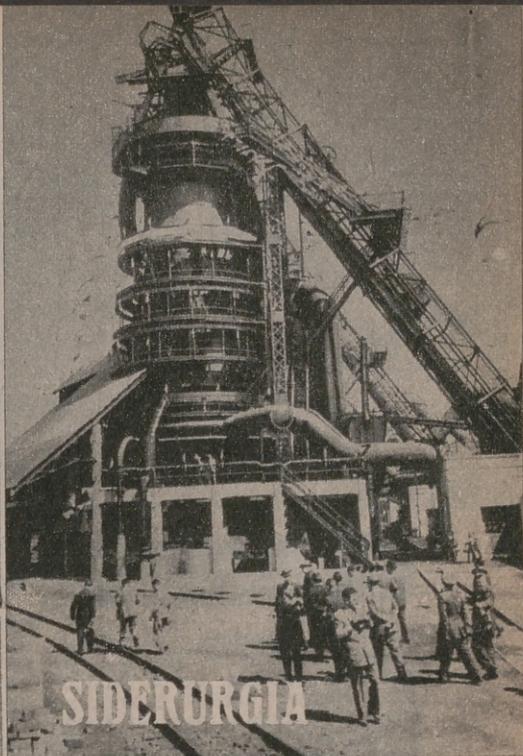
LA MELODIA MISTERIOSA

MAS FACIL Y ATRACTIVA QUE NUNCA.

AL COMPRAR UNA BOTELLA DE COÑAC

FUNDADOR

NO OLVIDE PEDIR **EL SOBRE SORPRESA**



LAS TRES PRODUCCIONES BASICAS PARA LA PROSPERIDAD INDUSTRIAL

EXISTEN hoy día unos productos sin los cuales es totalmente imposible la vida de los hombres. Son los que se denominan, en nombre general, productos básicos industriales. Si falta uno de estos elementos; si en la fabricación de los mismos hay un paro, una detención o una disminución injustificada, la vida de la nación sufre una paralización tal que, en menos de una semana, la mayor parte de sus habitantes habrían pasado de su estado actual a una miseria que comprendería todos los grados.

Tres son, más que ningunas otras, las producciones que pueden ser encuadradas en esta categoría: carbón, siderurgia y electricidad. Las restantes, que le siguen en orden de importancia, dependen estrechamente de estas tres primeras.

Si estas producciones no van por delante en el conjunto de la producción total, y en la medida de lo posible, las necesidades racionales de la actual vida de un pueblo, de la estabilidad económica se pasa a una depresión aguda y de la coyuntura favorable encaminada a vivir cada día mejor se retrocede, con vertiginosa rapidez, a un estado de debilidad y de estrechez en todas y cada una de las fases de la producción.

Necesario es para todos—cada rama, desde luego, en su proporción—el que el volumen cuantitativo y cualitativo de los distintos productos no decaiga, antes bien, mejore en todos los sentidos. Pero mucho más necesario es este principio para las tres ramas de la producción que hemos señalado. Si en ellas hay fallo, todo el esfuerzo se viene abajo. Si ellas van por arriba, todos los habitantes, absoluta-

mente todos, serán beneficiados. Si de un año a otro, el aumento en las producciones básicas ha pasado de 100 a 200, de 100 a 200 será la diferencia del vivir de los habitantes. De más a más y de menos a menos. La elección no ofrece, pues, duda alguna.

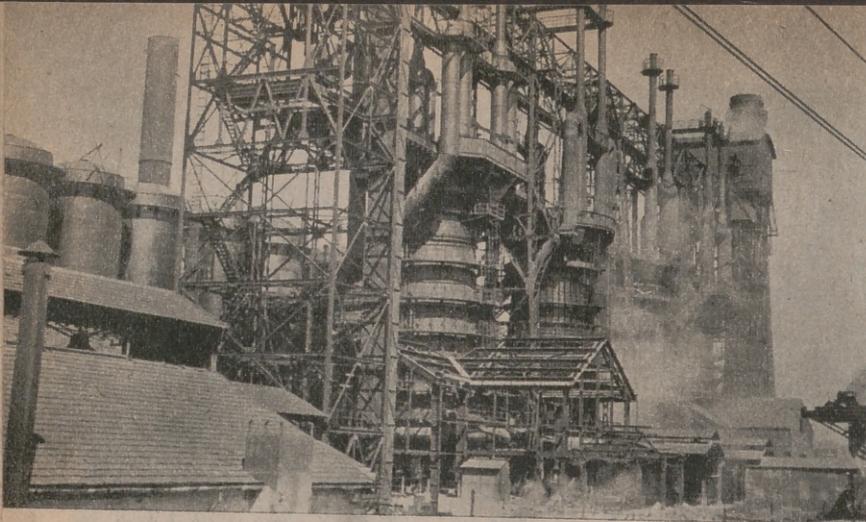
EL PUESTO PRIMERO, PARA EL CARBON

El carbón es una de las bases fundamentales sobre las que ha de apoyarse todo el complejo industrial de una nación. Una nación sin industria hoy, no puede existir ni como unidad política, ni como unidad geográfica ni, simplemente, como unidad humana. Todas, absolutamente todas las actividades del hombre, todas las satisfacciones de sus necesidades primarias — comer, vestir, divertirse, curarse de las enfermedades, trasladarse de un lugar a otro—vienen en función directa del grado de industrialización de un país, de lo que un país produce, en cantidad y calidad, elaborado. Y toda la industria es consumidora—unas en gran parte, otras en menor cuantía— de carbón.

Sin carbón no se puede realizar nada o casi nada. De las tres fuentes de energía que son utilizadas en el mundo—carbón, electricidad y petróleo—España cuenta, afortunadamente, con las dos primeras. Y las dos primeras, afortunadamente también, son cada vez, pese a las dificultades, mejores.

Las reservas probables de carbón contenidas en nuestro subsuelo llegan a unos seis mil doscientos millones de toneladas. De ellas, cuatro mil seiscientos millones son de hulla. La hulla es la clase de carbón que ocupa el segundo lugar en cuanto a riqueza calorífica. El primero lo ocupa la antracita, que es casi carbón puro, y los dos restantes, el lignito—empleado principalmente en las centrales de energía termoeléctrica—y la turba, tipo de carbón muy pobre en carbono, ya que está en período de formación porque su proceso de descomposición, enterrada en el subsuelo, no ha comenzado.

La clase de carbón que más se recoge en España es la hulla. Después la antracita y luego los lignitos. Pues bien; dejando aparte, como ya hemos visto, la electricidad y las industrias menores, las grandes producciones básicas utilizan en gran escala el carbón. Y más concretamente el carbón de hulla. La siderurgia—ahí están las baterías de coque, un producto derivado del carbón, en todas las instalaciones de Altos Hornos siderúrgicos, indispensables para la obtención del acero—, el cemento—en la transformación de las tierras que luego permitirán la construcción de grandes diques, presas, casas, edificaciones gi-



Vista parcial de los Altos Hornos de Bilbao

gantescas, puentes, carreteras, puertos, navales y aéreos—, la industria química, cuyos productos—bencina, aceites lubricantes, gas amoníaco para la fabricación del sulfato amónico, nitrato amónico—, estos dos en la fabricación de abonos son primordiales; los explosivos; el toluol, que es base de esencias y medicamentos; el xilol, el benzol y el alquitrán; las actividades navales, construcción y empleo de barcos en casos determinados, etc..., demuestran la necesidad de este producto básico. El creciente desarrollo de toallas ellas, hace ver también, cómo, cada vez, la demanda de carbón será mayor, con lo que no hay motivo de intranquilidad alguna para que pueda sentirse inquietud, en ciertos medios mineros, por las declaraciones de Stassen, presidente de la Ayuda Norteamericana al Exterior, sobre los supuestos envíos de carbón americano a España.

Doscientas mil toneladas de hulla ha sido el aumento registrado en 1954 con relación al año 1953. La cifra total del pasado año fue, pues, 10.450.000 toneladas, las cuales fueron totalmente absorbidas por el mercado nacional, hasta el punto de que el millón de toneladas de carbón importadas no mermó en nada—antes bien ayudó a la produc-

Muelle cargadero de carbón en Insua



ción— la capacidad de consumo de carbón de la industria española.

El futuro se presenta para el carbón no negro, que la frase sería fácil, sino de auténtico color de rosa, puesto que—aun cuando hoy muchas industrias, entre ellas la Renfe, emplean fuel-oil, y se van electrificando más kilómetros de líneas férreas—la puesta en marcha de la industria siderúrgica de Avilés—dentro de muy poco estará a pleno rendimiento la primera batería de coque de Avilés, y el primer alto horno recibirá su carga en 1957—, la modernización presente y futura de la siderurgia privada y el empleo de carbón en las centrales térmicas—diseñadas para ello, aunque transitoriamente hayan consumido fuel-oil—permiten predecirlo.

Con lo que el carbón—lejos quedan los 7.300.000 toneladas de hace veinte años—seguirá manteniendo y alzando la industria nacional. Los nombres geográficos de Gijón, Oviedo, Sama de Langreo, Mieres, Pola de Laviana, Inflesto, Colunga, Ponferrada, Cifera, Matallana, Valde-rueda, Guardo, Valdesabero, el valle de Santullán, Puertollano, Bémez, Villanueva del Río, Peñarroya, Utrillas, Montalbán, Aliaga y Berga serán, para la historia, testigos de importancia.

MAS ACERO PARA TODOS LOS HABITANTES

De primarias y de secundarias pueden calificarse las materias que intervienen en el proceso siderúrgico, en ese proceso cuyo objetivo final es el acero. Las primeras se llaman, por este orden, carbón, mineral de hierro, chatarra,

caliza, materiales dolomíticos—para el revestimiento de los hornos—y ferroaleaciones; y las segundas coque metalúrgico, fundición en lingotes y acero bruto.

No es lo mismo—esto ya lo sabe todo el mundo—hierro que acero. Ambos son productos conocidos con el nombre genérico de aleaciones industriales pesadas. El bronce, el latón, la alpaca, además del hierro, conforman también ese gran grupo. Pero las más importantes, las que verdaderamente cuentan en el mejoramiento de la vida del hombre, son las aleaciones hierro-carbono. De ellas se obtiene la enorme gama de los aceros; aceros especiales, dulces, extradulces, indispensables para motores, aviones, barcos, maquinaria de todas clases, construcción de edificios, aparatos de precisión instrumental médico, etc. Cuando las aleaciones de hierro-carbono contienen más del 1,8 por 100 de carbono tenemos la fundición o el hierro fundido; cuando la aleación posee menos del 1,8 por 100 de carbono, entonces se llaman aceros. Y si los aceros presentan un contenido mínimo de carbono, nos encontramos con los aceros dulces o extradulces. Las especialidades aparecen a continuación: aceros al cromo—en virtud del cual aumenta la dureza del acero sin disminuir su elasticidad—, de los cuales son muestras ejemplar los aceros de cuchillería; los aceros níquelados—que tienen un coeficiente bajísimo de permeabilidad magnética, utilizados, por ejemplo, para torretas de submarinos y para construcciones navales que tengan que estar en las proximidades de la brújula, por lo que igualmente son poco oxidables—; aceros rápidos—llamados así porque los utensilios contruidos con ellos pueden trabajar en los tornos en las cepilladoras, etcétera, incluso sin lubricación, hasta ponerse candentes y desarrollar una velocidad cuadruple de aquella a la que pueden trabajar los aceros comunes sin perder su temple—, etc., etc.

La industria siderúrgica española, totalmente española, y este es uno de nuestros más preciados orgullos, ha hecho un gran esfuerzo y se ha modernizado. Como consecuencia ha producido más. Y al producir más, el mercado nacional—que, por otra parte, necesita todavía mayor cantidad de acero, como lo demuestra la insistente demanda de los industriales que necesitan el producto—se ha visto más abastecido y, en consecuencia, los españoles han podido disponer, como a la vista está, de mejores y mayor cantidad de productos férricos de todas clases para la satisfacción de sus necesidades.

En 1954 se han producido 872.000 toneladas de lingote de hierro, con un aumento del 9 por 100 sobre el año anterior, y 1.103.000 toneladas de lingote de acero, con un aumento del 23 por 100 sobre 1953.

Mas estas cifras, que son ya, en su escueta exposición, bastante significativas, dicen más todavía. Porque no sólo se han producido 200.000 toneladas más de acero que el año apasado, sino que se ha superado en 80.000 toneladas la máxima producción española, que se obtuvo, como es sabido, en el año 1929.

Esto ha sido posible, como ya apuntamos, gracias a la modernización de nuestras empresas y a las

nuevas instalaciones efectuadas con arreglo a lo previsto en el plan general de industrialización del Ministerio de Industria. Así, por ejemplo, los Altos Hornos de Vizcaya han modernizado sus antiguas baterías de coque, incluyendo también 29 hornos, además de un nuevo alto horno puesto en marcha.

En Sagunto se han inaugurado dos hornos Siemens de 70/80 toneladas; en la Duro Felguera, en el taller de laminación, se ha instalado un nuevo tren Blooming, además de cuatro hornos Pitt de recalentar.

En Mieres puede registrarse la inauguración de una nueva batería de coque de 36 hornos con una capacidad de producción de 600 toneladas diarias. Y en todas y cada una de las empresas siderúrgicas españolas el avance es semejante, análogo; todos son, en suma, los beneficiados.

Una nueva fábrica de la Siderúrgica Asturiana, S. A., con capacidad de 30.000 toneladas anuales de módulos de hierro, ha entrado también en funcionamiento.

Como remate, la Empresa Siderúrgica Nacional de Avilés prosigue activamente la construcción de su fábrica y la modernización y ampliaciones de las empresas privadas que con ella concertaron la ayuda.

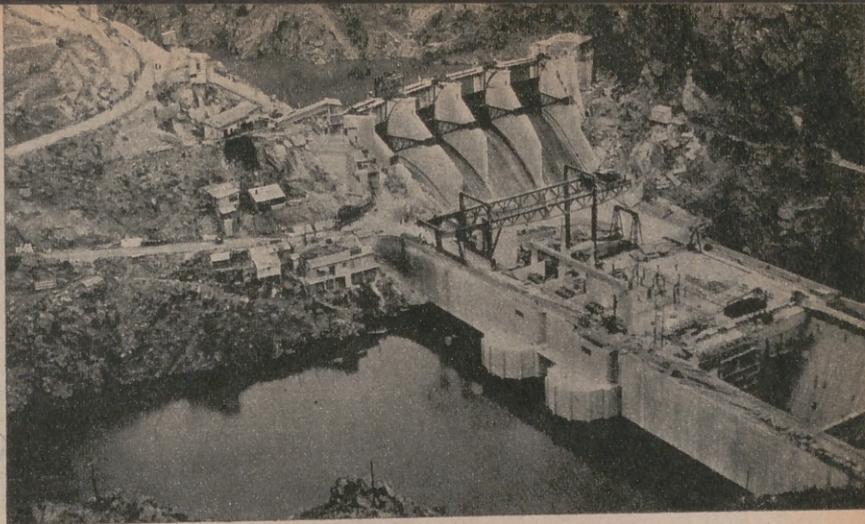
Con lo que el proceso siderúrgico, en la totalidad de las empresas, va, definitivamente, en segurísima marcha ascendente. Y el beneficio lo obtienen, juntos, empresas y consumidores.

ELECTRICIDAD FRENTE A LA SEQUÍA

La tercera gran producción básica, apoyada algo en los productos de las dos anteriores, es la electricidad. Si no hay electricidad suficiente, el perjuicio económico es grande. Verdad que no necesita demostración. Por ello, las previsiones para el pasado año en materia de electricidad estaban tomadas; y las instalaciones que se programaron fueron, con mucho, realizadas y aun superadas. Por ello, y esto no es disculpa frente a las restricciones, si hubiera llovido solamente lo que en el año 1952, que, por otra parte, no fué un año excesivamente húmedo, con la potencia instalada actualmente no habría habido necesidad de establecer restricciones de ninguna clase y hubieran sobrado, a final de año, 200 millones de kilovatios-hora.

Mas no ha sido solamente la escasez de las lluvias lo que se ha puesto en contra, sino, incluso, la mala distribución de las precipitaciones acuosas caídas. Ahí está un pantano gigantesco, el de Alarcón, en el río Júcar, que a finales de 1952 disponía de un llenado del 35 por ciento de su capacidad; en la misma fecha de 1954, sólo el agua embalsada del pantano de Alarcón era el cinco por ciento de su capacidad. Si mil millones de kilovatios-hora es la capacidad del pantano de Alarcón totalmente lleno, calcúlese la pérdida de energía eléctrica que ha representado la falta de lluvia adecuada.

Sin embargo, como el régimen atmosférico es de suponer que no será siempre igual, los planes del Ministerio de Industria han visto con satisfacción la entrada en servicio, durante el año de 1954, de nuevas unidades de producción



Panorámica del nuevo salto del Castro

--hidráulicas y térmicas-- con una potencia total de 335.000 kilovatios, lo cual viene a significar un aumento del 26 por 100 sobre el año 1953. A pesar de la falta de lluvias y de las obligadas restricciones, 1954 ha registrado un aumento en las cifras de producción de energía eléctrica. El más considerable está, en relación con el año anterior, en las cifras de energía térmica, puesto que los 2.700 millones de kilovatios-hora de 1954 representan un 17,5 por 100 más en relación con 1953 y los 7.780 millones de kilovatios-hora de energía hidroeléctrica suponen un 1,6 por 100 de aumento, lo que hace, sumando las dos clases de energía eléctrica, 10.480 millones de kilovatios-hora, con un 5,3 por 100 de aumento sobre el año anterior.

La sequía ha obligado a poner al máximo el funcionamiento de las grandes centrales térmicas del I. N. I. Gracias a ellas, la mayor parte de la energía producida durante las épocas de restricciones eléctricas ha tenido su origen en dichos centros productores. En previsión de posibles contingencias futuras, la nueva potencia instalada en 1954, unida a la que se encuentra actualmente en curso de montaje y a las nuevas unidades contratadas, suman un total de 1.059.000 kilovatios, los cuales superan a los previstos en el plan para el primer quinquenio 1954-1958.

Lada, en Asturias, con 50.000 kilovatios; Burcena, en Vizcaya, con 60.000; Barcelona, con 128.000; Cartagena, con 240.000, y Guadaira, en Sevilla, con 75.000, suman en total 553.000 kilovatios de potencia instalada en las centrales

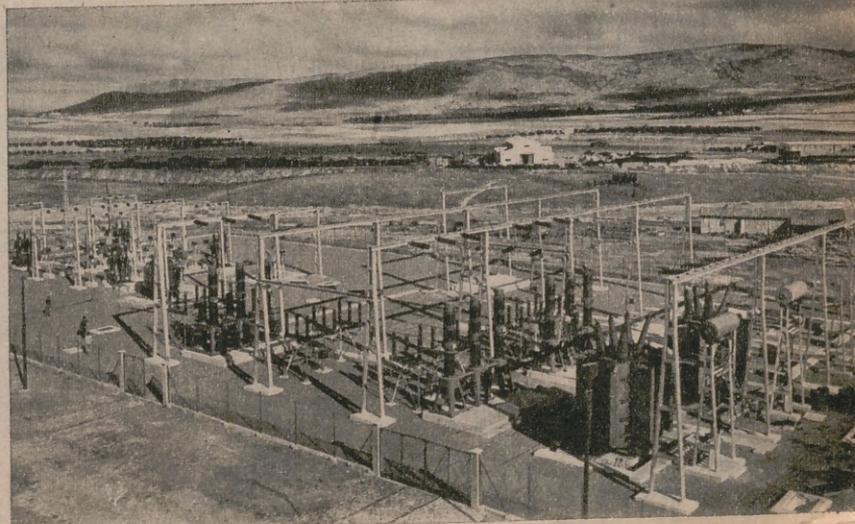
térmicas pertenecientes a empresas privadas.

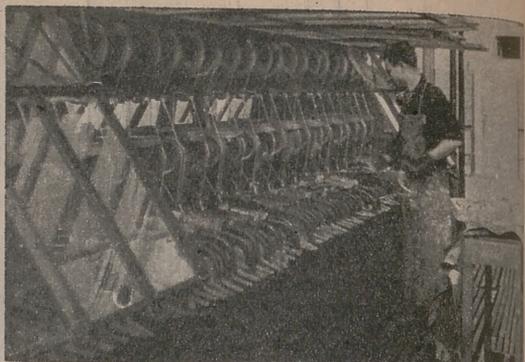
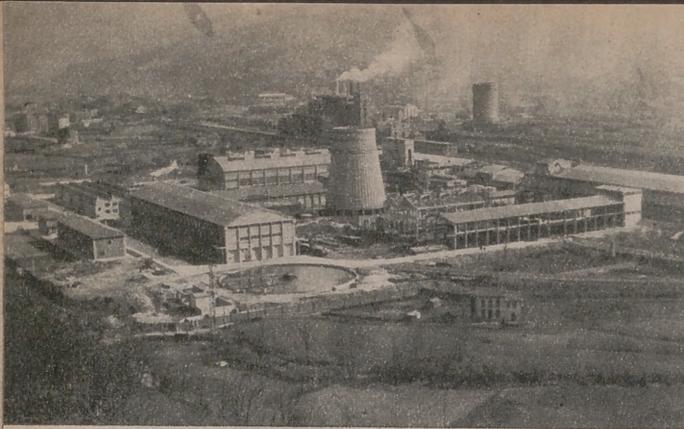
Y Avilés, con 92.000 kilovatios; Compostilla, con 116.000; Escatrón, con 120.000; Puertollano, con 20.000; Huelva, con 7.500; Cádiz, con 60.000; Málaga, con 30.000; Almería, con 30.000; Cartagena (flotante), con 8.500; Ceuta, con 7.000, y Palma de Mallorca, con 15.000, suman 506.000 kilovatios de potencia instalada en las centrales térmicas correspondientes al Instituto Nacional de Industria.

Para apreciar debidamente lo que significará esta nueva potencia térmica, un total general de 1.059.000 kilovatios en la actualidad, nada mejor que compararla con los 765.400 kilovatios que existían en diciembre de 1953. Representa un gran esfuerzo que es indispensable para alcanzar, lo más rápidamente posible, la relación adecuada entre las producciones de ambas clases de energía, a fin de evitar las restricciones en el consumo aun en años muy secos. Pero no sería económico rebasar el justo límite de la producción termoeléctrica con la intención de seguir el ejemplo de otros países que están mucho más cerca que el nuestro del límite de sus posibilidades hidráulicas y disponen, en cambio, de mayores reservas de combustibles.

En las circunstancias previstas en el plan de electricidad, que

Parque de la central térmica de Puertollano





A la izquierda: Vista general de la factoría de Barros (Asturias), de la Sociedad Ibérica del Nitrógeno.—A la derecha: Una máquina de hilar viscosa en una fábrica de Miranda de Ebro

lleva cumpliendo sus etapas casi al minuto, tardaremos todavía unos quince años en utilizar plenamente las máximas posibilidades de nuestros ríos, y sería oneroso recurrir prematuramente a otras fuentes de energía más caras, salvo en la medida necesaria para compensar las grandes irregularidades de nuestro sistema hidráulico.

NUEVAS LINEAS PARA MADRID

Dentro todavía del apartado de electricidad está la cuestión del suministro de energía eléctrica a Madrid. En la semana pasada se ha inaugurado la nueva línea de conducción del Sil, a 220.000 voltios, lo que permitirá la no existencia de los apagones que se venían sucediendo en la capital de España, debidos éstos, entre otras causas que luego detallaremos, a la baja tensión de los cables conductores.

Madrid debía de surtirse de energía eléctrica de la combinación de los sistemas del Alberche, del Tajo y del Júcar y, como complemento, del sistema del Esla. Madrid necesita para su consumo eléctrico cinco millones de kilovatios-hora al día. Los tres primeros sistemas, en un régimen normal, producen por sí solos cuatro millones y el millón restante es suplido por el Esla. Pues bien; el sistema del Tajo, junto con el del Júcar—en el que está enclavado el pantano de Alarcón ya examinado—y con el del Alberche, sólo ha podido proporcionar, por la escasez lluviosa, millón y medio de kilovatios-hora al día. Ha habido necesidad de importar energía, casi totalmente del Sil y del Esla. El último, que sólo debía actuar de suplente, ha tenido que hacer funciones principales. Las anti-

guas líneas, sometidas a una sobretensión tan intensa que en las noches se veían relucir los cables de alta, no han podido trabajar a mayor ritmo debido al voltaje de las mismas. En estos días, afortunadamente, esta dificultad ya no existe. Junto con este nuevo avance técnico y junto con el auxilio de Escatrón, fundamental y decisivo, las restricciones eléctricas en la capital de España serán pronto no recordadas por su intensidad, sino por su desaparición.

MOTORES, FERROCARRILES, BARCOS, PRODUCTOS QUÍMICOS

Estas han sido las tres facetas principales de la industrialización española en 1954. Sin embargo, ha habido otras fuentes de producción en las que se ha notado extraordinario aumento. Ahí está, por ejemplo, la producción automovilística. Hoy el uso del automóvil, del motor pequeño incluso, es elemento de trabajo para muchas personas. El médico, el notario, el representante, son usuarios de automóvil; el obrero que ha de trasladarse a su fábrica, el estudiante mismo, son beneficiarios de la motocicleta. España ya fabrica, auténticamente, automóviles y motocicletas para todos, de todos los precios y de todas las características. Y los resultados de su uso son exactamente iguales que los de marcas extranjeras. Esta verdad pueden afirmarla los propietarios.

En un 16,5 por 100 ha aumentado la producción de motocicletas en relación con el año anterior, 37.490 unidades fueron puestas, en este capítulo, en el mercado, y el 85 por 100 de la producción de automóviles, que ya ha entrado en su fase plena de pro-

ducción en serie, es de características totalmente nacionales.

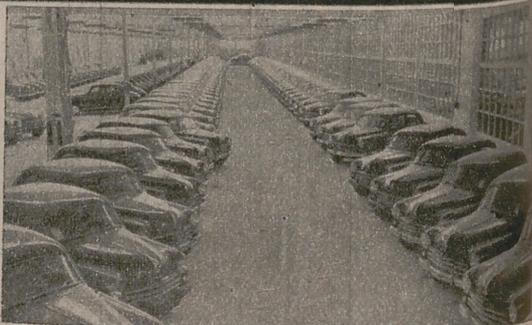
En el material ferroviario el aumento en las locomotoras de vapor es del 120 por 100; en la Diesel la fabricación es enteramente nueva; en los coches el aumento supone un 200 por 100, y en los vagones, del 28 por 100.

Cosa análoga ocurre en la industria de construcciones navales. En los buques lanzados mayores de 1.000 toneladas de arqueo el aumento ha sido del 5,5 por 100 y las toneladas totalizadas la cifra de 42.000. Los cuatro nuevos últimos buques son: el «Almirante Viera», petrolero; el «Okume», maderero; el «Playa de Formentor» y el «Aruel», mixtos de carga y pasajeros. Todos ellos, con los anteriores, hacen mayor la cifra de 52.878 toneladas de arqueo correspondientes al referido año 1954, con un aumento del 8 por 100 sobre el año anterior.

Luego está todo el gran capítulo de la restante industria. La industria química pesada, con los abonos nitrogenados, con los productos petrolíferos, con el carbonato sódico, etc., etc.; las producciones minera y metalúrgica con un gran porcentaje de aumento en todos sus ramos; la industria textil con el avance en el ramo de lana y en el de algodón...

España es industrializa. Y su industrialización es verdadera, eficiente, real. Ahí están las cifras, absolutamente objetivas, que lo demuestran. Que demuestran también cómo los planes que se dirigen desde los puestos de mando surten efecto. Porque todos, técnicos, empresarios y productores, realizan, conjuntamente, el esfuerzo.

A la izquierda: Nave de tornos en los talleres de Boetticher y Navarro, S. A., de Villaverde.—A la derecha: Nave de expedición de coches de las factorías S. E. A. T., de Barcelona





Este **PHILIPS**
es para Ud.

La sorprendente sensibilidad merced al PASO EN ALTA FRECUENCIA y selectividad por su ENSANCHE INFINITO le harán oír desde Australia al Canadá y de Noruega a la Argentina, recorriendo las innumerables emisiones diarias de todo el Mundo.

¡TOME NOTA

RECEPTOR **BE 631 A** !

5.241,45 PTAS. !

(Incluido impuestos) •



PHILIPS fiel a su antiguo lema: «EL MUNDO BAJO SU TECHO»

LOS TIROLESES, S. A.

UN PREMIO INTERNACIONAL PARA LA ARQUITECTURA ESPAÑOLA

... y un galardón de gloria para el joven arquitecto Miguel Fisac Serna

Alemania, Suiza, Francia, Estados Unidos, Perú y Austria, con España, han estado presentes en el certamen de la Sociedad Austriaca Pro Arte Cristiano, de Viena

"EL ARTE RELIGIOSO ESTA VEDADO PARA NO ES CREYENTE"

Exterior del ábside de la iglesia de los Dominicos, de Valladolid. Las vidrieras laterales dan luz al altar mayor

"MEDALLA de oro para la Arquitectura: España. Arquitecto: Miguel Fisac. Iglesia en Valladolid."

Este es el comunicado fechado en Viena, firmado por su eminencia el cardenal arzobispo monseñor Theodor Innitzer y recibido en un despacho de la calle de Villanueva, de Madrid.

Un premio internacional para la arquitectura española y un galardón de gloria para un joven arquitecto español. Alemania, Suiza, Francia, Estados Unidos, Perú y Austria, con España, han estado presentes en este magno certamen artístico, organizado por la Sociedad Austriaca Pro Arte Cristiano y especialmente patrocinado por el arzobispo de Viena.

En el palacio de la Secesión de la capital austriaca, palacio de Exposiciones, han figurado las mejores obras artísticas representativas de la actual arquitectura sagrada de Europa y de América. En el pabellón alemán lucían su arte arquitectos de la altura del profesor Dominicus Bohn o del ilustre Karl Band; Suiza venía representada por artistas tan consagrados como Germán Baur o Josef Schütz. El pabellón de España exponía dos iglesias. Una de ellas, el Colegio Apostólico de Valladolid, de los padres dominicos. Fotografías y una maqueta reproducían exactamente algunas de las secciones de la iglesia y Colegio, hoy ya habitado por más de quinientos alumnos. Al pie de la maqueta iba el nombre de su autor: Miguel Fisac Serna.



Otra vista de la misma iglesia, obra del arquitecto Miguel Fisac, encuadrada entre los grupos de edificaciones del barrio

En su discurso de apertura, el arquitecto profesor Roberto Kramreiter tiene palabras de elogios y deferencia para la representación de España.

UNA FARMACIA EN DAIMIEL

En el número 5 de la calle de Villanueva, don Miguel Fisac nos recibe entre planos, maquetas y croquis de próximas edificaciones. Hay casas, iglesias, suntuosos colegios, Institutos Laborales y barrios enteros dentro de esta habitación, estudio donde don Miguel, con su equipo de trabajo, pasa largas horas al día.

Joven, dinámico, de media estatura quizá represente, por unas entradas en su cabellera y frente despejada, una edad que no tiene.

—Yo estudié Arquitectura por

una corazonada. Nadie en mi familia había sido arquitecto. Mi padre se empeñaba en que fuera farmacéutico, como él. Mi abuelo materno había sido maquinista. Murió muy joven, arrasado por una máquina del tren. El padre de mi madre tenía una carpintería en el pueblo.

En Daimiel, emporio del vino manchego, por el año 1913, la calle principal se llamaba la calle del Comercio. En este año y en el número 14 de esta calle nació Miguel Fisac. Don Joaquín, su padre, ya hacía mucho tiempo que tenía una farmacia en este pueblo.

—Recuerdo que la trastienda de la farmacia se convertía a

Uno de los patios del Colegio Padres Dominicos de Valladolid que ha merecido un premio internacional de arquitectura



En el interior de la iglesia contrasta el color rojizo de los ladrillos de los muros laterales con el blanco de la piedra del presbiterio

menudo en un laboratorio de experiencias, al que los niños tenían prohibida la entrada. Todavía me parece ver a mi padre, con su bata blanca, cuando andaba detrás de aquel invento del «pulverizador» para el calcio, antes de que aparecieran las inyecciones. Más tarde, allá por 1910 le premiaron unos trabajos presentados a un Congreso de Fisiología, en París.

Los años de la infancia, el futuro arquitecto los pasa en Daimiel. Hasta los trece años asiste a un colegio de Segunda Enseñanza, del que hoy sólo recuerda

que la lección más repetida consistía en demostrar que «la figura del siglo era Lenin».

Por estos años la gran afición de Miguel no eran precisamente los libros, ni el colegio, ni la trastienda de la farmacia. Una singular afición que tenía poco que ver con la arquitectura:

—«La Arboleda es una finca que tenemos a unos seis kilómetros de Daimiel, junto al Guadiana. Allí me pasaba yo días enteros practicando algo que había aprendido de mi padre: la caza de la culebra. Tenía una habilidad especial para cogerlas con la

mano y amansarlas. Luego paseaba por las calles del pueblo, mientras los reptiles sacaban graciosamente sus cabezas por los bolsillos de mi chaqueta. Esta afición no la he perdido todavía. Algunas vecinas decían que yo tenía «gracia».

En 1926, Miguel Fisac abandona su pueblo y marcha a Badajoz. No había en Daimiel los estudios superiores del Bachillerato, y para continuarlos va al Instituto extremeño, donde entonces era catedrático un buen amigo de su padre, don Manuel Vicente Loro, de quien su nuevo alumno conservaría un recuerdo imborrable. Son los tiempos de las huelgas estudiantiles. En los últimos meses de sus estudios en Badajoz, Fisac se convierte en el cabecilla de una revolución de estudiantes que le lleva a dar dos mítines diarios en las aulas del Instituto. Sus compañeros le aplauden y le siguen entusiasmados. Había que conseguir abolir aquella cláusula del «plan Callejo» que imponía los exámenes de reválida en la Universidad.

A Madrid, hay que ir a Madrid y hablar con el ministro. Allí nos esperan estudiantes de toda España. Uno de nosotros irá comisionado por todos. Cada uno pondrá un duro para sufragar los gastos.

Quien habla es Juan Parejo, secretario de la Comisión. El hijo del farmacéutico de Daimiel llega a Madrid y en unión de sesenta estudiantes más visita al ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, don Elías Torno

—Al ministro no debió sentarle muy bien aquella visita, ni mucho menos oírnos hablar a los sesenta al mismo tiempo. Salimos tan contentos, aunque nada se resolvió. Todo siguió lo mismo. Yo vi Madrid por primera vez, y también, por vez primera, una película de cine hablado, en el Callao: «El desfile del amor».

El mismo año, ya de vuelta a Badajoz, un viaje con sus compañeros para dejar una corona de flores en el monumento a Camões, en la plaza de Lisboa.

En 1930, Miguel Fisac, terminado ya sus primeros estudios, viene a Madrid para hacerse arquitecto. Tiene diecisiete años. Su padre le ha dejado instalado en una pensión de la calle de Silva. Le espera un trabajo duro. Dibuja hasta seis horas diarias durante dos años. En el piso décimo del Palacio de la Prensa, don Enrique López Izquierdo tiene su academia de preparación para la Escuela Especial de Arquitectura. A ella acude Fisac. Al poco tiempo, en la farmacia de Daimiel, se recibe una carta que lleva el sello de la academia. Viene a terminar con estas palabras: «Su hijo no sirve para arquitecto. Se le da muy mal el dibujo.»

—No menta don Enrique. Cuando yo llegué a Madrid, lo único que sabía era coger culebras. Tenía mucha afición al dibujo, pero me faltaba facilidad. Esta la he conseguido a fuerza de constancia y trabajo.

UN TELEGRAMA EN CLAVE

A los dos años de su ingreso en la Escuela se interrumpen los estudios. Miguel vive con su hermano en un piso de la «Casa de las Flores», en el número 15 de



El arquitecto don Miguel Fisac

Gaztambide. Son los primeros días de julio de 1936. José Fisac, hermano de Miguel, es un joven teniente de la Guardia Civil y enlace de Falange, que acaba de sublevarse en el cuartel de Bellas Artes. Nadie le sigue y se ve obligado a huir, hasta caer en manos de unos milicianos, que le internan, por indocumentado, en un campo de concentración. En el libro titulado *Historia de la Cruzada* hay una página dedicada al heroísmo y gesto de José Fisac.

Miguel, por estos días, se encuentra de vacaciones en Daimiel, junto a sus padres. Espera de su hermano las últimas noticias sobre el levantamiento. La noticia llega en un telegrama: «Mañana empiezan los exámenes.» Ha llegado el mismo 18 de Julio. Ya es tarde. No hay tiempo de salvar una pequeña distancia para caer en zona nacional. A los pocos días movilizan su quinta. Miguel no se presenta. Su padre está ya en la cárcel. Un buen amigo le avisa:

—Mañana, quizá vengan por ti.

La casa número 15 de la calle del Comercio, entre el tejado y el techo tiene un viejo artesonado templario. Todo consiste en quitar los mohosos tornillos para abrirlo. Apenas tiene un metro de altura. Agazapado, con las piernas encogidas, Miguel pasa allí encerrado dos años menos diez días.

Un día se presentan en casa dos amigos de Fisac. Son compañeros de estudio en la Escuela de Arquitectura. Traen la idea de subir hasta Andorra para pasarse por el Pirineo, y quisieran que Miguel les acompañara.

—Salimos de Daimiel una noche, ya oscurecido. Pero pronto nos encontramos con una gran dificultad: se me doblaban las piernas y no podía seguir su carrera. Los dos años de estrecho encerramiento habían entumecido mis músculos hasta el punto de no poder dar un paso.

Después de un penoso peregrinaje por tierras de Valencia y Barcelona, el 12 de diciembre llegan los tres jóvenes a San Juan de Luz, territorio nacional. Desde

ahora pertenecen a la división sesenta y dos, mandada por el general Sagardía. Tres nuevos soldados en la primera línea de muchos frentes: de Concul y Caudet, de Cella, de toda la dura y sangrienta ofensiva de Teruel. Miguel Fisac termina la campaña de alférez de Ingenieros.

Han pasado los días amargos en que la muerte acechaba en los rincones de un artesonado templario o en la primera línea de combate.

En 1942, Miguel Fisac es ya arquitecto. Ha terminado su brillante carrera con el premio de la Academia de San Fernando. Es su primer premio. Los otros, los que sirven para galardonar una obra y reconocer un nombre hasta consagrarlo, vendrán después. Los traerá el tiempo. Este primer premio se lo concede la Academia a un boceto de teatro y una moderna estación de ferrocarril. El último año de la carrera el nuevo arquitecto sigue de cerca las orientaciones del ilustre dibujante y arquitecto don Pedro Muguruza entonces director general de Arquitectura.

La hoja de servicios de Miguel Fisac comienza también en Madrid. La reforma de un «chalet» en el barrio Metropolitano. Un anteproyecto de la iglesia del Espíritu Santo es aprobado por el Ministerio de Educación Nacional. Hace exactamente un año que Fisac ha salido de las aulas de la Escuela, y la nueva iglesia se levanta majestuosa, sencilla, llena de ese espíritu de recogimiento y de piedad que el joven arquitecto imprimirá más tarde a todas sus obras de arte sagrado.

Por la misma época, y en colaboración con Valleespín, comienza la construcción del edificio central del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

—Yo nunca he sentido ese miedo que dicen ser propio de todo principiante. El secreto está en saberse imponer uno a sí mismo, con todo el profundo sentido de la responsabilidad.

Miguel Fisac Serna no descansará ya de su continuo trabajo. Aunque sólo hace unos años que ha comenzado, sin embargo ha quedado ya muy lejos aquella reforma en el Metropolitano. A la jardinería y urbanización de toda la zona del Consejo, en la calle de Serrano, sigue el levantamiento del Instituto de Óptica y al Instituto Cajal, esquina al paseo de Ronda.

Por muchos rincones de la geografía española irá pronto apareciendo la mano y el estilo del artista. En el barrio de la Estilla, de Santiago de Compostela, o en la calle de Atenas, de Barcelona, esquina a Balmes, surgirán viviendas y residencias para estudiantes. En el paseo de la Victoria, de Córdoba, y en la misma calle de Alhaguen, construye una barriada de viviendas de tipo medio en el año 1947.

Al tiempo que construye, escribe. Son dos modos de hacer lo mismo. Las revistas profesionales, nacionales y extranjeras, conocen su firma al pie de los artículos que hablan de nuevas concepciones de urbanismo, de problemas de construcción, de actualidad profesional. Son los años en que Fisac se convierte en viajero in-

cansable. Hay necesidad de ver, de examinar la realidad que no es nuestra. Toda Europa: Francia y Suiza, Bélgica, Holanda, Alemania, Suecia. Veinte viajes a Italia le dan una visión total del arte clásico y moderno en Roma, en Florencia, en Nápoles. Un ciclo de conferencias en la Universidad de Santo Tomás, de Manila, le permite conocer el resto de las islas y saltar después al Japón, a China y a la India.

—No puede uno encerrarse para ver láminas de un libro, aunque éstas nos traigan la última moda o la solución a los nuevos problemas. Es necesario salir y ver. Yo he podido comprobar, por ejemplo, cómo la casa japonesa es un típico modelo de vivienda, por muchos conceptos.

En 1950, el Colegio de Arquitectos de Madrid le concede el primer premio en el concurso de proyectos para viviendas de renta reducida.

Su vocación por la arquitectura religiosa le lleva a girar una visita detenida a Tierra Santa. Conoce de cerca y admira la edificación de los templos que se enclavan en los Santos Lugares.

La construcción de edificios para la enseñanza ha absorbido también la atención de Miguel Fisac. Obra suya son los Institutos Laborales de Almendralejo, de Hellín, aun sin terminar, y el de Daimiel, su pueblo natal.

—Ahora estoy haciendo, en colaboración con Carbonel, una Escuela de Trabajo en Lorca. En Málaga comenzaré pronto un Instituto de Segunda Enseñanza y una Escuela de Comercio. Pero el que me hace más ilusión de todos mis proyectos es este, que de un día a otro se convertirá en realidad, de construir dos barrios experimentales de suburbios en Madrid. Uno se edificará en Villaverde y el otro en Puerta Bonita.

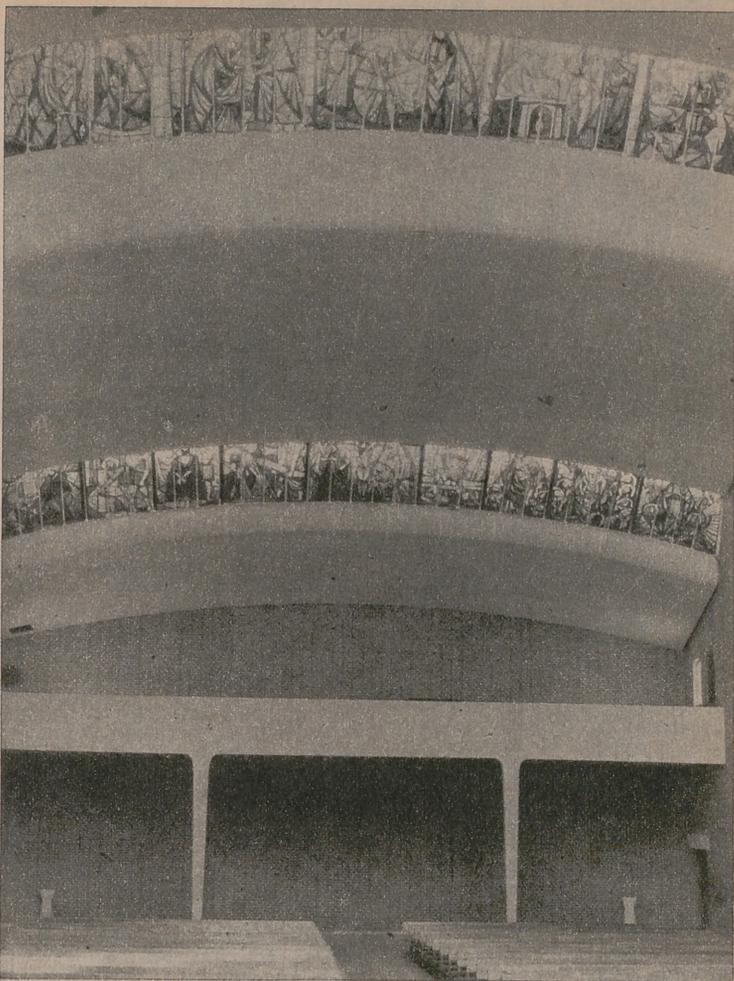
EL PROBLEMA DE LA VIVIENDA

Al fondo de la habitación, frente por frente y a espaldas de don Miguel, queda cosido a la pared el viejo plano descriptivo de Madrid, original de Teixeira, que data del siglo XVII. Del año 1656, exactamente. Es rara la sensación que produce este plano. Madrid termina en Atocha y en la puerta del Buen Retiro. Es este mapa descriptivo como un traje que nos queda demasiado corto, demasiado estrecho.

Junto al arquitecto hay una papelera con algunas cuartillas rotas. Y esto de la papelera no lo digo por pura descripción. Sin ella, quizá no se hubiese podido celebrar la entrevista. En el transcurso de la charla, don Miguel ha roto casi una resma de cuartillas viejas en trozos pequeños, que ha ido echando en esta cesta de los papeles y que después ha vuelto a coger para seguir rompiendo. Hay quien no pueda hablar sin estar triturando algo en sus manos, y don Miguel Fisac es uno de ellos.

—¿Cómo ve usted en España el problema de la vivienda?

—En España, como hoy en todas partes, es éste un problema complejo, difícil, pero con solu-



El coro, de hormigón armado, de la nueva iglesia de los Dominicos en Valladolid

ción. Una solución también difícil que exige la coordinación de muchos especialistas, ya que lleva aparejado una planificación y una urbanización. En él van incluidos problemas administrativos, legislativos, económicos y técnicos. De ninguno de ellos, en particular, depende la solución. No existe aquí, una causa, resuelta la cual se encuentra la solución. No.

—¿Cuáles son, en principio, los factores principales a tener en cuenta?

—Sin duda, los diferentes tipos de construcción: viviendas de renta reducida, de tipo medio y de lujo. Cada uno de estos tipos exige tratamientos distintos en cada caso. Mientras los últimos apenas si tienen dificultades, si



Miguel Fisac en un momento de la entrevista



Entrada al edificio del Instituto de Optica del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en Madrid, obra de Fisac



Acceso principal al edificio central del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en Madrid. También fue proyectado por Fisac

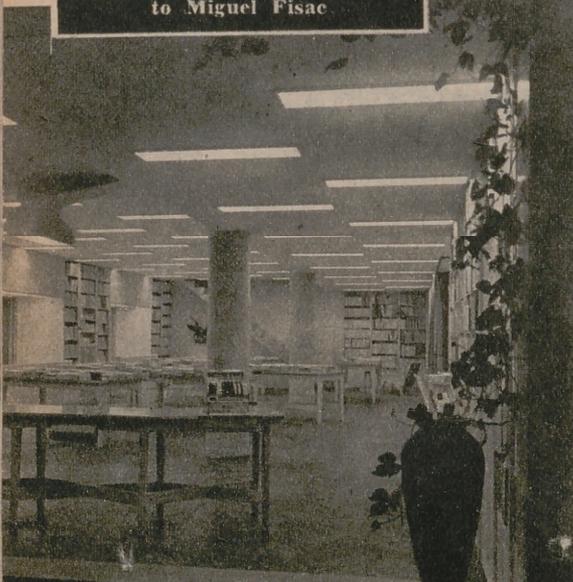
las tienen los otros. Y, sobre todo, la vivienda de renta mínima. Aquí es donde hay que fijar más la atención. No es justa, naturalmente, la solución de construcciones puramente provisionales o a modo de raquíticas chabolas. La vivienda, aunque humilde, ha de ser, por necesidad, digna y humana. Yo recuerdo, a este fin, la profunda impresión que me produjo una visita a cierta Exposición de construcciones en Alemania. A la entrada de una sala había un cartel con letras rojas: «Nuestros hijos nos maldecirán.»

—¿Por cuál de estos tipos de edificación siente usted mayor predilección como arquitecto?

—Naturalmente, por los de renta reducida. A ellos he hecho yo una pequeña aportación en el terreno técnico con las viviendas en cadena. Es muy complejo su funcionamiento, pero pronto lo pondré en práctica.

Don Miguel, mientras habla, se ha puesto de pie y ha buscado en la estantería de la biblioteca un libro con muchas ilustraciones, donde él expone gráficamente este modelo de construcción que él ha ideado y que seguirá en la construcción de los nuevos barrios madrileños.

La librería del C. S. I. C. en Madrid es también una bella realización del arquitecto Miguel Fisac



—¿Qué característica tendrá su obra?

—La más apreciable a simple vista será, sin duda, la pérdida de toda monotonía. No habrá dos casas iguales. Hay que tender a que cada casa, cada vivienda tenga su personalidad propia. Creo que hoy el problema fundamental radica en estas casas de tipo mínimo.

UNA TENDENCIA NUEVA

—¿Qué clase de edificación cree usted hoy más conveniente, la moderna en vertical o la clásica construcción horizontal?

—No se puede dar una norma definitiva, entendiéndose que la muy vertical nunca conviene. Presumir de rascacielos es como presumir de un hermoso fornculo en el cuello. En Suecia se han hecho muchas exposiciones sobre casas-torres, y ellos mismos se han dado cuenta que no es ésta la solución. Y esto es en Suecia, que toda está industrializada. La casa de un piso, que es la que a mí me gusta, es un lujo a que hoy no se puede aspirar. En estos barrios las haré de tres plantas. De ellas, soy yo partidario.

Mientras habla, el arquitecto sigue repasando en infinitos pedazos los papeles, que arroja al fondo de la cesta. Presta una profunda atención a las preguntas. A veces es difícil seguir el curso de sus palabras, que salen rápidas, veloces en una pronunciación perfecta y sonora.

—¿Por qué hoy se concede tan poca importancia a la escultura dentro de la arquitectura?

—Esto procede, sencillamente, de una separación que se inicia en el Renacimiento y que llega a su más alto grado en el siglo XIX, con una radical división o alejamiento de las tres artes plásticas. Hoy, sin embargo, se puede decir que se tiende a una nueva unión. En Valladolid, yo he trabajado con catorce artistas pintores y escultores. Sigo creyendo que los museos de arte moderno son una especie de asilo de ancianos recién nacidos.

—¿Piensa usted que la era de los plásticos hará cambiar la estructura interna y externa de la vivienda?

—Modificará la parte formal, no la sustancial. Hay un problema muy complicado que atañe a la propia esencia de la arquitectura más que los mismos materiales:

más que el plástico o el hormigón. Es lo que podríamos definir: antagonismo, volumen, espacio. Dos ejemplos de esta lucha los tiene usted en el Palacio Farnesio de Roma y en la Alhambra de Granada. Es la radical concepción distinta del volumen, de la piedra en soberbia primera persona del singular y del recinto espacial que enmarca lo humano con toda la naturaleza que le rodea. Yo he dicho alguna vez que lo que más me gusta de la Alhambra es la luna, porque la luna está dentro, enmarcada en la Alhambra. En el Palacio Farnesio, no importan ni los árboles, ni la Naturaleza, ni el hombre. La arquitectura es un sucedáneo de la Naturaleza, cuando ésta nos es hostil. Y, en este verdadero sentido, los plásticos han de ser sumamente útiles a este arte.

EL ARTE RELIGIOSO ESTA VEDADO PARA EL ARTISTA QUE NO ES CREYENTE

Sobre la mesa de trabajo hay fotografías que reproducen la obra premiada. Los amplios salones del Colegio, patios abiertos, vistas de conjunto. Encima de un libro, una carta de su eminencia el cardenal arzobispo de Viena.

El Colegio Apostólico se encuentra enclavado en una zona que llaman Arcos Reales, a kilómetro y medio del casco urbano, por la carretera del Pinar de Antequera. Tiene unos treinta y cinco metros de largo y veintinueve de altura. El tiempo empleado en construirse no ha llegado a dos años.

—Ha habido épocas en que se han puesto treinta mil ladrillos diarios. Son una serie de edificios de una, dos y tres plantas. En ellos he empleado materiales de la localidad: el ladrillo y la piedra, de Campaspero, junto con el hormigón armado, pero tratados estos materiales en su expresión plástica más adecuada. Viene a ocupar unas cuatro hectáreas de terreno.

—¿Qué características tiene la moderna arquitectura religiosa española?

—Es aún temprano para hablar de ella. La arquitectura religiosa moderna está hoy en formación y no se puede definir lo que todavía no es. Ya la definirán los que vengan detrás.

—Una última pregunta. ¿Puede construirse arte sagrado sin sentir la inspiración religiosa?

—No. De ninguna manera. Podrá salir un edificio útil, pero nunca se habrá conseguido ese recinto místico, indispensable. Además de los conocimientos puramente técnicos, son necesarios otros psicológicos que no puede tener quien no es creyente. Una de las características fundamentales es estar inspirado por un fuerte deseo de cumplir las prescripciones litúrgicas y de crear un ambiente propicio a la oración y al recogimiento. Esto, por desgracia, ha caído en el olvido para alguna arquitectura sagrada de otros tiempos.

Don Miguel Fisac, Medalla de Oro de la arquitectura española, acaba de perder cerca de tres horas en esta charla. Que las marquetas, ni los croquis, ni los planos a medio diseñar me lo tengan en cuenta.

Ernesto SALCEDO

25
PTAS.

CADA LIBRO UN EXITO

BIBLIOTECA INTERNACIONAL



La Colección que pone al alcance de todos los lectores españoles las obras maestras de la literatura contemporánea.

OFRECE ESTE MES CUATRO NOVELAS DE CATEGORIA UNIVERSAL INEDITAS EN ESPAÑA

UN GRAN PREMIO DE NOVELA DE LA ACADEMIA FRANCESA



Jean Hougron

«MUERTE EN FALSO»

El dramático destino de un hombre envuelto por la corrupción y el crimen, el amor y el heroísmo en la Indochina devastada y exhausta.

UN «GONCOURT»



Roger Verceel

«NIEBLA SOBRE EL MAR»

Un maravilloso relato del mar, con sus peligros y aventuras, así como las pasiones de los hombres que dedican a él su vida y sus afanes.

UN «PULITZER»



Helen G. Carlisle

«QUERIAMOS SER FELICES»

Seis muchachas terminan sus estudios: sus ilusiones, sus esperanzas, sus amores, y frente a ellas la Vida, con sus decepciones y sus amarguras, su belleza y su fealdad.

UNA REVELACION



David Goodis

«AL CAER LA NOCHE»

Tenso, vibrante, excepcional, este libro es una obra maestra de la novela de misterio y crea un estilo nuevo dentro de este género.

Y LES RECUERDA SUS RECIENTES EXITOS:

C. V. GHEORGHIU
«LA HORA VEINTICINCO»

ODETTE FERRY
«VACACIONES EN ROMA»

PETER CHEYNEY
«CURVAS PELIGROSAS»

PAUL I. WELLMAN
«APACHE»

CECIL ROBERTS
«OCHO HACIA LA ETERNIDAD»

BETTY SMITH
«MAÑANA TODO IRA MEJOR»

LUCY CORES
«FINAL DE BALLET»

H. DEVERE STACPOOLE
«LA ISLA DE LOS SUEÑOS»

Y ADEMAS LE BRINDA LA OPORTUNIDAD DE LOGRAR UN LIBRO COMPLETA MENTE GRATIS

RELLENE ESTE BOLETIN

Sírvanse inscribirme como lector de la BIBLIOTECA INTERNACIONAL y remitirme el Boletín mensual de obras seleccionadas. Esta inscripción se halla libre de toda clase de obligaciones por mi parte. Ustedes se comprometen a remitirme COMPLETAMENTE GRATIS un ejemplar de la citada colección, elegido por mí, después de haber adquirido, solicitándolos directamente a LUIS DE CARALT, EDITOR (Ganduxer, 88, BARCELONA), diez ejemplares sin distinción de series.

Para iniciar los beneficios de dicha inscripción, deseo me remitan contra reembolso, libre de todo gasto, y al precio de 25 pesetas, las siguientes obras:

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
Nombre y apellidos del adherido
Domicilio y localidad
.....

ES UNA SELECCION DE LUIS DE CARALT, EDITOR

TODO se había dispuesto. Las maletas, como barcos grandes, como sosegadas olas, estaban ya en los pasillos. Los pasos se andaban y desandaban por la casa como si estuvieran ya a bordo. La mujer, como tallada en la roca, como si las manos movieran el destino, apartaba la vela de seda de su blusa. ¿Qué hacer?

Había amanecido un día fresco. La niebla, buena para los hombres borrachos de marihuana, para las mujeres de tacón alto, se comenzaba a levantar por sus puntas de oro. El sol, el viejo sol de cada día, sembraba su sal y su sonrisa. Las dos niñas se arreglaron para ir al parque, junto al agua y las voces del casi prieto, casi moreno y casi indio profesor de natación.

Desde la ventana, la ancha ventana que daba al Mediodía, los ojos de la dueña de la casa recogían los recuerdos de los años, se asomaban a ellos, al pozo frío del tiempo, a la gota caliente de los días pasados, y la frente la pesaba hasta el cristal transparente, aun humedecido de neblina. De niebla como aire, como respiración de pájaro. A esa hora ya el sol era dueño.

—¿Os vais ya al parque?

—Sí, madre.

Las dos venían de blanco. Una se llamaba Minuca y la otra Sofía. Las dos tenían los ojos grandes y verdosos. No los ojos verdes o claros de las rubias, sino los ojos aclarados, esos ojos sin prisa que suelen tener las morenas.

REGRESO A LA TIERRA

NOVELA

Por Enrique RUIZ GARCIA

Andaban con un paso rápido, alegre, tibio. Quizá demasiado tibio, pensaba la madre. El paso que da la tierra. El paso que se sube por las piernas y golpea la cabeza para decir: tierra de sol.

Todo eso preocupaba a la madre. La preocupaba eso: el peligro de ser comidos por el sol.

Fuera (qué bien se ve todo detrás de las ventanas) pasaba el mundo suave y cantarín de la raza. En la primera esquina, parados, quietos, dormidos, los primeros puestos de «carnitas», los puestos de «taquitos». Esa comida para hacerla al aire libre, mitad comida de indio, mitad comida para el aire caliente.

Por la Reforma, la avenida principal, el cruce de «claxon» de todas las miradas, las gentes llamaban con su rostro en todos los escaparates. No se sabía qué era lo que en aquel momento dejaba de existir en la mujer que miraba por la ventana. Había tardado años en poder construir la casa. Años desde que arribaron a aquellas tierras. Años desde que se comenzó desde abajo, desde lo más hondo, desde lo más amargo, para poder escribir aquellas palabras que un día, soberbia, mandó hasta España:

«Hemos construido nuestra casa sobre la roca.»
¿Quería repetirse a sí misma esa obligatoriedad de edificar sobre la roca que manda el Evangelio? Ella no lo sabía. Sólo sabía que Pedro, su marido, trabajó hasta cansarse, hasta pedir una tregua, hasta pedir un vaso de agua, para poder hacer la casa. ¿A qué se va a otro país? ¿Por qué se puede morir en él?

—¿Qué piensas, María?

—Pensaba en todo lo que dejamos.

—¿Y tienes miedo?

—Yo te he seguido siempre. He estado contigo cuando tú decías: vamos a irnos. Y he estado contigo cuando tú decías: vamos a quedarnos. ¿He de tener miedo ahora?

—¿Qué entonces?

—Es que cuesta hacer las maletas.

Estaban en la sala. Los muebles rojos, de seda roja, bueno, granate, estaban todavía nuevos. En el centro mismo, colgada del techo, estaba una lámpara. Los dos, Pedro y María, la miraron durante un momento; luego, los dos, María y Pedro, se echaron a reír.

—¿Recuerdas?

—Se la compramos a Isabel cuando se fué a



España. Cuando deshizo su casa, como nosotros. Cuando se fué a la otra orilla.

—Eso mismo pensaba yo, María.

—No nos podemos quedar, verdad, Pedro?

—No, María. Los muchachos y las chicas están crecidos. Y todo aquí es demasiado fácil. Trabajar y vencer o trabajar y morir; pero, sin embargo, es fácil. Es curioso ver cómo nuestros hijos son los primeros en domesticarse en este ambiente de buen sol. Da miedo. ¿Verdad?

—Y empezar de nuevo allí?

—Sí; eso también da miedo.

Pedro Sánchez, hijo de Burgos, tenía una cabeza notable. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años. Rubio en el poco pelo. Blanco en la carnadura, que no era sonrosada y pecosa. Azul en los ojos, desde luego; pero un azul borroso, no sucio, mas sí como queda el azul del colegio cuando uno ha borrado y borrado con la goma. Pedro era un hombre de mediana estatura, un hombre delgado que, repentinamente, daba la sensación de tener cuerdas rotas, de estar cansado, de haber luchado tanto, que podría haber dicho en qué camino estaba lo peor y en qué camino se había de morir.

María era una mujer que, en el primer pronto, en el primer relieve de la cara, molestaba. Tenía unos ojos grandes, negros, como los de las hijas. Cuando unos ojos retadores, unos ojos para mirar de frente. Unos ojos sin ojeras de malos sueños. Era tan alta, o tan baja, como Pedro. A su lado, frente a su especial dulzura de hombre más sabio, su dureza parecía más fuerte. Era angulosa María, con seis hijos a las espaldas y los baúles y las maletas que había tenido que hacer y deshacer durante años. María, mujer fuerte.

Los dos, Pedro y María, eran como el aire ligero. Habían tenido hijos. Habían sido una cosa en España y otra en Méjico. Habían desatado la aventura de andar, de ganar dinero, y ahora, cuando todo parecía estar vencido, sonaba la hora del regreso. Nadie crea que se trataba, simplemente, de volver a la gaita y la lira. Se trataba de volver a algo más serio, a algo más grave. Los españoles vuelven por dos contradicciones dramáticas: para ver si es verdad que la tierra es más dura y para ver si no han perdido el acento. Para ver si las palmeras no han encantado su filo, su voz, sus dorados anillos de casados.

II

CUANDO FUERON A AMERICA

Cada hora de aquel día estuvo bien grabada. Cada mirada hacia atrás podía recoger el pulso de aquel tiempo. Las tías, tía Rosa y tía Etel, miraban con las oscuras sombras de los ojos el barco grande en el que se iba la hermana mayor. Llovía, y en los muelles, apagado el humo de los cigarros, dormida la ceniza en los labios, nadie encontraba la palabra exacta que decirse. Se podía repasar, en ese itinerario dramático y estremecedor de la propia conciencia, cada uno de los terribles «por qué».

—¿Por qué te marchas, María?

Si alguien hubiera dicho esa palabra, si alguien se hubiera atrevido a decirlo, la respuesta hubiera quedado enhebrada a la existencia, a la misma sangre, al mismo latido. Quizá María no hubiera sabido contestar de una vez. ¿Cómo contestar a tantas voces, a tantas preguntas del «por qué»?

Desde el barco, asomada a la barandilla, los brazos un poco entumecidos, podía ver María el grupo familiar. Había venido a despedirlos también tía Rosario. Estaban por ahí los tíos, María gustaba de llamar «tíos» y «tías» a sus hermanas y cuñados por la prepotencia de sus hijos. Lo hacía así, un poco por entenderse con ellos. Para que su idioma fuera idéntico.

Había venido, de igual forma, tía Elena desde Burgos. Era su hermana preferida, su hermana medio rubia y alegre, que ahora, en sus malos tiempos, se hizo la desentendida. Cada uno tiraba para sí. Como si ella pudiera robar el tesoro de cada familia. Como si su paso de pedigrifeña rompiera el encanto sosegado y burgués de las risas familiares.

Llovía hondamente. Esa lluvia de los puertos del Norte, la lluvia pegada a la carne, que se hundía en los ojos. La lluvia con salitre y voces de

marinos. La lluvia-lluvia que no deja ver el monte, que cierra los caminos, que hace colgar cada noche, húmedas y heladas, las ropas en las perchas. Ese día de lluvia, 22 de junio de 1940, era el día de la marcha.

Y todos estaban en el muelle. Tía Etel, que había tenido en su casa a Minuca «para quitar un peso de encima a María», y que la peinó y repeinó, con la amarga y dura y estrecha peina de concha, hasta que pudo escandalizar a los demás sobre una viva cosa que vio en su pelo:

—¡Sucia!

Esa concha dulce de los pañuelos, esa bandera que se desprende de las manos oscuras, no parecía que asomaría tampoco ese día. Un viajero que intentó sacar el pañuelo sintió, de pronto, frente a aquel paisaje descarnado, la insensatez del gesto.

Tía Rosario había tenido con ella a Ramón. Le tuvo un mes, y habló de ello como si hubiera descubierto hasta lo más entrañable el sentido de la caridad:

—María—la decía—, se quedará Ramón en casa...

Pero Ramón, que tenía entonces quince años, era, como su padre, como Pedro, montaraz y abierto. Un niño muy alto, débil, lleno de ideas fantásticas que despertaban la iracundia de Rosario Gómez.

—¡Ramón!

—¿Qué, tía Rosario?

—¿Tú dejaste esto así?

La mujer sabía, desde luego, que Ramón había dejado eso «así». Pero gustaba escarbar hasta el centro mismo del virus. Hasta donde la pregunta rascaba como la lija. Hasta la ira y la desgana del muchacho.

—Sí que lo dejé.

—Igual que tus padres, un Juan Lanás más...

—Deje a mis padres.

—¿Es que se trata de unos marqueses?

Todo era así, quieto, esquemático, herido como el pájaro caliente que pueda traer en su mano un niño. Todo eso pensaba ahora María, desde el barco. Pensaba en la primera vez que fué a pedir a su hermana «la renta».

—Mira, Rosario, déjame las cien pesetas de este mes para pagar la casa...; yo te las devolveré en seguida.

¿Por qué se hace tan duro pedir? ¿Por qué? Sobre todo, cuando dar es lo único alegre. Lo único satisfactorio. Lo único serio que ha dejado Dios al hombre: dar. Darse.

—No sé dónde vais a ir a parar.

—Pedro no es un bandido, Rosario. Pedro es un hombre de bien. Saldremos de este atolladero.

—La eterna canción, María.

Y allí estaba ahora Rosario, con su eterna risa bien hecha. Con su sonrisa de palo. Con su lágrima peinada y compuesta en la mejilla.

Pedro cerró el brazo por encima de sus hombros. María sentía bien, bien firmemente, lo cálido y lo definitivo de su abrazo. Pedro fué siempre como un niño. Como lo son todos los hombres en los momentos graves. El hombre parece que no se morirá nunca cuando tiene un día feliz, un año de gloria. ¡Pero qué ser más inermes!

María amaba a Pedro como es posible amar únicamente: sabiendo que el hombre es un ser que necesita protección. Así con Pedro. Así cada día.

—¡Pedro! ¿Sabes, Pedro?

—¿Qué he de saber?—decía el hombre.

—Que triunfarás pronto.

El hombre miraba, con su mirada de niño, el muelle que en aquel momento comenzaba a alejarse. El barco, aparentemente quieto, redoblaba en ese instante las máquinas. Sonaba en su interior el mecanismo de cadena y motor como un gigantesco resoplido. Junto a las casetas del puerto, en las orillas de la laguna oscura que era la tierra, había gentes que, al fin, se habían decidido por levantar los pañuelos.

—Ya estamos solos, Pedro.

—Arriba, Dios.

III

EL BARCO EN MEDIO DEL AGUA

Un barco en medio del agua. Y una dirección de un hermano de Pedro en la cartería. Cada día que pasa, el agua lo único que hace es irse a mo-

rir en rizos en popa. En las Azores, los delfines, peces voladores, gargantúas del agua, devoraban todo el pan tierno de los niños. Al menos, eso se creían los niños.

Se formaban grupos que se relacionaban de nada más que verse en las escalerillas. De verse en el comedor. Porque, en realidad, en el barco, «medio carga, medio pasaje, que decían los tripulantes», no se hacía otra cosa que comer. Cuando menos se lo esperaba el viajero tocaba el «gong». Y si no se tenía hambre, se despertaba.

—Engordar—decía Pedro—, lo que se dice engordar por engordar, eso no ocurre nada más que con las personas que están aburridas. Se come por matar el tiempo. Por robarle horas. Y entonces aparecen los refinamientos: se inventan los platos complicados.

María reía suavemente. María amaba a Pedro, a Pedro con los seis hijos y el cansancio, con un sentido total de la circunferencia. De los conceptos totales. Le oía reír, y reía, aunque ella era grave. Le gustaba verle como ahora: con este mes de tranquilidad del barco. Con treinta días de comida y cama pagada. ¿Es poco pedir treinta días?

El viaje era, para los dos, un alto. Una mitad de caminos. Minuca y Sofía corrían como lebrules de camarote en camarote. Del de sus padres al de sus hermanos Ramón y Glicerio.

Ramón era delgado. Glicerio, delgado, pero más delgado. Ramón, ojinegro y mano dura. Glicerio, rubianco, pelo claro y lengua habladora.

Sofía decía a Glicerio:

—¿Por qué te pusieron Glicerio?

—Glicerio es un nombre castellano.

—¿Qué pena que te llames Glicerio siendo tan guapo—decía Minuca.

Sallan los cuatro a cubiérta. A la más alta, al puente del capitán, y preguntaban siempre:

—¿Cuándo llegamos?

Ninguno de los cuatro sabía para qué tenía prisa de llegar. Los cuatro sabían lo que era pasar de casa de Rosario a casa de Etel. De casa de una a la otra. También en la casa de la tía rica y avara. Cada uno hacía sus cuentas y sus cálculos, cuando se hablaba de ella.

—El día que subimos a su cuarto sin avisar, estaba contando duros de plata, y se llevó un susto de muerte.

—Bien de cosas que nos llamó...

—Ladrones sólo...

El capitán del barco pasó ante ellos.

—Hola—les dijo.

—Hola.

—¿No preguntáis hoy cuándo llegamos?

—Hoy, no—decía Sofía, voz siempre entrenada para las arremetidas.

—Pues llegamos pasado mañana al anocheecer, aunque no desembarcaremos en Veracruz hasta el día siguiente.

—¿Tan pronto?

El capitán se quedó suspenso. ¿No le preguntaban todos los días, impacientes, por la llegada? Avivó el paso en las escalerillas. Una racha de viento le ladeó un poco la gorra. Tenía el pelo medio raro. Un pelo que apenas lo era. Un pelo de peluca, artificial, como hecho a mano.

—¿Será peluca?

—No, que yo le he visto mucho rato sin la gorra, y no lo es—decía Sofía.

—Pues en América, ¿tú lo sabes?, las hacen tan perfectas, que no se conoce cuál es la verdadera y la postiza. ¿Lo creís?—decía Minuca, que tenía esa leve muletilla del «¿Lo creéis?».

—Sí, en América.

De pronto, se quedaron todos pensativos. Ninguno de ellos dejaba de saber nada de lo que había pasado. El hormiguillo de muchas cosas ciegas, abrigadas en el recuerdo, les paralizaba. ¿Sería volver a empezar?

Llegaron los padres:

—¿De qué hablábamos?

—No hablábamos.

—De algo hablaríamos.

—De la peluca del capitán.

—Mujer—decía la madre—, el capitán no tiene peluca.

—Ya lo sé.

—¿Entonces?

—Pues de América. ¿Lo creéis?

—Sí, Minuca.

IV

LA NUEVA VIDA

De Veracruz a la ciudad fronteriza, casi en los Estados Unidos, donde fueron a vivir, había una distancia inmensa. Como todos no cabían en el coche, los dos muchachos, Ramón y Glicerio, tuvieron que ir en el camión con las maletas y los equipajes.

Tumbados en el suelo de madera, cansados, roto el equilibrio del sueño y del viaje, veían la carretera polvorienta, el arco luminoso de la tierra, con un ancho asombro. Cuando pasaban por una ciudad o un pueblo, y se paraban, les asombraba ver que todo se repetía, que su niñez incalculable estaba allí.

—¿Pues hasta adónde van, patronesitos?

Por un mimetismo de una fuerza incomparable, por una alegría desbordante y única, victoria de muchas cosas sólidas y serias, Ramón y Glicerio se sentían felices cuando les saludaban así.

—Vamos hasta Hermosillo.

—¿Pues qué calor van a pasar!

Así se fueron dos días y medio. Dos días y medio de andar por el mundo. De sentir su arterial andar, su canto solícito, su sonrisa blanca, su boca dulce.

El hermano de Pedro era un hombre. Sí, eso sí, podía ser muchas cosas, pero era eso: un hombre. Un hombre sin muchas palabras.

—¿Cómo os fué?

—El viaje fué, en lo que cabe, bueno, hermano.

—¿Y de aquello?

—Intentamos, ya sabes, después de la guerra restablecer nuestro negocio, pero nos lo habían destruido por completo. Nosotros, ya sabes, nos quedamos en Burgos, y hasta el año final no pudimos volver a Madrid.

—Ya.

El hermano de Pedro se llamaba Ramón, y por llamarse así, Ramón se llamaba un hijo de María y de Pedro.

Ramón Sánchez es un hombre alto. De un alto agresivo, de un alto de montaña, de palo de mésana. Tiene unos ojos negros, no azules como Pedro, sino negros. Densamente negros. La boca de Pedro es una boca pálida, fruncida, pero alegre, jovial. La boca de Ramón es una boca tan firme, que parece apretar las palabras, amarrarlas, torcerlas. Tiene una voz que no pregunta nada, que no sabe preguntar nada. Sólo dice:

—Mete eso ahí dentro. Esas serán vuestras habitaciones.

—Sí, Ramón.

—Oye, Pedro; la vida es aquí muy dura—dijo, de pronto, Ramón a su hermano, como si algo grave, insospechadamente tierno, se hubiera producido entre ellos.

—Tú ya sabes, Ramón, cómo nos educó nuestro padre.

—Sí, Pedro. Bueno, María—se volvió hacia ella—, aquí estamos.

Y se marchó resueltamente. Sin volver la mirada. Sin decir más.

—Ya tenía ganas de encontrarme a alguien que no nos dijera: Voy a repeinar a tus hijas para ver cómo son de limpias.

—Sí, Ramón da y no dice nunca; Señores, di.

—Es como tú.

Desde ese día, la vida comenzó de nuevo. El sol penetraba bajo los sombreros y calentaba la nuca hasta el rojo. El suelo de asfalto, la piedra del camino, la banqueta junto a los comercios, quemaba los pies. Se sorbía el sol por la ropa y el pecho se doblaba para buscar la sombra de su propia entraña. Eso cada día y cada hora.

Pedro se levantaba a las cuatro de la mañana. A la fresca, a la sombra. Y nada más levantarse, la casa comenzaba a vivir. Llamaba en los cuartos: «¡Eh, dormilones!»

María no perdía el tiempo. El café con leche. El café de paquete norteamericano que era brasileño. La leche de las vacas de la granja. El pan de los molinos de Ramón. Todo eso, y las mermeladas, lo tenía preparado siempre para poco después de las cuatro y media.

—Ya está todo—decía.

Las duchas salpicaban de agua la mantaquilla. El pelo rubio de Glicerio, el que más tarde se levantaba, el hombre más dormilón de la familia, se hundía en su propio soñar que tenía sueño.

—Vamos a ver—decía María.

—Vamos a ver—decía Pedro,
Y después de esas palabras rituales, de esas voces despabiladoras, de esas leves palabras aventadoras, todos comenzaban:

—«Padre nuestro...»

Y seguían hasta el final. Y así durante diez años. Y durante diez años, a las cinco de la mañana, ese fresco borbotón del agua. Ese siempre; y repetido: «¡Eh, dormilones! ¿Qué pensáis?»

V

SOFIA SE CASA

El problema de la tierra es el matrimonio. Es el argüir y el contestarse. Es el preguntar y el responder. Es el querer y el desear. Es el pedir y el dar. El problema de la tierra es el encontrar el recto corazón, la sonrisa caliente, el río seguro. Porque el agua se saca de los pozos. Se pone un motor, se hace una perforación y el agua sale. Porque los tractores siegan centenares de miles de hectáreas sin fatiga. Porque el sol no deja tiempo para pensar. Por eso, entre tantas cosas que tienen su respuesta matemática, lo difícil es encontrar respuesta. Lo difícil es preguntar y ser respondido: el pozo artificial y el tractor no responden.

Sofía tenía veintitrés años. Años andados hacia arriba. Años no vividos de balde, de prestado.

Minuca tenía veintiún años. Y las dos eran mozas casaderas. Agua para llevar en el canasto de los brazos. Pero caminos, sendas que había que ir a buscar allí, entre el sol, con guante blanco y tierna mansedumbre. No sólo el «Yo quiero», rasgado, cantinero, de hierbabuena y hierbamala del pulque, sino el «Ave María, gratia plena», del venimos en paz y en penitencia. Eso quería Sofía.

—Sí, le conocemos.

—¿Y qué?

—Bueno, como nuestro. Su padre nació en el mismo pueblo que tu padre. Sí, le conocemos.

—¿Y tú, padre?

—Con Dios andando, Sofía.

No se sabe por qué, o si se sabía, había un problema candente. Se decía que el mozo casadero no iba a misa.

—Pues conmigo ha de ir.

—Ese es un problema para ir despacio.

—Sí, padre, pero yo sé a quién voy.

León había llegado a México con el tumulto del mundo. El pasaporte que un día fué español decía, ahora, que era súbdito de otro país. De otra tierra. Y el sol, arriba, encendido como una bola roja, como una bola de oro.

León tenía la palabra recta, medida, apasionada. Hablaba de la política como el robot puede hablar de la música. Era cuestión de botón, de aplique del dedo. De manera de dejar brotar las letras de una canción. Todo estaba en el viento.

—¿Tú qué dices, León?

—Yo, nada, Sofía.

—Pues tenemos que ir a confesarnos.

—¿Dónde el cura?

—¿Crees que confiesan en el juzgado?

—Ya lo sé que no. Era una palabra como cualquier otra.

Se acercó la fecha. La víspera, el viento quemaba. Pedro había hecho un viaje hasta los Estados Unidos para comprar una serie de regalos que no quería faltaran. María, un minuto antes de marchar, le había dicho: «No olvides nada.» Apenas tenían que decirse las palabras. Se miraban y dejaban correr el ensueño. El matrimonio es así, decía Sofía. Este no decimos nada. Este permanecer el uno al lado del otro. Este saber que se casa Sofía. De pronto, Pedro, antes de doblar las manos sobre el volante en un gesto que tenía algo de inimitable y personal, la dijo:

—¿Estás contenta?

—Pues claro, Pedro.

—Pues claro, María.

La iglesia que estaba al final de la calle, con un pequeño jardincillo a la entrada, se había hecho pidiendo, limosneando. Los domingos, el cura, don Daniel, presentaba a los feligreses la cuenta de ingresos y gastos. Así, hasta las campanas de bronce y los santos de madera tallada. Fuera, en su entrada, estaba establecido un pequeño mercado de materiales para las obras. Los feligreses se acercaban:

—A mí, tres metros de azulejos.

—A mí, un saco de cemento.

—Buenos días, don Pedro.

—Buenos días, don Pancho.



Cada uno compraba lo que quería. No faltaban tampoco las tejas, el mosaico caro. En la entrada, alguien decía siempre:

—A ver si la ponemos en seguida un poco de torre.

León se acercó a don Daniel. Don Daniel era un sacerdote joven. Como era muy moreno, la gente creía que era «prietito». El se refa: «Soy "prietito" de la sierra española. Mis padres eran gente de campo y sopas de ajo, y será por eso que no he perdido el buen color moreno.» Tenía, además, la nariz curiosamente torcida. No torcida como los boxeadores, que es torcedura de puño en rostro, sino una torcedura que le daba un enorme aire de niño. De niño cogido en falta. Se refa siempre rápidamente. Aunque no viniera a cuento. Y, sin embargo, era grave, serio.

—Don Daniel...

—Hola, León.

El camión que pasaba muy cerca de la puerta hacía trepidar siempre las paredes.

—Pues me vengo a confesar...

—Pues vamos allá.

—Me lo dice como si viniera a confesarme todos los días.

En los momentos en los que don Daniel entendía que debía decir una palabra precisa o importante, se azaraba un poco. Al final, como el hombre que se tira al agua de cabeza, le respondió:

—Eso no, pero no hace tanto que viniste. ¿No?

Mientras el sacerdote entraba un momento en la sacristía, León se sentía confortado. ¿Diría de verdad eso que le había visto otras veces? Don Daniel, en el entretanto, en la oscura sombra del confesonario, respiraba hondo. Con las delgadas manos blancas, apartó las cortinas de seda morada. León se arrodilló.

La boda fué sencilla. Sofia, aquel día, se recogió el moño. Minuca la miraba como si la viese por vez primera.

—¿Sabes, Sofia, que te casas?

Sofia la miró pasmada. Luego, como la vida está llena de quehaceres que no admiten espera, comenzó a guardar cosas en un maletín. El anillo fulgía en su dedo.

—Déjamele!

—Nada de eso. Da mala suerte quitárselo.

Después, maternal, ¿no era acaso ya una mujer?, puso la mano en la mano de Minuca. Como si la entregara un tesoro. Después acarició su cabeza. Y repentinamente, con un ciego y desesperado impulso repentino, se abrazaron.

—¡Qué grande va a ser el cuarto ahora, Sofia!

—Puedes quitar mi cama y hacerte una salita. Yo te ayudaré.

Se hablaban con palabras. Cada una tenía su silencio sobre cosas más hondas. Eso de separarse así, sin más, después de veinte años. Las dos habían ido de blanco y de gris, de granate y de falda escocesa. De sombrero verde y guantes de puntilla. De barrera de sombra los días de toreros mejicanos y españoles. Cuando el padre, y su hermano, tío Ramón, ponían las grandes manos del grito en torno a la boca:

—¡Como ése no hay dos!

—¡Y cien docenas!—decía el tendido.

Entonces se encrespaba el oleaje de miles de cabezas. En la arena, si el torero no hacía el rizo, sentía sobre sus hombros la implacable andanada de las almohadillas. La fiebre, suelta como una locura contagiosa, echaba a andar viva y estremecedora. El filo de los cuchillos puntiagudos, los borrachos de marihuana, comenzaban a imponer su presencia. Sonaba el clarín.

—La hora de matar—decía Sofia.

VI

LA HORA DEL REGRESO

Cuando llevaban ocho años atados al yunque de las cinco de la mañana. Al filo ligero y frío del robot, de la máquina, de las ruedas de oruga, María y Pedro comenzaron a pensar en el regreso. No a volver para gastar lo que tenían. No a volver para dormir en la sierra, en la meseta, al lado de las torres. Ni tan siquiera para ver el Papamoscas de Burgos. Ni tan siquiera para eso.

Volver a España para escapar a la influencia del gran paisaje, del gran sol, del gran rito de la vida.

Ramón y Glicerio eran ya hombres. Ramón, que había sido delgado, era ya fuerte como un árbol antiguo. Miraba, como tío Ramón, las cosas desde arriba, desde la campanilla de su mandato. Decía: —En marcha.

Glicerio era, ahora, más rubio. Si se le miraba de frente, se sentía un no sé qué de desteñido. Los

ojos azules, arrojados en el blanco del ojo, parecían perdidos. Los dos, Ramón y Glicerio, tenían el hondo, oscuro desec del dinero. Guardar, enterrar, guardar.

Pedro y María se miraban hasta lo más lejano de los ojos. Las palabras, las que debían decirse, se dormían:

—¿No será la sangre de la tía avara?—decía Pedro.

Pero no era así. Primero se guarda para decir: Para el regreso. Pero el regreso no se hace nunca. La tierra se va quedando pegada a los talones. El sol calienta la tripa y la vida florece cercana y próxima a las manos. Los frutos, los totales frutos, llenan cada mañana la mirada.

—¿Volver otra vez a los días difíciles?

—No, padre.

Pero a los diez años, a los diez años justos, cuando la moneda comenzaba a sonar en las huchas de todos, a Pedro Sánchez le ofrecieron un buen empleo en España. No era aquéllo, ni volvía por eso de decir: «Es que tira, ¿saben?» Y no decía eso, ni lo podía decir allí, porque nadie le hubiera creído. Lo que verdaderamente tira, sujeta, amarra, engolosina, es la tierra en que estaban. Lazos de cro, lazos de carne, siembra musical y dulce de las palabras en la noche siempre templada. Eso sí es tirazón.

Pedro y María sabían bien por qué se marchaban. Lo sabían ellos, pero lo sabían menos Ramón y Glicerio. Minuca no decía nada. Nada.

María y Pedro sabían que el regreso no era agradable. Lo agradable es volver de vacaciones: a gastar la plata, que decía tío Ramón. A llenar de fantasía, cerca de la majada de los pastores, los tejados hundidos, curvados, borrosos, del pueblo estepario. Ese sí es el regreso fácil. Lo otro, no. El volver para comenzar de nuevo. El volver para navegar en el mismo río, para dormir en la misma barca, es más difícil.

Apoyados los dos en la ventana, cercanos y perfectos en su decisión, parecían afrontar ya el retorno. Estarán, pensaban, todos en el puerto. Toda la familia. Todos los que nos negaron el pan. Todas las manos que tendieron y levantaron nuestro puente de plata para que nos marcháramos.

Y cada uno de ellos se preguntará:

—¿Por qué vuelven?

—Tía Rosario, María, dirá: «Pero si tienen un negocio fabuloso. ¿Estarán locos?»

—Tía Ebel será otro cantar.

—Sí, ésa no se preguntará nada. Su razonamiento será éste: buenas sonrisas, buenas manos de acogida, buen calor de hogar a su regreso, que ésos vuelven ricos.

—¿Y lo somos, Pedro?

—No, María. Tenemos algo, pero no somos ricos.

—Nada nos faltará, Pedro.

—Nada, María.

El camión fué cargando todos los muebles. Los muebles rojos de la sala y las cortinas blancas de la «estancia». Los balmos azules, las sillas de rejilla del jardín y las canarieras. Se querían llevar a España todos los muebles.

—Pero, hombre, Pedro, os costará una fortuna. Véndelos aquí y cómprate allí otros.

—Eso se dice muy fácil. Pero los muebles son como personas. Los ama quien vive con ellos. Existe un parlamento de palabras que sólo algunos muebles conocen. Hay sueños que sólo se pueden hacer, cuando uno está cansado, cuando uno está triste, en «esa» silla, en «esa» butaca.

Cuando llegaron a España, en agosto, el sol estaba también en lo alto de todas las torres. La espuma del puerto, calmada y blanca, chocaba, suave, con las barcas.

Tía Rosario, sin remilgos, les preguntó:

—¿No habéis traído coche? Todos le traen.

—No, mujer—decía, dolorido, Pedro—; ahora lo compraré en Francia. Es más cómodo.

—¡Ah!

No se da tiempo de respiro a los que vuelven. Se les quiere sacar la entraña misma de su regreso. El misterioso alcance de cada jugada. La imprevista suerte de cada mirada cruzada en el silencio.

—Buen sueldo te habrán puesto para que vuelvas, Pedro.

—Sí, no está mal.

—¿Nada más que eso?

—Nada más.

Pedro avizoraba todas las preguntas. Las parecía conocer de antemano. Se complacía en herir con la espada recta de la verdad: no nos interesó hacernos ricos.

Le miraban espantados. Le miraban como si estuviera atado a la locura. Como si el otro sol, el de la tierra caliente, hubiera acabado con su razón. Después, corteses y picantes, decían:

—Allá tú.

Cada uno se sacudía sus pulgas. Si venían ricos o no venían ricos, «allá ellos».

Así es la vuelta. Dura como el pedernal. Exigente como la cuerda de un millar de relojes. Aspera como la siega que pudiera hacerse entre las rocas.

Pero estaban de vuelta. El regreso y esta pequeña primavera de pañuelos en el puerto ya estaba pasada. Los muebles, desembarcados y recuperados. Mientras sacaban uno a uno los sillones rojos, tía Rosario se acercó a Pedro:

—¿Cuáles son tus planes?

—Cuando vea esto un poco claro, traerme a Sofía y a su marido a trabajar conmigo.

—Tú sabrás.

Cuando se instalaron, por fin, en Madrid, la existencia de Pedro y María cobró un poco de calma. La mujer recibía, otra vez, en su salita roja, con aquellos lentos y graves ademanes de siempre. Con su aire de quietud y de silencio. Cada mañana, cuando el padre y los hijos se marchaban, corrían a por sus besos.

—Hasta el mediodía.

—Hasta el mediodía, hijos.

Y nadie, de los tres, sabía si el padre, Pedro, entraba también en ese «hasta el mediodía, hijos».

El trabajo de los tres, apretados y duros, acelerados en el brío de diez años de trabajar durante doce o más horas diarias, se abrió camino. Conquistaban la tierra con alegría. La sentían madurar y crecer bajo sus ojos. Cuando volvían a casa, mientras Ramón y Glicerio se bañaban, María llama a Pedro:

—¿Cómo lo ves todo?

—Esto marcha. ¿Has visto a Glicerio? Parece otro.

—Ramón se ha echado novia.

—Sí, «mamá»—decía Pedro a su esposa.

—Bien preocupados nos tuvo allá.

—Sí.

Después, dos dos, María y Pedro, se callaron. Cada uno sabía que, en cierto modo, habían soportado el mundo con las manos. Que la vuelta, el regreso, había sido por los hijos, pero todavía en el pecho, como cruzados por los latigazos, dolían las heridas. El miedo.

Cuando llegó la primera Navidad en España, María y Sofía se marcharon al pueblo.

—El día 22—había dicho Pedro—estaremos allí.

María recorrió los mil kilómetros de distancia, los mil kilómetros de nieve y montaña, de llanura y torres, abrigándose con Minuca. Las dos mujeres, agua fina, marea sin suspiros, miraban el paisaje como encantadas. El tren, como los de chocolate, como los del sueño infantil, dejaba a un lado y al otro la nieve.

—Cómo se olvida uno de todo.

—¿Hablas de la nieve, mamá?

—Sí, de la nieve.

—Hicimos bien en venir para verla.

Cuando llegaron al pueblo, al viejo pueblo, al que estaba cerca de las montañas, cerca del aire frío y de la manta doble y triple, María dijo:

—Ya estamos en casa.

El día 25 de diciembre, el día de Navidad, Pedro no se levantó de la cama. Ramón, mientras se afeitaba, había entrado a decirle:

—Papá, que no llegamos a la misa.

Como no se despertaba, como el dormido dormía más. Ramón le agitó un poco:

—Papá, que no llegamos a misa.

Pedro no se levantó. Pedro no hizo un gesto, Pedro se perdió la misa. María se secó las lágrimas. Se guardó en la cabeza, en la mirada, bajo llave, la sonrisa indescifrable, patética, imborrable y hermosa que la muerte no había podido quitarle.

Escribió a Sofía: «Tenemos que ser fuertes.»

Contestó a una amiga: «Murió en la Navidad, con el "nacimiento" al lado de la cama. Con el Dios nuestro pegado a su sonrisa. No hay que pensar en mi regreso—decía varonilmente—. Pedro trajo a los hijos y a mí para que nos quedáramos; yo cumpliré su deseo. Ayer compré, en Madrid, un piso. Y comprar una casa en estos tiempos significa quedarse en España.»

En aquel último mes, María había sentido llevarse de canas. Su cuerpo era más duro y anguloso. Su mirada, honda y quemada, herida y recta, chocaba con las miradas de todos:

—Aquí nos quedamos. ¿Verdad, hijos?

—Verdad, madre.



YO, K-HITO

Pintar, escribir, viajar, ver corridas de toros, observar cómo transcurre la vida; he aquí las preocupaciones de este hombre que no quiere pertenecer al pasado

Las ilusiones toreras de "Caíto de Jaén"



Ricardo García «K-Hito» camino de la Redacción de «Digame»



En primer término, el toro. Detrás, K-Hito, hablando ante nuestros redactores

LAS gajas, una frente despejada y unas nerviosas y dinámicas manos podría ser una definición primera del director de «Digame». Pero K-Hito es más: es humorismo fino, gracioso, ameno y estilizado. Agudo e ingenioso, hace de una mirada una frase y de unas cuantas frases, un libro.

K-Hito ha escrito un nuevo volumen: «Anda que te anda», reflejo de una serie de viajes del escritor por toda España. Leyendo sus páginas uno parece hablar con el autor mismo. Las poblacio-

nes, las ferias, las corridas de toros, los distintos sistemas de viajar, las compañías, los amigos que uno va conociendo entre las líneas impresas, hacen que, desde que se contempla la letra primera el mundo de K-Hito sea también el mundo nuestro. Al fin y al cabo, es el mundo de todos los días, repartido por todas las regiones, encuadrado en todas las actividades, fluyendo en todas las simpatías.

K-Hito, humorista, dibujante, pintor, crítico de toros, observador de las cosas simples de la vida, de las cosas que no tienen mayor importancia que el recuerdo de su paso, habla para nosotros.

DELEYTO. — ¿Qué representa este libro?

K-HITO. — «Anda que te anda» es un volumen de crónicas viajeras integrado en la colección de Anaquel de «Digame» y que tendrá su continuación.

VILCHEZ. — ¿Qué entiende usted por crónica viajera?

K-HITO. — Yo creo que una crónica de viajes es algo así como un relato, un largo reportaje en donde se da una gran importancia a las cosas pequeñas. Esas cosas que nunca ve el turista ni las caza su máquina fotográfica. Cuando yo, en mis muchos viajes, paso por Córdoba ¿qué voy a decir ya de la Mezquita?...



K-Hito, figura popular, con Chicote y Manolete, «ninot» de una falla valenciana en 1944

DELEYTO.—¿Qué debe influir en la crónica viajera, el comentario personal o la información simple y escueta?

K-HITO.—Yo creo que son causas concomitantes, no pueden ir separadas. Lo mismo la visión personal que la información han de complementarse y unirse para conseguir una buena crónica.

RIOS.—Como escritor, ¿cuál es su mejor cualidad?

K-HITO (*Dudando*).—Escribir con claridad. Escribir como se habla. No manejar para nada el diccionario.

VILCHEZ.—¿Recuerda su primera crónica viajera.

K-HITO.—No estoy muy seguro, pero debió ser una de un viaje que hice ya hace mucho tiempo a Valencia o Alicante.

NO VALE LA PENA IR A PARIS

En sus andanzas, K-Hito ha recorrido España de punta a punta. Con una sola excepción: Galicia. La poca actividad taurina de esta región tiene la culpa. Al hablar de Andalucía saltan espontáneos, abundantes, los elogios.

K-HITO.—De Andalucía me gustan todos sus extremos, desde la alegría y el rumbo de Sevilla hasta la melancolía y la tristeza de Córdoba. Córdoba es una ciudad triste, pero... ¡qué bonita es! Me encantan todos los rincones de España, unos más y otros menos claro está, pero de todos modos, sigo pensando que no vale la pena ir a París. España vale mucho, aunque también es verdad que la desconocemos mucho.

DELEYTO.—¿Hay ciudades verdaderamente desconocidas en España?

K-HITO.—Hay pueblos a los que, por las comunicaciones, porque no se les ha hecho propaganda o por otras causas, la gente no acude, apenas son conocidos. Sin embargo, estos lugares, encierran, a veces, verdaderas maravillas. Yo, por ejemplo, cuando visité Almería fui de sorpresa en sorpresa. Almería es una verdadera preciosidad. Produce gran placer contemplar aquella ciudad llena del más puro sabor árabe que se pueda uno imaginar.

VIAJE EN EL TREN, PELO CON TORTILLA DE PATATAS

RIOS.—En sus viajes, ¿qué medio de transporte prefiere?

K-HITO. (*Tarda un poco en contestar*).—El avión es el más cómodo, pero... sin lugar a dudas el tren, pero el tren antiguo. Cuatro frente a cuatro. La tortilla de patatas y cordialidad. Así es la única manera de no quedarse mudo en un trayecto largo.

La luz experimenta la influencia de una conversación. Se siente viajera y nos deja en la oscuridad. La reunión se alumbró con una vela. Mientras esperamos que el viaje de la luz sea breve, K-Hito nos habla de uno muy largo y anecdótico: «Después de la guerra, en un viaje de Córdoba a Madrid tarde veinte horas y esto en un tren pescadero. ¡Qué viajecito aquí! Le dió tiempo a una gallina, que también era viajera, a poner un huevo.» Regresa la luz y seguimos la conversación:

DELEYTO.—¿A qué llama usted en su libro Renfepolis?



Dos actitudes de K-Hito durante la entrevista que aquí publicamos

K-HITO (*Se rie abiertamente*).—A las ciudades de la Renfe: Miranda de Ebro, Alcázar de San Juan, Venta de Baños... Tienen un perfil totalmente distinto a las demás.

RIOS.—Gastronómicamente hablando, ¿qué región de España concede más interés a la cocina?

K-HITO.—Sin duda alguna, en el Norte es donde mejor se come.

Hablamos de vinos y K-Hito no quiere opinar. Le dan ardor de estómago. No los prueba y por esto en muchas ocasiones queda, según, el, en mal lugar.

K-Hito ha sido de todo. Comenzó como torerillo, allá por los pueblos andaluces, cuando se apodaba «Caito». Luego, al mismo recuerda la japonización de su apodo. Hoy, generalizando, sólo los amigos saben que K-Hito tiene por nombre Ricardo García, porque la universalidad de la fama cristalizó en su nombre de guerra.

LA PINTURA, ACTIVIDAD PREFERIDA

DELEYTO.—De todas sus actividades, ¿cuál prefiere?

K-HITO.—La pintura. La obra pintada se ve antes que la escrita; se puede uno acercar a dos metros y ya se ha visto todo. En el libro hay que leerse lo anterior.

DELEYTO.—¿Qué opina de la pintura moderna?

K-HITO.—No es que no la entienda. La entiendo y no me gusta. Eso no es pintar. Si Matisse pegaba papeles en sus cuadros, eso es paperología; allí no había pintura, había goma y papel.

K-Hito comenzó en el campo del periodismo como caricaturista en el «Diario de Valencia». Más tarde fundó «Gutiérrez», revista de humor, de gran aceptación por el público. También fue creación suya «Macaco y Macaquet». Y ya lanzado en esta faceta de caricaturista, «A B C», «El Debate» y «Ahora» publica-



Una de las acuarelas pintadas por K-Hito. Esta está fechada en 1949



Este era K-Hito, niño. La foto, con atuendo de paje de madame Dubarry, fué hecha en Osuna (Sevilla), hace... bastantes años

ban a diario sus trabajos, llenos de gracia y humor. Y como remate reciente, la concesión de la Medalla de Honor del Salón Internacional de Humoristas.

VILCHEZ.—¿Cómo definiría usted la caricatura?

K-HITO.—La caricatura es como el editorial de hoy, pero a

lápiz en el momento oportuno. En la caricatura hay que tener muy en cuenta el pie, que ha de ser corto y estar bien redactado, de modo que el lector descubra un poco la gracia y el humor que va debajo de un simple trazado. Yo hice caricaturas antes que artículos de periódicos. Y es un caso curioso que después de pasarme yo a escritor lo han hecho muchos caricaturistas. Ahí tiene usted los casos de Galindo, Mihura, Tono, Bellón, Córdoba...

SALCEDO.—¿Qué significa este seudónimo suyo?

K-HITO.—Hace muchos años, cuando yo quería ser torero, me llamaban «Caño de Jaén»; luego «ajaponés el seudónimo y firmé las caricaturas con «K-Hito».

EL HUMOR DEBE SER NACIONAL

Nos adentramos en el género que ha dado más popularidad a K-Hito: el humor.

VILCHEZ.—¿Qué entiende usted por humor?

K-HITO.—Decía Schopenhauer que el humor era un péndulo que oscila entre el placer y el dolor. Y es cierto. El humor no es siempre laceroso: es afectivo, sentimental. Las cosas hay que decir las amablemente, pero hay que decir las.

DELEYTO.—¿Debe haber varias tendencias en el humor o una sola en relación con cada época?

K-HITO.—Yo creo que pueden ser diversas; pero, ante todo, españolas. No se debe importar ni copiar lo extranjero, porque nosotros nos sobramos para sentir, hacer y saber el humor.

RIOS.—¿Cómo manejar el humor?

K-HITO.—El humor no es siempre destructivo; se debe hacer con él crítica constructiva.

VILCHEZ.—¿Cree usted que el español tiene sentido del humor?

K-HITO.—Yo he pensado en esto muchas veces. Creo que sí. El humor surge en los momentos más difíciles y cada país tiene el suyo. Nosotros no entendemos el humor de otros pueblos.

Y AHORA, AL TORO, QUE ES UN TORITO

La estampa física de K-Hito puede verla el que lo desee en cualquier población de España que celebre sus ferias y fiestas tradicionales. Y para más seguridad todavía, en una de las barreras de los tendidos de sombra de su plaza de toros. Si el curioso mira desde arriba observará el cogote, conocido de todos, porque ha recorrido toda España en las pastas de otro libro de K-Hito: «Yo, García», y si contempla los tendidos desde abajo descubrirá las claras gajas negras del crítico, tras las que se ocultan los ojos que saben descubrir el acierto, el defecto, la verdad y la mentira del torero.

«Anda que te anda, este libro de K-Hito, rezuma, a lo largo de las crónicas viajeras, sabor taurino. Empresarios, toreros, ganaderos, plazas y corridas famosas pueden ser saludados por nosotros en cualquier momento. Porque están perennes en sus páginas.

RIOS.—Estas crónicas viajeras,

¿tienen relación con la crítica taurina?

K-HITO.—Sí, claro. Aprovecho las ocasiones en que voy a hacer la crítica, pero suelo quedarme algún día más para ambientarme. De este modo es como he conseguido dar algo de sabor a mis crónicas.

DELEYTO.—¿Cuando un idolo torero desaparece, los partidarios le guardan memoria o se pasan a otro bando?

K-HITO.—Aquí pasaba que Manolete y Arruza eran dos grandes toreros y dos grandes personas; además, Manolete y Arruza eran dos grandes amigos. Los «manoletistas» pasamos a ser grandes «arrucistas», y esto es raro en la historia del torero.

RIOS.—¿Qué afición taurina es la más pura?

K-HITO.—Desde luego, la española, aunque no debemos olvidar que en Méjico se siente bastante el torero.

RIOS.—Concrete: ¿Dentro de España?

K-HITO.—En Madrid se entiende más de toreros, pero los sevillanos saben más de toros.

VILCHEZ.—¿Qué plaza de toros le ha gustado más?

K-HITO.—Como la de Sevilla no veo otra. Es la que tiene más valor artístico. La de Ronda no la conozco. Dicen que es preciosa.

DELEYTO.—¿Cree usted que si las plazas de toros fuesen como estadios gigantescos donde cupiesen 100.000 espectadores y el tendido pudiera venderse a diez pesetas, habría más afición?

K-HITO.—Aumentaría más el deseo de ver el espectáculo.

PROXIMO CONGRESO TAURINO EN JEREZ

VILCHEZ.—¿Cuáles son las perspectivas del proyectado Congreso Taurino?

K-HITO.—El Congreso Taurino que se va a celebrar en Jerez de la Frontera puede ser de capital importancia para la fiesta nacional si sale de allí el Consejo Superior que rija el espectáculo. De la organización del deporte futbolístico tenemos que copiar mucho, y bueno, los aficionados a toros.

RIOS.—¿En qué estado actual ve la fiesta nacional?

K-HITO.—Peligra. No se crean nuevos espectadores. La juventud sólo piensa en los deportes, y eso que ahora, al hacerse las corridas menos cruentas, asisten más mujeres. De todas formas, la de-

fensa está en el turismo. Piensen que generalmente hay en la plaza de 7.000 a 8.000 espectadores turistas. Y es que el fútbol ha desbordado todo. Como caso curioso les contaré que en uno de mis viajes sorprendí al Niño de la Palma y a toda su cuadrilla rellenando quinielas. Así.

DELEYTO.—¿Entonces no se observa la llegada de gente joven como aficionados de verdad a los toros?

K-HITO.—Ahora a los toros va el que tiene más de cuarenta años. La juventud, como les he dicho antes, la retiene el deporte. La gente joven va poco; lo que ocurre es que, cuando llegan a más edad, entonces se aficionan a la fiesta nacional.

MANOLETE ERA UN HOMBRE TIMIDO

VILCHEZ.—¿De qué viaje conserva un recuerdo más imborrable?

K-HITO.—De mi viaje a Linares el día 28 de agosto de 1947, cuando murió Manolete. Yo ocupaba la barrera número 132. Conservo de Manolete un recuerdo impresionante. Como tipo humano era un caso digno de estudio. Todo lo asimilaba de una manera asombrosa. Aunque sólo poseía la instrucción primaria, se iba perfeccionando y adquiriendo una cultura a costa de su esfuerzo personal. Era un chico tímido que prefería oír antes que hablar.

RIOS.—Defina usted la postura de los toreros que se retiran nada más alcanzar la fama.

K-HITO.—Eso tiene una explicación sencilla. Antes este fenómeno ocurría poco porque tardaban más en ganar esas sumas fabulosas que ahora cualquier figura tiene a su alcance en dos o tres años.

«YO NO PERTENEZCO AL PASADO»

«Todo es según el color del cristal como se mira.» Los versos de Campoamor, ya están indudablemente gastados, pero siempre vienen bien. Porque las cosas que les ocurren a las personas poseen el matiz que estas les encuentran. K-Hito, por ejemplo, tiene en cada recuerdo la nota personal, la nota que siempre le ha dejinado: humor sin complicaciones. «Venía yo—nos cuenta—de París, y en el departamento del tren, sólo y como acompañante mío, una anciana

Cómo ve el doctor García Amandi al director de "Digame"

PELIAGUDA cuestión ésta de que un hijo hable de su padre sin dejarse llevar demasiado por el cariño filial! Pues voy allá. Don Ricardo García «K-Hito», además de ser el autor de mis días, es mi tocayo y es mi amigo más íntimo. Un novillo le rompió un brazo; a mí, otro, me lo hizo. Ni él pudo ser torero ni yo tampoco. Pero eso el paralelismo es cada vez más acusado.

K-Hito—mi madre lo conoció por K-Hito. K-Hito le sigue llamando; y soy K-Hito, mi hermana Marisa K-Hito y todos, para los tendidos, los señores de K-Hito— es sencillamente F. nacional. Una vez, el ilustre doctor don Antonio García Tapia le dijo: «Si usted pone una zapatera al mes es usted el mejor zapatero de España».

Como caricaturista adquirió fama universal. Cambió el lápiz por la pluma y ahí está en p...

señora silenciosa a la que yo me esforzaba en hacer hablar. Para ello rebusqué mis rudimentarios conocimientos del francés, y con mucho trabajo logré entablar conversación. A la mañana siguiente vi con gran asombro que la señora iba leyendo «La Verdad de Murcia».

DELEYTO.—¿Cree usted que cualquier tiempo pasado fué mejor?

K-HITO.—Yo no pertenezco al pasado; no me gusta adherirme al pasado. Entonces era vivir de pobre. Recuerdo que cuando estudiaba el bachillerato vino a darnos clase un profesor de Nueva York. Cuando vió que entre clase y clase salíamos al puesto de la esquina y que por cinco céntimos nos daban de todo, dijo: «Este país está perdido.» No dijo «este país está mal» o «está regular», sino «está perdido». Antes costaba mucho más que ahora, dígame lo que se quiera, ganar el dinero. Ahora, los que hablan y ganan 2.000 pesetas al mes lo hacen como si las hubieran podido ganar entonces. Antes se ganaban 30 duros al mes e iba uno de cabeza.

VILCHEZ.—¿Cree en la crítica?

K-HITO.—Sí. Creo firmemente en la crítica. No sé si es que está uno acostumbrado a leer en tre líneas.

RIOS.—¿Y la de toros...?

K-HITO.—Es sana. Además, no caben engaños. Hay que decir la verdad. Son 20.000 personas las que han presenciado el hecho. Se puede tener más o menos simpatía por un torero, pero si corta una oreja, hay que decirlo.

VILCHEZ.—¿Prepara usted algún libro?

K-HITO.—Sí. Uno que se titulará «Hablemos de toros».

En el despacho del director de «Digame» pueden verse una serie de acuarelas y de óleos de don Ricardo García por nombre; de K-Hito, por fama.

Pintar, escribir, viajar, ver corridas de toros, observar cómo transcurre la vida; he aquí las preocupaciones de este hombre que no quiere pertenecer al pasado. Para él lo emocionante, lo divertido, lo hondo, lo maravilloso está en el instante, en lo que nos ocurre, en lo que ha de venir. Aunque luego pueda recordarse con graciosa ironía en un libro de viajes. En «Anda que te andan», por ejemplo.

(Fotografías de Mora.)

DE LAS
PIEDRAS,
PAN

LUCHA POR EL FUTURO

UNA de las características del hombre de empresa es la previsión. Podríamos decir que el hombre de empresa vive muy poco en el presente. Fundamentalmente cree en el futuro. El presente para el hombre constructor es algo fugaz, al que solamente puede sentirse unido por el placer y el dolor. En cierto sentido el espíritu creador de realidades concretas vive como impulsado indefinidamente por lo que aún no existe.

Se podría objetar que la capitalización de esfuerzo y de experiencias que el hombre constructor realiza para el futuro es debida a un cierto pánico, a un cierto miedo permanente y que por lo mismo ese miedo es la característica de ese hombre más bien que la previsión, que la proyección ilusionada hacia lo que aún no existe. Acaso podríamos reconocer esa capacidad creadora del miedo si pensásemos que el miedo en el Antiguo Testamento levantaba templos y que el miedo en los momentos presentes ha sido uno de los impulsos más decisivos para la coordinación de energías y de esfuerzos, para el acuerdo y la unidad de diversos países en una política común defensiva. El miedo pues, como agente de transmutación, ha cooperado muchas veces a esa otra energía más sugestiva que es la ilusión por el mañana. He aquí por qué sin pensar en ese mañana nos es difícil poderemos explicar las decisiones de esos hombres de empresa que muchas veces sin objetivo visible, como obedeciendo a unos hilos ocultos, se mueven y determinan por los caminos y las acciones más difíciles, aceptan las inversiones que inmediata y directamente menos har de beneficiarles.

También podríamos hablar en el hombre de empresa de un entrenamiento, de una adquisición, de un ejercicio, de un extraordinario «sentido de lo posible». El sentido de lo posible se constituye así como una especie de facultad de inteligencia especial. Las ocasiones que se han de atrapar, la carta que conviene utilizar en

la partida, la selección del camino que hemos de elegir entre otros muchos, son determinados por ese sentido de lo posible, necesario al hombre constructor. Todo proyecto no es otra cosa en la mente del empresario que un uso de lo posible en el futuro. He aquí como un futuro y posibilidad se unen y se convierten en instancia engendradora de nuevas realidades.

Las características del gran empresario coinciden en parte con las premisas necesarias a una política lanzada hacia el mañana. El hombre de empresa y el político están en constante lucha. Esa lucha que aspira a la victoria, reclama, exige la coordinación de fuerzas y voluntades. Mientras el intelectual puro aborrece los agrupamientos se siente disminuido por el acuerdo de los espíritus y por el contrario le parece que conquista su independencia y su libertad en desacuerdo con ellos, el hombre creador necesita para su libertad un previo acuerdo de voluntades que aumente considerablemente su potencia. En la tarea del intelectual es difícil distinguir lo que constituya destrucción de lo que constituya labor creadora. En la lucha del hombre de empresa y del político, dentro de las líneas maestras de un espíritu y de una ideología, la construcción tiene siempre caracteres bien definidos.

Pensar en el futuro, pues, es una de las tareas que más ampliamente garantizan nuestra eficacia concreta. Podríamos hablar de un combate permanente para este futuro. Un combate que no es hostilidad ni guerra. Pues mientras en la guerra la fuerza antagónica se traduce en potencia destructiva, en el combate por el futuro esa fuerza se manifestará en potencialidad de creación. Actuar con una esperanza ilimitada en ese futuro como si realmente ese futuro hubiese de ser tal como aspiramos que sea, es una característica común a los auténticos hombres de empresa y a los auténticos hombres políticos.

Claudio COLOMER MARQUES

mera línea. Tiene una visión clarísima de los peribóicos y una capacidad de trabajo insuperable. Nada de dormir sólo cinco horas. Duerme diez de un tirón, tan ricamente. Se acuesta a las diez y media y a las ocho y media de la mañana se despierta. Pide enseguida el desayuno porque no cena más que una menestra de verdura sin pan siquiera. Café con leche y tostadas. A las once, si está en casa, vuelve a desayunar, pero esta vez, de tener. A las dos, almuerzo. Le gusta la comida a su hora en punto. A mediodía injiere, en fila india, los platos que le pongan. Y eso, sí, hasta la colación de la noche. No está, gracias a Dios, enfermo nunca. Nada le duele. Escribe fácilmente. Ya no hace caricaturas, pero pinta al óleo y a la acuarela. Ha pintado siem-

pre. Es su mayor deleite. Lee en la cama; lee a todas horas. La casa está llena de libros gramaticales y léxicos; de arte, de toros. Mil quinientos libros taurinos y, palabra que los ha leído todos. Posee una abundante biblioteca de volúmenes que tratan de Alicante; todos los publicados referentes a Gabriel y Galán y a la Avellaneda...

Ama el campo y la equitación. Le fastidian los domingos y tiene la peor fama—según él—que puede adquirirse: la de buena persona.

Es de espíritu tímido y un observador magnífico. Odia la inactividad. Fuma negro—diez o doce cigarrillos al día—y quiere dejarse de fumar, pero no puede.

He aquí al ilustrísimo señor don Ricardo García López «K-Hito» a través de su hijo.

DR. GARCÍA AMANDI

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

Mac ARTHUR

1941-1951

Por el Mayor General Charles A. Willoughby
y John Chamberlain

LA GUERRA DE DISTANCIAS

Ante todo, Mac Arthur tuvo que enfrentarse con la realidad geográfica del escenario de la guerra en el Pacífico. Para hacerse cargo de las inmensas distancias, el Estado Mayor del general hizo imprimir un mapa del Pacífico, en el que aparecía superpuesto el contorno de los Estados Unidos; sólo así se lograba una idea aproximada de las dimensiones del campo de batalla. El tonelaje disponible para los transportes era uno de los más serios problemas. No había barcos suficientes para montar el plan de operaciones ni para aprovisionar a las tropas situadas en lugares muy alejados unos de otros. Los riesgos logísticos eran poco menos que insuperables. Además, se contaba con escasos efectivos en hombres y material, y el número de bases militares, así como su dotación, complicaba más aún la situación. Referido a Europa, el campo de operaciones del Pacífico llegaba desde el canal de la Mancha hasta el golfo Pérsico, una distancia dos veces superior, al menos, a las de las campañas de Napoleón, Julio César y Alejandro Magno. Otro inconveniente era la inexistencia de una cartografía adecuada; Nueva Guinea y otras muchas islas, por ejemplo, carecían de representación gráfica utilizable.

Para imaginar las dificultades del terreno basta pensar en Nueva Guinea con sus grandes cordilleras, sus cumbres inaccesibles, sus profundas gargantas y sus junglas que cubren casi toda la isla. Los problemas del clima y de la salud no eran menos graves. El calor agotador se unía a una intensa humedad y a lluvias torrenciales. Las condiciones de vida eran las peores de todas las regiones de la tierra. La malaria pudo ser vencida solamente gracias a unas rigurosas medidas preventivas y la disentería diezmaba a las tropas. Millones de insectos hacían imposible la existencia. Nubes de mosquitos, moscas, sanguijuelas, hormigas, pulgas y otros muchos parásitos atacaban noche y día a los hombres.

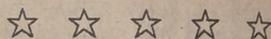
Solamente la lucha contra el mosquito anopheles, transmisor de la malaria, puede servir de ejemplo del genio de la raza humana. Fué una batalla sa-

DURANTE la trascendental década de 1941 a 1951, nadie ha ejercido tan profunda influencia en las operaciones militares y en la política de los Estados Unidos en el Pacífico como el general MacArthur. En este libro, por vez primera, se da un auténtico cuadro del hombre y de su conducta durante aquel periodo de tiempo. La información es auténtica y de primera mano, como debida al general Charles A. Willoughby, jefe del Servicio de Información de Mac Arthur en todos esos años. Es autor también John Chamberlain, que ha desempeñado misiones de primera fila en las publicaciones «The New York Times», «Life» y «Fortune». El libro pone al alcance del lector un gran número de documentos jamás revelados hasta ahora. El relato se inicia con la agresión japonesa y concluye con el relevo del general en el mando del Pacífico. En sus páginas se contesta documentalmente a la pregunta que tantas gentes se hicieron: ¿debió advertir MacArthur a Washington el comienzo de la invasión del sur de Corea? Desde junio de 1949 hasta junio de 1950 se enviaron a Washington 1.195 informes, dando cuenta, por anticipado, de los proyectos enemigos. También se exponen los puntos de vista de Mac Arthur, tomados de informes, comunicados y documentos personales. Desde cualquier aspecto que se le considere se trata de un libro importante y sugestivo. «Mac Arthur 1941-1951» es una valiosa contribución para hacer la historia de muchos de los acontecimientos que han ejercido mayor influencia en nuestro tiempo.

McGraw-Hill Book Company, Inc. New York, Toronto, London.—1954.

había sido nombrado el 27 de julio comandante de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos en el Lejano Este estaba dedicado aún a crear los efectivos militares que pudieran algún día repeler una posible agresión. Había desempeñado durante seis años la Asesoría militar del Presidente Manuel Quezón. Al producirse la agresión s-lamente disponía de unas pocas fortalezas volantes, de un puñado de aparatos tipo «P-40-s»), una reducida flotilla de barcasas de desembarco, unos pocos oficiales bien adiestrados y de dos barcos-transportes. Eso era todo.

A pesar de ello, las fuerzas filipinas y americanas lograron mantenerse en Bataan y Corregidor durante seis meses, impidiendo así que el enemigo sirviera de la bahía de Manila, y que la utilizara como trampolín para nuevas operaciones ofensivas. Unas simples cifras son el mejor exponente del heroísmo de las fuerzas de Mac Arthur: los efectivos filipinos y americanos no cedían de 60.000 hombres y los japoneses alcanzaron el número de 191.939. Las fuerzas de estos últimos estaban perfectamente instruidas para la



MacARTHUR

1941-1951

Here is the man and the complete account of his achievements during the most momentous decade of his life and ours.

This volume is based on authentic documents not hitherto made public.

BY MAJ. GEN. CHARLES A. WILLOUGHBY

MacArthur's Chief of Intelligence 1941-1951

AND JOHN CHAMBERLAIN



nitaria que ganaron la ciencia, los soldados y los jefes, bajo las órdenes de Mac Arthur. En la primera fase de las operaciones de Nueva Guinea, la malaria era un enemigo más temible que los mismos japoneses. Las tropas fueron adiestradas por todos los medios imaginables para hacer frente a la enfermedad, y cada soldado adquirió la preparación necesaria para hacer su guerra personal contra los mosquitos. Los resultados constituyeron el más feliz de los éxitos. Por el contrario, los esfuerzos de los japoneses en este aspecto fueron inútiles. La malaria causó grandes bajas en sus filas, a pesar de que en un principio lograron apoderarse de grandes reservas de quinina. Así pudo decir en una ocasión Mac Arthur:

—La Naturaleza es neutral en la guerra, pero si nosotros la logramos vencer y el enemigo no, se convertirá en un poderoso aliado.

MANILA, CIUDAD ABIERTA

Cuando el 8 de diciembre de 1941 los japoneses atacaron Filipinas, el general Mac Arthur, que

guerra, en contraste con las unidades defensoras que, en su mayor parte, carecían de preparación y de cuadros de mando.

En aquellos días difíciles el general Mac Arthur tuvo que poner en juego todas sus dotes de mando, su inteligencia y su corazón para poder mantenerse. Tuvo de su lado, sobre todo, dos cosas que contaron por varias divisiones. La primera de ellas, el conocimiento profundo que tenía de la mentalidad japonesa, adquirido tiempos atrás durante la guerra ruso-japonesa cuando él era observador en Manchuria a las órdenes de su padre, el general Arthur Mac Arthur. La segunda ventaja a su favor era un conocimiento enciclopédico de todas las acciones bélicas desarrolladas en territorio filipino. Con tal ayuda logró prolongar la defensa de sus posiciones en Bataan y Corregidor, dando oportunidad en ese tiempo a que se organizaran los dispositivos militares para proteger a Australia.

Acercas de las disposiciones del mando, el propio general relata así las operaciones en los primeros días de la agresión a Luzón:

«Mi idea para la defensa inicial de las islas Filipinas era destruir al enemigo en las playas de desembarco. Había tres zonas en Luzón aptas para el desembarco: Norte, Sur y Sureste. Mis efectivos eran muy débiles y los dividí en un Cuerpo, destinado a la zona Norte bajo el mando del general Wainwright; el segundo, en el Sur, a las órdenes del general Jones, y las fuerzas filipinas fueron encargadas del proteger el Sureste. El primer Cuerpo no pudo asegurar la defensa de las playas del norte de la isla y tuvo que retroceder hacia Bataan. Tuvo lugar otro ataque en el Sur, y en la misma noche tuve conocimiento de un desembarco realizado en el Sureste. De haber intentado mantener las posiciones, el enemigo habría logrado con la mayor facilidad dividir y cercar mis fuerzas para destruirlas. Inmediatamente ordené a Jones que se retirara a marchas forzadas con dirección a Bataan, a través de Manila. Dispuse que Wainwright se mantuviera a toda costa en el Norte para cubrir los flancos hasta que Jones tomara posiciones en Bataan. Realizados con fortuna estos movimientos evacué Manila y la declaré ciudad abierta para salvarla de su destrucción. De esta manera pude atrincherarme con la mayor parte de mis efectivos y obligué al enemigo a que emprendiera el sitio de Bataan y Corregidor. Esta decisión fue una de las más trascendentes de toda la guerra.»

Hacia el final de enero, y tras infructuosos ataques a Bataan y Corregidor, el general Homma, que mandaba las fuerzas japonesas, tuvo que pedir refuerzos. El general Sugiyama, jefe del Cuartel General Imperial, fue a Manila a estudiar la situación. Quedó convencido de que Bataan no podría ser conquistado sin más efectivos. Se dispuso que se reforzaran las unidades atacantes con la IV división y una brigada mixta, procedentes de China con un grupo de artillería pesada, de Hong-Kong y varios grupos de bombarderos que tenían sus bases en Burma y Malaya. La defensa de las posiciones filipinas influía así desde Hong-Kong hasta Singapur. Tokio veía trastornados sus planes, tan cuidadosamente elaborados. Cuando Mac Arthur se retiró a Australia, y antes de que explotara el último obús en Bataan o que se arriara la bandera en Corregidor, el regreso a las Filipinas estaba ya meticulosamente planeado por las fuerzas americanas.

YO VOLVERE

El 22 de febrero de 1942, el Presidente Roosevelt ordenó a Mac Arthur que saliera de Filipinas con dirección a Australia. Dos semanas más tarde el general permanecía aún en Corregidor. El no deseaba por ningún motivo dejar la isla. Tenía el proyecto de organizar un contraataque contra las posiciones japonesas y de extender una guerra de guerrillas por el interior del país. Sin embargo, tuvo que acatar las órdenes y el día 10 de marzo llamó a su presencia al oficial John Bulkely para que le informara del estado de las cuatro barcas, modelo «PT», del tercer escuadrón. Las embarcaciones estaban accionadas por motores «Packard».

Amparado en la oscuridad de la noche, el grupo constituido por Mac Arthur y 18 oficiales a sus órdenes, se presentó en los muelles de Corregidor. Por los alrededores había bastante gente que de-

seaba presenciar la salida. Mac Arthur encomendó el mando de las fuerzas al general Jonathan Wainwright, y le dijo:

—Permanece hasta que yo vuelva por ti.

Con lágrimas en los ojos, Wainwright aceptó el mando. Mac Arthur estrechó sus manos y pronunció estas palabras:

—¡Yo volveré!

Es posible que los japoneses observaran los preparativos de aquella noche, pues lo cierto es que la costa se llenó de puntos luminosos que servían de señales. El mar estaba agitado y la visibilidad disminuía. Se dió la orden de marcha. Se puso proa a las islas Cuyo. La barcaza número 2 se adelantó a las demás. Al cabo de algún tiempo se dió vista a un destructor. Pero fue una falsa alarma.

Mac Arthur dió después la orden de hacer rumbo a Cagayan, en la costa norte de Mindanao. Al fin se divisó un pueblecito en la costa y se desembarcó en él. Era una localidad muy próxima a Cagayan. En aquel lugar había una pista de aterrizaje, pero ningún aparato. Transcurrieron tres días desde la llegada sin que pudiera el Mando americano enviar aviones para transportar a Mac Arthur y a su séquito. La situación era muy delicada, ya que los japoneses dominaban Davao, en el otro extremo de la isla. La presencia del general allí no pudo mantenerse en secreto y la noticia se divulgó por las aldeas inmediatas.

El 16 de marzo, dos fortalezas volantes tomaron tierra al fin, y en la oscuridad de la noche emprendieron el camino de regreso, llevando a bordo al general.

El día 6 de mayo se dió a conocer la caída de Corregidor en manos del enemigo.

A su llegada a Melbourne Mac Arthur fue acogido con fervientes muestras de entusiasmo. En el Parlamento australiano, reunido en sesión extraordinaria, el embajador norteamericano, en representación de los Estados Unidos del Congreso y en nombre del Presidente, otorgó a Mac Arthur la Medalla de Honor, la más alta condecoración de la nación.

EL ASALTO AL JAPON

Mac Arthur, desde el comienzo de la guerra, adoptó tres importantes decisiones, que influyeron decisivamente en el resultado final: la primera, como se ha dicho, fue atrincherarse en la península de Bataan lo que hizo detener el impulso ofensivo del enemigo durante seis meses, vitales para ordenar la resistencia de las fuerzas americanas. La segunda gran decisión fue hacer frente a los japoneses en Nueva Guinea, con lo que evitó la invasión de Australia y elevó la moral de las naciones amenazadas por los agresores. La tercera decisión fue lanzarse, tan pronto como pudo, a las Filipinas.

LA MUSA FUSILADA

DMYTRO BUCHYNSKYJ

firma un interesante estudio que ocupa cinco páginas del número 36 de

"POESIA ESPAÑOLA"

sobre la obra de los poetas ucranianos asesinados por los comunistas

Pida usted

"POESIA ESPAÑOLA"

en quioscos y librerías, o a la Administración: Pinar, 5, Madrid

Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS

Reconquistadas las islas, Mac Arthur pensó ya en la invasión del Japón. Se capturaron unos documentos secretos relativos a unas conferencias celebradas por el Alto Mando japonés. En ellos se ponía de manifiesto el desgaste militar que había sufrido el enemigo y la incapacidad de su industria pesada para hacer frente a las circunstancias. Al propio tiempo, Washington interceptó el llamamiento del embajador japonés en Moscú, pidiendo al ministro de Asuntos Exteriores ruso que su Gobierno intercediera ante el de los Estados Unidos para lograr un armisticio.

Según Mac Arthur, el Japón estaba ya en disposición de recibir «le coup-de-grace», y no debía permitirse la intervención rusa en los últimos momentos, para que luego no pasara la cuenta y pudiera intervenir con las manos libres en la soviétización de Asia. Sin embargo, Mac Arthur no pidió un ataque atómico. Es más, el propio general desconocía la existencia de la bomba atómica hasta pocos días antes de su lanzamiento.

Los planes de Mac Arthur eran conocidos por el nombre «Downfall», y consistían en dos operaciones sucesivas: la «Olympic», asalto preliminar al sur de la isla de Kyushu, y la «Coronet», desembarco en Honshu, corazón del Japón. Mientras se trabajaba activamente en preparar esas acciones de guerra, las Conferencias internacionales que se celebraban al mismo tiempo hacían prever la inutilidad de la operación «Olympic». La Conferencia de Potsdam colocaba al Japón ante dos soluciones únicas: o entregarse o ser destruido. Con su habitual golpe de vista, Mac Arthur estudió la posibilidad de la rendición japonesa, y elaboró los planes para una eventual ocupación pacífica. Estos proyectos fueron bautizados con el nombre de «Blacklist». El texto de estos planes fue elevado a la superioridad el 16 de julio y estudiado días más tarde en la isla de Guam, comparándolo con el proyecto «Campus», elaborado por la Armada. Washington se mostró partidario del plan «Campus» que suponía el control naval de Tokio, la captura de posiciones clave en la costa y la adopción de medidas de seguridad aéreas. Mac Arthur rechazó el proyecto por considerarlo imprudente desde el punto de vista estratégico, y peligroso tácticamente.

«Las fuerzas navales —decía— no están preparadas para ocupar un territorio hostil, que conserva gran número de divisiones intactas.»

Para confirmar el «ultimátum» de Potsdam se dió mayor impulso a la ofensiva aérea contra el Japón. Las fortalezas «B-29» hacían más de 1.200 salidas semanales desde sus bases de las Marianas. La III flota rondaba las costas japonesas y las bombardeaba con impunidad. En los últimos quince días de guerra, la V y la VII Fuerzas Aéreas realizaron 6.372 salidas solamente contra Kyushu.

BOMBARDEO ATÓMICO Y RENDICIÓN

El 7 de agosto, el Presidente Truman asombró al mundo con una histórica declaración:

«Hace dieciséis horas, un avión americano ha arrojado una bomba contra Hiroshima. Esa singular bomba tenía más poder que 20.000 toneladas de explosivos. Se trata de una bomba atómica...»

Ante el eco de este cataclismo, Rusia declaró la guerra a los días siguientes, después de haber observado durante cuatro años una sospechosa neutralidad, que permitió a las divisiones japonesas lanzarse con libertad de movimientos contra Nueva Guinea y Filipinas, en lugar de ser retenidas entonces en la frontera de Siberia.

El 9 de agosto, una segunda bomba atómica destruyó la ciudad de Nagasaki, envolviéndola en una nube de 50.000 pies de altura, visible a más de 175 millas. La elección de Nagasaki fue accidental, debida a las condiciones meteorológicas. El objetivo que en un principio se designó fue Kokura. Esta localidad escapó de la destrucción por una jugada del destino, pero 100.000 ciudadanos sucumbieron en Nagasaki.

Con sus recursos militares agotados, con sus líneas de aprovisionamiento bloqueadas, con su pueblo y ciudades sin defensa ante la nueva arma de guerra, el Gobierno japonés cursó instrucciones a su ministro en Suiza para que informara a los aliados que estaba dispuesto a aceptar el ultimátum de Potsdam. Los Gobiernos inglés, soviético y chino dieron su conformidad a la propues-

ta americana que designaba a Mac Arthur para asumir el control y la administración del país rendido.

Desde el momento en que los japoneses aceptaron la rendición, una serie de mensajes urgentes por radio se cursaron entre Manila y Tokio. Mac Arthur solicitó que el Gobierno japonés enviara a Manila una representación para llevar a término la rendición. Tokio envió, la mañana del 19 de agosto, una Delegación presidida por el teniente general Torashiro Kawabe. Sin que transcurrieran tres horas desde su llegada, la Delegación fué conducida por el general Willoughby al Cuartel General de Mac Arthur, quien no se hizo visible. Las conversaciones tuvieron lugar ante el jefe del Estado Mayor.

El día de la rendición, Mac Arthur decidió ir al Japón. Los americanos, en la proporción de uno contra cientos, fueron desembarcando en territorio enemigo, entre millares de soldados japoneses que permanecían armados y dispuestos a cumplir cualquier orden de mando de sus superiores. Había 22 divisiones japonesas, más de 300.000 hombres aguerridos y bien pertrechados, en Kwantung Plain, donde Mac Arthur, sin armas y sin ser esperado, iba a tomar tierra. Cuando el aparato que conducía Mac Arthur aterrizó en Atsugi, el mundo quedó admirado. Pero el general conocía la psicología de los orientales. Ni un solo ruido rompió el aire cuando cesaron de funcionar los motores del avión. En los contornos había 30.000 soldados japoneses inmóviles, con sus armas en la mano. Mac Arthur, sin conmoverse, tomó el camino de su primer Cuartel General en tierras del Japón. Más tarde, Winston Churchill dirigiéndose al embajador americano Aldrich, decía:

«De todas las pruebas de valor de esta guerra, considero la más grande el aterrizaje de Mac Arthur en Atsugi.»

La capitulación formal tuvo lugar una mañana de domingo, el 2 de septiembre de 1945, a bordo del buque insignia de la III flota de los Estados Unidos, «Missouri». En la cubierta del buque había nutridas representaciones de todos los países que habían combatido en el Pacífico.

A las 8,45 de aquella mañana Mac Arthur se dirigió al «Missouri», a bordo de un destructor. Allí esperó la llegada de los delegados japoneses. Quince minutos más tarde llegaron éstos al costado del buque, en una pequeña motora. El primero que puso el pie en la escalerilla fué Mamoru Shigemitsu, ministro de Asuntos Exteriores. Mac Arthur, en un camarote, bromeó durante largo rato con su séquito, mientras los japoneses esperaban tristes y llenos de amargura sobre cubierta. Finalmente, Mac Arthur, Nimitz y Halsey salieron del camarote. El sol luchaba por asomarse a través de las nubes. Con serenidad y con expresión severa, el general miró a los japoneses y habló ante un micrófono:

—Estamos reunidos aquí, representantes de los poderes militares para concluir un solemne pacto a fin de restablecer la paz. Las conclusiones han sido determinadas en los campos de batalla y aquí no se van a discutir...

Ante las indicaciones de Mac Arthur, el ministro japonés firmó dos veces: una, en un libro, con el texto de la rendición en inglés; la otra en un libro redactado en japonés.

GUERRA EN COREA

Cinco años después de la espectacular derrota de una de las mayores potencias militares de la tierra, el Japón Imperial, Mac Arthur, el victorioso en aquel conflicto, tuvo que enfrentarse con dos de los satélites de los comunistas: Corea del Norte y China roja. El VIII Ejército, con un brillante historial en el Pacífico tuvo que combatir nuevamente, con una desproporción numérica de uno a diez. Los Servicios de Información americanos había recogido desde tiempos atrás datos reveladores de la agresión que se preparaba.

El primero de septiembre de 1949 se supo que tropas comunistas chinas se habían introducido en Pyongyang, disfrazados de refugiados. Una división de esas tropas entró en Corea del Norte procedente de Manchuria. A partir de esa fecha, cada día llegaban noticias aun más alarmantes. Estos informes, que se transmitían a Washington,

vía Tokio, eran considerados como sin fundamento: Mac Arthur no tenía oficialmente ninguna atribución en Corea que constituía un enclave bajo la jurisdicción del departamento de Estado.

Las fuerzas armadas de Corea del Sur estaban organizadas en diez divisiones, con personal valeroso y con alto espíritu patriótico, pero estaban equipadas más que como fuerzas de primera línea como efectivos de Policía. Esta inexplicable decisión fué adoptada por Washington sin consultar con Mac Arthur, que estaba en completo desacuerdo. Este error fundamental fué explotado inmediatamente por los comunistas, quienes organizaron unas fuerzas militares bien dotadas y entrenadas, dispuestas a pasar a la acción en cualquier momento.

Las censuras no deben ser dirigidas por no haber podido averiguar la hora y el día exactos del ataque, sino por los errores padecidos en la puesta a punto de las fuerzas militares surcoreanas. Los comunistas al lanzarse al ataque poseían carros de combate artillería y fuerzas aéreas, todo lo cual les faltaba a los surcoreanos. Fué un grande y fatal error.

Al producirse la agresión, la única misión de Mac Arthur en Corea era la de evacuar a los americanos de allí. Tan pronto como el embajador americano John Muccio solicitó los medios para la evacuación, fueron transportadas más de 2.000 personas, sin un solo accidente. Cuando aun no se había consultado con el Cuartel General de Mac Arthur, éste recibió repentinamente una orden de Truman para intervenir en Corea. El Presidente bautizó esta intervención como una acción de Policía. Washington abrigaba la esperanza de que una simple exhibición de fuerzas militares bastarían para restablecer la paz. El general Mac Arthur fué nombrado comandante de las fuerzas de las Naciones Unidas para «devolver la paz, el orden y la unidad en toda la península de Corea».

Inmediatamente después de recibir esas órdenes, el general se trasladó al frente de Corea. En un aparato desarmado y sin escolta, tomó tierra en Sinwon, a unas 20 millas al sur de Seúl, en un campo de aterrizaje que había sido alcanzado por las bombas del enemigo. En un automóvil salió al instante en busca de sus tropas. Las fuerzas surcoreanas estaban en plena retirada. Llegó a tiempo de dirigir las operaciones encaminadas a defender los puentes del río Han. Seúl estaba ya en poder del enemigo. El desastre era completo.

AHORA VOLVEREMOS A CASA

Probablemente jamás en la Historia un Mando se enfrentaba con una situación tan desesperada. Como Mac Arthur esperaba, la entrada en fuego de las escasas tropas americanas permitió llevar a feliz término la lenta retirada de los surcoreanos. El enemigo, en lugar de explotar el éxito y lanzar sus carros de combate adelante, se entretuvo diez días en desplegar sus divisiones en una extensa línea de frente. Aquellas horas perdidas fueron la salvación. Así el propio general pudo declarar días después:

—Con el despliegue de mi VIII ejército ahora terminado, la primera fase de la campaña ha concluido, y con ello toda esperanza de victoria para el enemigo.

Pero pronto se entraría en una situación totalmente nueva: la intervención abierta de China en la contienda. El 6 de octubre, las Naciones Unidas aprobaron el paso del paralelo 38, y el general recibió órdenes de dirigirse hacia el Norte. El plan estratégico para esta acción fué aprobado por Washington. Con el avance de las fuerzas americanas fueron hechos prisioneros numerosos soldados chinos, y los Servicios de Información precisaron que unidades regulares de China estaban estacionadas a lo largo del río Yalu. Mac Arthur tuvo datos completos de la situación de 56 divisiones chinas en Manchuria, organizadas en 16 Cuerpos de Ejército, con un total de 423.000 hombres más fuerzas auxiliares que arrojaban la cifra de 868.000 combatientes. Al propio tiempo iban llegando nuevas divisiones del centro de China. El 26 de noviembre de 1950, el Mando comunista lanzó todas sus fuerzas a través del río Yalu y las hizo entrar en fuego. La situación de las fuerzas americanas se hizo trágica.

La primera reacción de Mac Arthur fué orde-



Los generales Mac Arthur y Willoughby durante la pasada guerra

nar a las fuerzas aéreas la destrucción de seis puentes sobre el río Yalu, por donde pasaban el grueso de los suministros de los atacantes. Pero Washington dió contraorden. Aun permanecen intactos. Al saber la negativa, el general dijo:

—Es la primera vez que se me desautoriza para emplear mis atribuciones militares y tratar de salvar la vida de mis soldados...

Mac Arthur logró estabilizar sus líneas en enero, y por razones psicológicas y militares intentó alcanzar la línea de Seoul, que serviría de base de partida para liberar de enemigos el norte de Corea. Los comunistas planean una ofensiva en abril, pero Mac Arthur se anticipó a ella, contratacando con feliz resultado. En mayo hicieron un nuevo intento y perdieron 16, de las 21 divisiones chinas, más de la mitad de sus efectivos. Mac Arthur vió claro que la debilidad de las fuerzas chinas aconsejaba entonces un ataque al «santuario» de China. Recomendó a Washington que se le permitiera bombardear las instalaciones militares al norte del río Yalu, bloquear la costa China, para evitar el aprovisionamiento, y reforzar sus efectivos con unidades de los nacionalistas de Formosa.

El 14 de enero de 1952, Truman envió un mensaje personal a Mac Arthur, que concluía con estas palabras: «La nación entera está agradecida a su dirección acertada de la lucha en Corea y al soberbio comportamiento de sus tropas, en las más difíciles situaciones.» Menos de tres meses más tarde, en vísperas de otra victoria, Truman de repente, sin previo aviso, relevó a Mac Arthur del mando. La perentoriedad de la orden le impidió despedirse de sus soldados.

Se había pensado en un principio que fuera Frank Pace, Jr., secretario de Guerra, quien entregara a Mac Arthur, en la Embajada de Tokio, la orden de dimisión. Pero el 12 de abril la radio se adelantó en dar la noticia. Mac Arthur y su esposa atendían entonces a unos visitantes, cuando Sid Huff, ayudante del general, escuchó la noticia. Con lágrimas en los ojos llamó a la esposa de Mac Arthur para comunicarle la novedad. Ninguna emoción se reflejó en el rostro del general. Se volvió hacia su esposa y dijo con serenidad:

—Ahora, Juana, volveremos por fin a casa.



SEVILLA ES BUENA SI EL RIO SUENA

UNA VICTORIA EN LA GRAN ETAPA INDUSTRIAL DE LA CIUDAD

CUANDO LA LEYENDA SE CONVIERTE EN PROGRESO

QUE si el oleoducto. Que si las bases. Que si van a ponerle a la Giralda una peñeta de radar, una especie de giraldillo utilitario y técnico que, con sus vueltas, vigile el paso de aviones por la región aérea del Estrecho.

Quizá las grandes corrientes de simpatía que el solo nombre de Sevilla origina y despierta en el mundo hayan influido también un poco en la decisión estratégica de proteger mejor el cielo luminoso de una ciudad que es novia y archivera de América. Hayan influido en el propósito de guardar de cerca y con aviones modernísimos, pilotados quizá por jóvenes Caballeros de Colón, el descubierta y limpio cielo sevillano, bajo el que, sostenido por heraldos de bronce, duerme su sueño de almirante el Descubridor.

Y es que, no por ser una ciudad indefinible é indefinida esa Sevilla la llana, tan abierta, alegre, acogedora y, entre otras muchas cosas, hasta fiada a las geniales improvisaciones, deja de tener su contorno y espacio, su cintura y su talle.

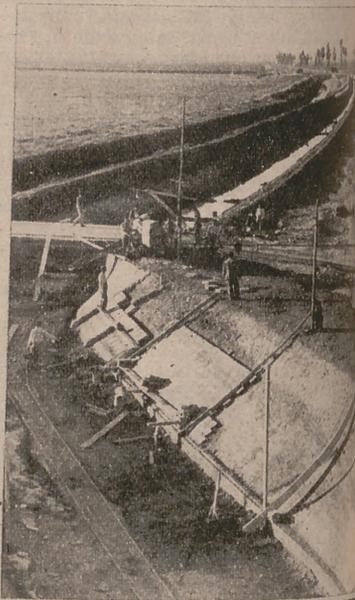
Cierto que estaba ya Tablada para defender la ciudad de ataques aéreos, pero no está de más el mayor abundamiento, porque en una guerra total es preciso prevenir toda sorpresa.

En una guerra psicológica puede ser señalada una preferencia por el Archivo de Indias, tendón de Aquilés del orgullo y cofre grande de lo que pasó. Y el fósforo líquido le puede a la caligrafía.

ABANICO Y POSTAL DE COLORES

Hasta las macetas y las rejas floridas del barrio de Santa Cruz, los jardines de Murillo, los claveles del parque de María Luisa, que se suben solos a las mantillas, la palmera, la buñolería, el cajón de ostras, el estante de castañuelas, el borrico del organillero, la tira del ciego y el corro del matarile pueden ser objetivos seleccionados de una guerra absoluta, que es precisamente la que considera como relativos todos los respetos, miramientos y contemplaciones.

La bomba más gruesa sobre la porcelana más fina, sobre el abanico, las postales de colores, los palillos, las quincallas. Y bien espantoso sería el ver cómo los rosarios de bombas «coventrianas» o «hamburguizas» una ciudad en la que los balcones, las rinconadas, las esculturas, los pasadizos, los arcos, las inscripciones y pinturas de azulejos y hasta el mismo nombre de mu-



Arriba: Poblado de Villa Franco de Guadalquivir, importante zona arrocera de la marisma.—Abajo: Gigantescas obras de canalización a través de la isla Mayor

chas calles recuerdan la aventura nocturna de un rey, las inspiraciones de un poeta, la historia de una hermosa, un episodio feliz o desgraciado, un amor, un duelo, un rapto, una fábula, una fiesta.

La calle estrecha y solitaria con la reja del cochicheo y las plazas plantadas de naranjos. Las grandes avenidas de rápido y brillante tráfico automóvil y de coches de caballos por entre palmeras y el bullicio a pie de la calle de las Sierpes. Estos y otros muchos contrastes habría que defender con la alegría y la pena, el surtidor y el pozo.

Pero es que hay algo más, que no todo son panderetas de tipismo en esta Sevilla única. Hay sonajas alegres, pero también existe el golpear del martillo sobre el yunque, que puede hacer-

lo, si es que así le place, el compás de una alergia insustituible. Y es que también hay en Sevilla industrias aeronáuticas, astilleros, naves textiles de HYTASA, talleres metalúrgicos, depósitos de material ferroviario y lugares para su reparación y, además de otros muchos objetivos de defensa vital, está el puerto en el río, con los muelles de atraque y con los barcos. El Guadalquivir, que nos dice que si todos los ríos van a dar a la mar, éste es, desde Sevilla, de los que van hacia la desembocadura marítima con calado suficiente para la navegación de alto bordo.

SORTILEGIO DEL ABRETE. PUENTE

A cien kilómetros del mar libre, el puerto de Sevilla está situado en la más larga línea de penetración naval con que nuestro país, con muchos más puertos marítimos que fluviales, cuenta. Y es que el río de Sevilla es tan salado que a cien kilómetros de distancia ya está hecho un bazo de mar.

Un puerto privilegiado y un tramo navegable que ha hecho a la ciudad, pese a ser el río tan calmoso y equilibrado que en 100 kilómetros, hasta el mar, su pendiente o desnivel no llega ni siquiera a los diez metros.

Tan importante y vital le es a Sevilla su río, que hasta por él le llegó el golpe decisivo de su reconquista con aquellas naves de Bonifaz que, a golpe de quilla, rompieron el puente de barcas que unía la plaza sitiada con el barrio de Triana.

Este puerto de río es como un cordón umbilical que facilita la salida al mar de mercancías procedentes de la casi totalidad de las provincias de Sevilla y Córdoba, la zona noroeste de la de Jaén, gran parte de la de Ciudad Real, las de Badajoz y Cáceres por completo y algunas franjas de las de Toledo y Salamanca. O sea que actúa como una ventosa gigantesca que in-fluye en una extensión territorial de 80.000 kilómetros cuadrados. Puede afirmarse que la cuenca económica del puerto de Sevilla llega a abarcar a una sexta parte de la extensión de España.

He ahí la importancia de esos puentes partidos por gala en dos, que se abren mecánicamente para que pasen sin choque los mástiles y chimeneas de los barcos. Esos puentes que tienen que separar tantas veces sus gigantes casamanzanas y levantarlas al aire para que el tráfico del puerto fluvial no decrezca del millón doscientas mil toneladas anuales.

Por eso, porque el tramo navegable del Guadalquivir es tan importante para la ciudad sevillana y para todo el país, las operaciones de dragado y defensa de márgenes han llegado a ser, con los años, para el viejo Betis casi un acto fisiológico, y no cabe duda de que si el puerto de Sevilla es un tan importante pulmón comercial, el dragado de su río, la defensa de los márgenes y hasta las secciones que se hacen en la barra de la desembocadura, en lucha con el océano en Sanlúcar de Barrameda, son operaciones que permiten una expectación mejor a la sexta parte del territorio español, que así puede, más



fácilmente, espirar e inspirar fardos de mercancías por este puerto de agua dulce.

ARENAL DE SEVILLA Y OLE

El río de Sevilla tiene que limpiar fondos como si fuera un barco, tal es la asimilación de maneras que este río viejo ha llegado a tener con las quillas que lo navegan. Y hasta puede decirse que, como un barco, el Guadalquivir tiene bandas de estribor y babor, en las que hay que vigilar que no se produzca ninguna vía de agua. El colmo.

Pero éste no es un problema exclusivamente bético, ya que la mayoría de los puertos de río, y hasta, entre ellos, los que tienen un gran estuario, precisan que un frecuente dragado les mantenga en condiciones de tráfico naval.

Los aterramientos, producidos por los arrastres del río, suelen aterrorizar a las Juntas de Obras de casi todos los puertos fluviales. Y la Naturaleza no ha hecho gracia ni dispensó al de Sevilla de este inconveniente, sino que este puerto no es menos que los otros en lo que a necesidades de dragado se refiere.

Las cantidades de limo y arena que anualmente se extraen del cauce navegable del Guadalquivir varían mucho, según haya sido o no, uno de esos años de «ría». Si todo ha ido bien y no ha habido desbordamientos ni fuertes avenidas, la media anual de extracciones es de 500.000 metros cúbicos de limo y tierras que

constituyen un buen fertilizante, pero si sobreviene alguna fuerte crecida, las dragas tienen que trabajar después de una manera tan intensiva que a veces se llega a los dos millones de metros cúbicos de aportes arrancados del cauce navegable para que éste continúe siéndolo.

O sea que para que las planchas de corcho puedan salir en fardos aguas abajo, para que las barricas de la aceituna de verdeo lleguen fácilmente a la exportación, las cajas de naranjas naveguen sin daño, el carbón suba río arriba hasta los depósitos, el hierro llegue a los talleres y el acero laminado pueda desembarcarse felizmente, es preciso que las dragas trabajen de una manera arrastrada. Para que el río suene con sirenas (y en Sevilla, cuando el río suena es muy buena señal), antes tienen que pintar las embarcaciones de la limpieza y echarse río abajo para peinarlo poco a poco con su rodar de norias flotantes que no buscan agua, sino que la tierra del fondo quede cogida en su conjunto de cazos que rezuman como espumaderas.

A medida que aumenta el tonelaje de los barcos, es como si se levantara el fondo del río,

Fábrica de papel en Villa Franco del Guadalquivir



que no constituía ningún problema en tiempos de las carabelas y los galeones. Ahora es cuando se exige cada vez un esfuerzo mayor para permitirles a las embarcaciones una navegación feliz por un tramo de río que admite, sin peligro de que queden plantados en la mitad, barcos de hasta veintidós pies de calado. Pero ahora de lo que se trata es de aumentar la navegabilidad del Guadalquivir hasta Sevilla, por lo menos, hasta hacerla apropiada para buques de hasta veintiocho pies ingleses de calado, que por llevar más carga, pueden ser de flete más económico.

EL POSIBLE PUERTO INDUSTRIAL

La bien lograda desviación del río, a su paso por Sevilla, indica que este tramo del Guadalquivir está ahora en una fase de transición y que las obras acometidas son una primera parte de otras importantes operaciones a realizar en la ría. Una de ellas puede que sea la tan discutida dársena, respecto a cuya conveniencia las opiniones parece que se han puesto ya de acuerdo. Otra es la del puerto pesquero. Pero una cuestión mucho más importante, es la de que conviene construir un canal navegable, cerrado por esclusas, que lleve al mar por un recorrido que se trazaría en la margen izquierda del río. Se calcula que los gastos que ocasionaría la construcción de este canal serían, entre trabajos de excavación, revestimiento, esclusas, expropiación de terrenos..., del orden de unos 745 millones de pesetas, que serían una buena inversión que, de una vez, ahorraría otras muchas que ahora tienen que hacerse en los continuos dragados, corrección de márgenes, corta de meandros y apertura de la barra de Sanlúcar de Barrameda. Dicen que este canal cerrado podría regularse, no iba a estar afectado por los aterramientos y su nivel se mantendría fijo, sin someterse a crecidas (que para este caso estarían los canales de desagüe), a los estiajes o a la alta y baja mar.

Pero, mientras se discute la conveniencia imprescindible de un

pequeño canal de Suez sevillano, en lo que coinciden los hombres más emprendedores y de más clara visión económica es en la clarísima posibilidad de que el cauce navegable bético, el de nueva construcción o el que está ahora, puede convertirse en un largo y útil puerto industrial en el que los barcos lleven y traigan materias primas y productos terminados en un vaciar y llenar las bodegas casi a pie de máquina, sin gastos intermedios de transporte, sino del depósito a la panza del buque, en un giro y vaivén de grúa. Y esto sin aperturas. En una línea tan larga que llega casi al centenar de kilómetros.

La idea ambiciosa de un puerto industrial a las márgenes de la más larga vía de penetración naviera con que España cuenta se ve reforzada en las obras que actualmente se acometen para intentar la navegabilidad del Guadalquivir hasta Córdoba, y hasta en la certeza de que la puesta en valor de extensas tierras regables en la contigua provincia de Badajoz tiene que suponer un gran aumento del tráfico en el puerto de Sevilla y hasta un mayor trabajo en las actuales industrias locales de aprovechamiento industrial de subproductos agrícolas y pecuarios.

Y un necesario complemento a ese puerto industrial es el que la línea de fábricas, molinos arroceros y depósitos esté unida entre sí también por tierra, por medio de pistas y líneas férreas a cada lado de la franja navegable y de fabricación.

PROMOTORES DEL AVANCE

El incremento, cada día más grande, que toma el cultivo del arroz en las marismas béticas ya ha hecho surgir molinos y almacenes en esta zona. La empresa Beca y Cia. tiene su puesto en esa colonización de las marismas del Guadalquivir mediante el aprovechamiento arrocero. Don Rafael Beca, Gran Cruz del Mérito Agrícola, ha sido uno de los grandes nombres del avance se-

villano actual, cuya labor continúan sus sucesores. Y ahí están los cotos arroceros y su aprovechamiento como una magnífica realidad, cada día más grande e intensa, a lo largo del Guadalquivir.

Y si esto decimos en el aspecto agrícola, en el de la industria también se encuentran hombres de acción muy destacada, como don Luis Cobián, iniciador de las industrias del acero en Sevilla y promotor de esa magnífica realidad sevillana que son las naves textiles de HYTASA, que nacieron para abastecer de vestuario de campaña al Ejército del Sur durante la guerra de Liberación. Hubo que crear muchas cosas entonces en Sevilla, y don Luis Cobián y otros hombres de empresa, terminada la organización de los «pigueros» y hasta su cabalgar con los célebres caballistas sevillanos de nuestra guerra civil, tuvieron que pensar también en el montaje industrial que remediasse en lo posible, las necesidades de abastecimiento de tejidos.

Esto en el orden agrícola y de la industria. En el ganadero, un hombre destacado en el avance de Sevilla es don Salvador Guardiola. Mientras en el orden naval Sevilla cuenta con nombres tan relevantes como el de la familia Ybarra.

Otro aspecto del avance sevillano es el de la edificación, y en esta materia hay que citar al creador del magnífico barrio de los Remedios, futuro barrio de Salamanca sevillano y que se debe al espíritu emprendedor de don Ramón Carranza, marqués de Soto Hermoso.

Y podríamos citar a muchos hombres más que intervienen activamente en el avance sevillano con sus conocimientos técnicos, con su espíritu de hombres emprendedores o con sus conocimientos en la investigación en los distintos centros experimentales y de técnica que existen en la capital, entre los que destacan el de experiencias algodoneras, en Tabladilla, y el Instituto de la Grasa y sus Derivados, en la avenida de Heliópolis.



MOLINO, CAPACIDAD Y CAPACHO

La industrialización de Sevilla, la cuarta ciudad española por el número de habitantes, es cosa que se produce a ojos vistas, sin que el hecho de que haya ahora chimeneas de fábricas, industrias aeronáuticas, naves textiles y modernísimos molinos de aceite que funcionan «sin capachos» haya hecho perder su gracia y empuje tradicional a la ciudad. Desde los tiempos de los romanos de la Bética, pasando por la dominación árabe, siempre se habían utilizado los capachos para el prensado de la aceituna y formación de tortas de orujo. Ahora parece que la aceituna, en el ruedo del molino, gritó que la dejasen «zola», y ha habido que retirarle algo que se tomaba por indispensable a las fases de su mortificación: los capachos.

Está visto que la gracia es compatible con el Instituto de la Grasa y que éste y todos los demás centros de investigación no solamente constituyen ningún obstáculo para el avance sevillano, sino que el Instituto de la Grasa y todos los otros vienen a ser como el lubricante de ese engranaje industrial que ahora rodea a Sevilla, sin apretarla, como un volante más de su airoso vestido de tipismo.

VICTORIA CON ALAS

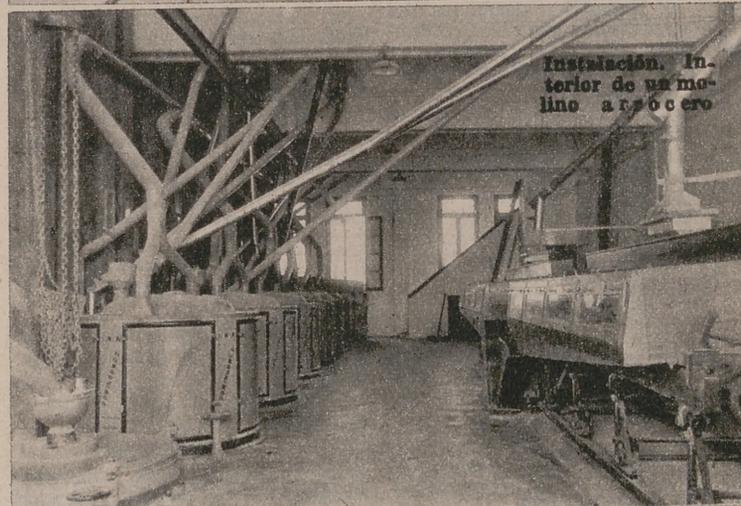
En muy pocos años, desde la guerra de Liberación para acá, ha sido creada la industria metalúrgica sevillana. Cierto que existía ya y estaba muy bien arraigada en lo tradicional, toda una herrería artística, de la que se ven muy buenas muestras por todas partes de la ciudad, en rejas, portales, farolas y adornos, pero de esa forja y casi tejido del hierro las fundiciones pasaron a fabricar piezas de maquinaria, prensas de aplicación agrícola (especialmente dedicadas al aceite, del que es Sevilla la segunda provincia productora), pero además de todo esto ha surgido también la industria pesada, cuyo más grueso calibre se dedica a la construcción aeronáutica.

Hispano Aviación, S. A.; Construcciones Aeronáuticas, S. A., y las Industrias Subsidiarias de Aviación forman la trilogía metalúrgica que en Sevilla se dedica a construir y a reparar aviones escuela y de combate.

En el mismo ramo de la industria pesada, tenemos a la Sociedad Anónima de Construcciones Agrícolas (S. A. C. A.), con fundiciones de hierro y dos hornos eléctricos de 2.800 kilogramos de capacidad total, para la fundición del acero. IADESU, con un horno Siemens de 20 toneladas de carga útil. Tornillerías del Sur, S. A. Además existen cuatro talleres de reparación de material



Un molino arrocero de moderno material, levantado en las marismas



Instalación interior de un molino arrocero

fijo y móvil de ferrocarriles. La Fábrica de Artillería y tres industrias metalúrgicas, privadas, de menor importancia.

Unas diez pequeñas industrias se dedican a la fabricación de tejidos de algodón: driles, lonas, satenes y franelas, con unos 600 telares, que dependen de las hilaruras catalanas.

También existen cuatro fábricas de sacos, que producen 18.000 cada año, y cuatro talleres de pañamanería y cintas, que abastecen a una importante industria sevillana de sombreros, la ISESA, cuya capacidad de producción es de 300.000 sombreros de fieltro.

La industria del vidrio está representada por dos fábricas de vidrio hueco, soplado y moldeado: La Trinidad, S. A., y Vidrieras del Sur.

En cuanto a la cerámica fina, entre la fábrica de La Cartuja, la de San Juan y otras tres industrias más pequeñas, se ha logrado crear un tipo especial, conocido con el nombre de cerámica trianera. Y en estos materiales de construcción hay que citar la fábrica de fibro-cemento, propiedad de la casa Uralita.

La industria corchera tiene dos fábricas en Sevilla: La Armstrong Cork y la Corchera Internacional.

CORIA DEL RIO Y SU EXTRAÑO CAVIAR

Por su rareza, tenemos que decir que en Coria del Río existe nada menos que una pequeña fábrica de caviar. Como se sabe, el caviar es obtenido de la hueva en conserva del esturión, que es un pez que sólo se encuentra en el Volga y en el Guadalquivir. En aquella fábrica también se conserva en aceite el filete de esturión.

Saliendo un poco de la industria propiamente dicha para entrar en la artesanía, es preciso decir que en la provincia de Sevilla existe, repartida por distintas localidades, toda una serie de manufacturas de carácter familiar y rural en las que se manipulan productos naturales, como el crin vegetal, para obtener artículos de cordelería y adorno, o el barré, en la fabricación de tejas, ladrillos y objetos de alfarería. Estas actividades contribuyen a la lucha contra el paro estacional que ocasiona el monocultivo olivarero en algunas comarcas de la provincia. En este capítulo de aprovechamiento de residuos agrícolas es preciso mencionar las industrias que ahora crecen con el empleo industrial de la paja del arroz de las marismas, inapropiada para el alimento del ganado. Esta paja se

Acaba de ponerse a la venta el número 36 de

POESIA ESPAÑOLA

que publica poemas de José María Souvirón, E. Calle Iturrino, Ginés de Albareda, Francisco Javier Martín Abril, Alfonso Pínto, Armando Rojo León, Carlos Prado Nogueira, Jacinto López Gorgé, Diego Fernández Collado y Dora Varona

utiliza para fabricar con ella cartones y papel basto, mientras se hacen ensayos para obtener también con ella papel fino y de manila. En el caso de que se pueda fabricar este tipo de papel tendremos que en una misma zona se producirán grandes cantidades de naranja, el papel para envolverla y hasta la madera para las cajas en las que exportar esa naranja dulce y amarga en la que es pródigo el campo sevillano.

PLANES Y ENERGIA PARA EL FUTURO

Otros avances de la industrialización de Sevilla tienen que ser los astilleros de la Empresa Nacional Elcano. La Constructora del Sur, S. A., dedicada a la fabricación de piezas especiales para automóviles, tractores y aviación. Turegano, S. L., para el sulfato amónico, y en cuanto a la serie de industrias derivadas del campo, se tienen grandes esperanzas en la Empresa Nacional de Industrialización de Resinas Agrícolas y hasta se habla de una gran empresa de celulosa que la obtendrá de la madera.

La extraordinaria riqueza de la agricultura y la minería de la cuenca del Guadalquivir, en la que existen yacimientos de hulla, piritas de hierro, cobre, manganeso, tierras aluminosas, hierro, sílice y sal, así como buenos materiales para la fabricación de cementos, es lo que permite la formación de una industria importante en esta zona, ayudada por la facilidad de comunicaciones que ofrece el tramo navegable del Guadalquivir.

La industria pesada, media y ligera, incluidos los pequeños talleres, absorbe en la provincia de Sevilla 27.000 obreros, que se reparten en 1.174 instalaciones.

Tenemos que decir también que a todos los pueblos de la provincia de Sevilla llega la energía eléctrica, que permite el funcionamiento de las pequeñas máqui-

nas en los talleres de carácter familiar.

Actualmente la Compañía Sevillana de Electricidad tiene en ejecución las obras de la central hidroeléctrica del pantano del Pintado, sobre el río Viar, con una capacidad de producción de 60 millones de kilovatios-hora; una central térmica en Sevilla y tres líneas de alta tensión. La Sociedad Hidroeléctrica del Chorro construye una central hidráulica en Herrera y una línea de alta tensión. La Sociedad Azucarera de Sevilla monta, para uso propio, una central térmica en Los Rosales, mientras Industrias, Fuerzas y Riegos del Genil construye una central hidráulica en Badalatosá. Por otra parte, la sociedad textil sevillana HYTASA ha montado también una central térmica de 2.000 kilovatios para su uso exclusivo, previéndose el montaje de otra central de la misma potencia.

En los planes de la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir se señalan diez pantanos que hagan posible la industrialización de la provincia de Sevilla. De esos diez pantanos, se hallan ya construidos dos, el de Torre del Águila y el de la Cala. Se encuentran en construcción otros dos, el de Pintado y el de Minilla, y en estudio los seis restantes.

LA CASETA Y EL «STAND»

La continua demanda de energía eléctrica que produce la industrialización hace todavía más urgentes las centrales hidro y termoeléctricas que puedan alimentar a esas industrias.

Si clasificamos los problemas fundamentales de la provincia por un orden de urgencias, este de la energía eléctrica suficiente a los planes del futuro quizá podría colocarse en primer lugar, antes de los problemas portuarios y seguido inmediatamente de la desecación de las marismas y, en

general, de todos los terrenos bajos.

Para la desecación de las marismas se emplean tres sistemas. Uno es el de los diques de cerramiento, que defiendan de las aguas salinas mientras se efectúan los desagües. Otro es el de los embalses, por los que se evitan las inundaciones de las aguas del río, como el construido, con este objeto, en el arroyo Salado y los proyectados en el Guadimmar. Y otro sistema es el de sanear la zona por una serie sucesiva de desagües, sistema que da cierta semejanza a las marismas del Guadalquivir con los «polders» de Holanda, en los que se gana terreno al mar.

Es el avance, el avance en todos los órdenes. La implantación de una industria, la puesta en valor de los yacimientos mineros, la colonización de unas marismas que eran casi totalmente improductivas, la potenciación eléctrica para que este crear de fuentes de riqueza pueda seguir adelante y aumentarse. Y toda esa revolución interna y provincial es la que tiene que asombrar a quienes la vean un día en las Ferias de Muestras que esas realidades logradas piden ya.

Porque en Sevilla puede haber Feria de Abril y Ferias Internacionales de Muestras, que ahí está lo que la ciudad y la provincia movilizó y supo hacer cuando la Exposición Iberoamericana de 1929. Y seguir también con las otras solemnidades tradicionales, la Semana Santa, las carretas del Rocío, la Cruz de Mayo, el Corpus.

Pónganle o no a la Giralda una peinetita de radar, Sevilla es ahora como una gran pandereta de sonajas industriales, que los modernos aviones tendrían que defender entera. Y, con ella, la línea más larga de penetración naval con que España cuenta.

Que es lo que queríamos demostrar.

F. COSTA TORRO
(Enviado especial)

La vista se pierde en los campos de arroz que han surgido en lo que hace pocos años era el húmedo desierto y pastizal de las marismas



CARTA IMPORTANTE EN LA VALIJA DE UN EMBAJADOR

ESPAÑA: UNA VOZ QUE NECESITABA LA O. N. U.



NO sé; no sé—dijo mirando el reloj de pulsera.

En verdad, hice de cuña en su bien calculado programa. Pero, después de todo, cuña no desagradable. Porque nuestro embajador en Washington, entre otras muchas ocupaciones y profesiones, es periodista. Y aceptó la convocatoria casi como periodista.

Le miré sonriendo, y fué bastante.

—Siento de verdad no poder disponer de más tiempo. A lo sumo, estaremos juntos hasta las once.

Eran algo más de las diez y media de la mañana. Cuando escuché su programa del día, sentí agobio. Toda una jornada, de de las ocho de la mañana, parcelada —más bien triturada en periodos menores de media hora— entre personas, reuniones y organismos oficiales. Agobiador. Algo de vértigo. Y así, los diez días de su permanencia en España.

—¿Contagio americano?

—No. Imposición de la realidad. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Y resignadamente extendía los brazos, sin cara de ahogo ni preocupación. Al contrario, con gesto alegre, natural, muy explícito y dominador.

Areliza lo parece todo: político, diplomático, periodista, financiero, economista y deportista. Y es joven. Su edad no pasa de los cuarenta y cinco años. Su presencia y elegantes formas y modo de vestir revelan ya al hombre aristócrata.

Conocer de la profesión, se anticipó:

—¿Algo de la O. N. U.?—dijo sonriendo—. Creo que está dicho todo lo que pueda decir.

—Y algo más quería también. Norteamérica y España no se han conocido nunca, y ahora parece haber sido abiertas las puertas en uno y otro lado. ¿No es tema suficiente?

—Fundamentalísimo. Como que es el punto de partida de todo. Eso, el sincero y auténtico conocimiento mutuo, es la base, el punto de amar de unas relaciones firmes y duraderas.

VOZ SIN VOTO

—Desde luego, nuestra actualidad política internacional gira en torno de usted, portador de la carta de invitación a España para que pueda estar presente en la O. N. U. como observador permanente. ¿Son muchas las facultades y atribuciones de un representante de esta índole?

—No tiene privilegios ni inmunidad diplomática especial. Puede asistir a todas las reuniones y deliberaciones, e incluso presencia, los trabajos.

—¿Y voz?

—Exponer opiniones cuando sea invitado a ello.

—Entonces, ¿qué categoría jurídica tiene?

—No es figura jurídica enmarcada en la Carta fundacional. Es una creación que responde a decisión del secretario general.

Dag Hammarskjöld se llama el actual secretario general. Periclitadamente, y en atención a los lectores, se le conoce por «Mister H.». Más rápido y cómodo. Personalmente, este aristócrata sueco es joven, afable, noble, muy simpático y abierto. Probable candidato al Premio Nóbel de la Paz. Aunque aristócrata, algo medido a socialista.

Nuestro embajador sonríe, y no se extraña. ¡Son tantos ahora! Sí, son muchos los potentados que juegan a socialistas. Y también, los socialistas que se hacen potentados. Pero ésta no es nuestra cuestión.

—Dag Hammarskjöld, ¿qué consideraciones tuvo con usted?

—Siempre muy cordial y simpático, a pesar de su forzada posición neutra y objetiva, como secretario general.

Merece, por cierto, una ponderada consideración ese cargo de secretario general de un organismo internacional como la O. N. U. Basten los destellos, esas simples referencias que la Prensa suele dar de sus debates. Allí no hay puñetazos ni otras agresiones como en los Parlamentos de Francia o Italia; pero... El pero está en la lucha sorda, en los combates subterráneos o entre pasillos. Los torneos retóricos de las sesiones no son más que batallas dialécticas cara al público.

Y Dag Hammarskjöld se ha encontrado, por obra del veto soviético, que hay muchos países fuera de aquel organismo. Entre éstos y los que no han podido reunir los siete votos mínimos del Consejo de Seguridad suman veintinueve. Muchos países. Y muchos seres humanos. Un total de 700 millones de personas, es decir, un tercio de la población mundial, representan esos países.

—¿Han entrado muchos observadores permanentes?

Se levanta rápido y consulta una agenda que había en su mesa de despacho. Lee en voz alta:

—Hasta ahora, Italia, Alemania, Japón, Suiza, Finlandia, Austria y Corea del Sur.

—Así, que el carácter de esta presencia es...

—Oficioso.

LA O. N. U., CENTRO DE INFORMACION INTERNACIONAL

—¿Y qué interés, qué beneficios puede reportarnos esto?

El conde de Motrico, sin apenas modificar su derecha posición, golpea con el puño derecho la palma de la mano izquierda. Ensancha un poco el pecho. Da la impresión de haber salido de un trabajo pesado, continuo y muy laborioso. Respira hondo.

—Tiene doble interés.

Y sigue el match entre las dos manos. Pero ya se le nota, al hablar, cierta satisfacción. Habla el diplomático que ha traído en el bolsillo una buena baza internacional.

—En primer lugar, borra todos los antecedentes artificiosamente creados en aquellas sesiones de 1946.

—¿Rectificación?

El embajador español queda indeciso. En realidad, no tiene datos oficiales con qué aseverar nada.

—Entonces, ¿qué recursos, qué apoyo utilizó el secretario general para decidir esta invitación a España?

—Consultó a una serie de países. Todos respondieron afirmativamente, a excepción de uno.

—Se supone quién pueda ser. Si no pone veto, deja de ser la Rusia soviética.

La sonrisa de nuestro embajador parecía manifestarme que no son las cosas tan fáciles como luego se ven en la escueta información. La maraña jurídica de un organismo así, con todo el cúmulo de acuerdos precedentes, es algo que puede enredar y detener las deliberaciones hasta el infinito. Por eso, su sonrisa, no irónica, pero sí generosa para mi superficialísimo conocimiento del tema, parecía decirme: «(Si usted supiera)». Ahora, con las manos juntas, me observaba él. El entrevistado se convirtió en periodista que sondeaba al periodista entrevistador.

—Bien señor Areliza, decía usted que ese puesto de observador permanente tiene para nosotros un doble interés. ¿Cuál es el otro?

—Uno de carácter práctico. El estar allí supone poder obtener un caudal abundantísimo de información de primera mano.

El modo de decirlo denunciaba la importancia que concede a este aspecto de resultados prácticos.

—¿Acaso es lo más positivo de cuanto allí puede lograrse?

Duda, y no quiere redondear la afirmación rotunda. Pero sí dice que allí se conoce la realidad de la mayor parte del mundo en todos sus aspectos, desde el político al económico y social.

—Aquello es el centro más importante de información internacional. Y téngase en cuenta que el mundo tiende cada vez más a una política internacional más interdependiente.

—La presencia de España en la O. N. U. en forma de observador, ¿significa realmente un paso hacia el ingreso?

—La califica para ser admitida cuando se resuelva el problema de fondo?

—¿Qué problema es ése?

—Para que España, lo mismo que los restantes países pendientes, ingresen en la O. N. U., hace falta un compromiso político sobre el asunto entre Estados Unidos y Rusia, cosa poco probable por ahora. O hacer que las solicitudes de admisión pasen directamente a la Asamblea General, donde no hay veto. Esta es la tesis colombiana sobre la interpretación del artículo 4.º de la Carta fundacional.

Hablaba el señor Areilza como si se tratara de un tema lejano y ajeno.

CONFABULACION CON- TRA ESPAÑA

Todo el mundo conoce los últimos acontecimientos en torno a las relaciones hispanonorteamericanas. Norteamérica, en otro tiempo esquivia y desdenosa, hoy abre sus brazos a nuestro país. Pero no es el elemento oficial solamente quien ha cambiado o evolucionado así. Es el pueblo, la mayor parte de la gente. Que la opinión pública norteamericana—auténtico factor decisivo en la política—ha modificado su postura no hace falta insistir en ello.

En realidad, ni Norteamérica conoce a España, ni España a Norteamérica.

—Estados Unidos, en general, ha tenido una idea confusa, a veces deformada, de la verdadera realidad española.

—¿Intencionadamente?

—No. Consecuencia de su indiferencia por los problemas europeos. Hasta después de la segunda guerra mundial, ha sido el país del aislacionismo.

—Pero eso no justifica una postura de adversidad.

—Es cierto que España fué víctima de una confabulación propagandística.

—¿Cómo pudo prosperar allí?

—Se desconocían los fundamentos doctrinales de nuestro Movimiento, y, por otra parte, aquella enemiga propaganda fué hábilmente orquestada por los exilados y agentes comunistas, que en el período de la posguerra manibaban alegre y cómodamente. Todo ello originó una versión desfavorable y perjudicial de nuestras cosas.

—Desterrada ya? Al decir esto, elimino de mi pregunta aquellos elementos abiertamente interesados o amarrados por compromisos o imposiciones.

El señor Areilza se recuesta suavemente sobre el sofá y mira al techo un momento. Realizaba, tal vez, un recuento mental.

—Pues no. Aun quedan sectores de Prensa y opinión afectados por aquella propaganda. Precisamente, la desaparición de esos errores es una de las tareas que, como objetivo principal, ha de emprenderse allí.

DIALOGOS Y TELEVISION AL SERVICIO DE ESPAÑA

—Usted, aparte otras cosas, tiene visión periodística.

El conde de Motrico sonríe.

—Así, que tendrá de seguro un plan para llegar a la penetración y compenetración con el pueblo norteamericano. ¿Qué instrumentos o métodos considera más eficaces?

—Norteamérica es un país enorme y disperso geográficamente. Los medios para difundir nuestra verdad son muchos: televisión, radio, Prensa, conferencias, diálogos, reuniones, Clubs, Centros universitarios... Así, que ya puede imaginarse.

—Pero unos serán más eficaces que otros.

—El diálogo. El diálogo público.

—¿Y por qué el diálogo?

—Porque forma parte de una característica esencial del pueblo norteamericano: su profunda honestidad mental. El hecho de aceptar un diálogo en público predispone favorablemente la opinión. Es señal de que no hay nada que ocultar o temer. Preguntan con la sana idea de obtener respuestas ajustadas a la verdad. Luego, continúan las consultas por cartas.

Tiene uno que hacerse partícipe del entusiasmo que muestra nuestro embajador ante esta cualidad, de esta noble y envidiable cualidad, del pueblo norteamericano. Allí se persigue, se castiga el perjurio. Allí se detesta la falsedad. Por eso tienen tanto éxito los diálogos.

—¿A qué obliga esto?

—A una exposición honesta y sencilla de las cosas.

Lo decía cerrando la mano.

—¿Y la Prensa?

—Cada periódico tiene su área. Y esto hay que tenerlo en cuenta. Casi todos ellos son locales, por mucha tirada que tengan.

—¿Es de más amplio y seguro efecto la televisión?

—Sí. Es más, quizá sea el factor más importante de la unidad política y espiritual del país. El Presidente Eisenhower se ha dado cuenta de ella, y por eso las semanales conferencias de Prensa, tan conocidas de todos, serán también televisadas. Antes, sólo utilizaba este medio moderno para los solemnes mensajes.

—Aludió antes a los Clubs.

—¡Ah!, sí. Los Clubs, sobre todo los femeninos, que tienen mucha curiosidad, constituyen unos Centros de difusión bastante importantes. Los hay por millares y millares. En ellos, después de una conferencia, se inicia un coloquio entre conferenciante y auditorio, cosa allí habitual. De esta manera, puede llegarse a la disipación de dudas.

—La difusión del pensamiento escrito creo que habría de realizarse a base de libros y revistas científicas. Y precisamente en los Centros universitarios. Casi todas las Universidades norteamericanas cuentan con un lector de español.

El cine tiene por ahora en sus manos el ir presentando unos pueblos a otros. Pero el cine tiene su ligero matiz comercial, que muchas veces inclina a lo más asequible y pegadizo a la vista y oído de los demás. Así, resulta que nosotros tenemos una visión, una idea un poco especial del pueblo norteamericano. Y ellos, también la tienen de nosotros. De aquí, la pandereta; de allá, una vida alegre, aunque agitada, y una inestabilidad de la familia.

—Hay también una leyenda negra americana.

—¿Cuál?

—Esa deformación ante los ojos de Europa de las profundas virtudes sociales y éticas de la vida de aquel pueblo.

—¿Es que esas versiones cinematográficas o esos sueltos propagandísticos en torno del cine y otros artistas no reflejan el modo de ser de los norteamericanos?

El señor Areilza responde categórico, sin duda ni tardanza. Seguro y convencido de lo que dice.

—Aquel pueblo es familiar, amante del hogar y los niños. Exalta las virtudes domésticas.

—Entonces, ¿qué es lo que por contraste impresiona más?

La respuesta es también rápida y sin titubeos.

—La enorme cantidad de posibilidades que se ofrece a la iniciativa del individuo. Esto crea una atmósfera en la que el clima de igualdad de estas posibilidades es una realidad efectiva.

—¿Poca vida colectiva?

—Menos intensa, en cierto modo, que en España. Menos tertulias, menos café, menos ágora.

—¿Y esa infantilidad de que tanto se habla?

—No existe. Norteamérica no es infantil. Es un pueblo de ricas virtudes morales, fuertemente sentidas. Esto es propio de la adolescencia, y se pierde a veces en la madurez.

—Pero esa manera de afrontar los problemas...

—Por tener gran conciencia de su fuerza y poder, desdena sutilezas y complejidades que otros viejos pueblos europeos tienen que emplear para justificar u ocultar el declive de su poderío.

—Allí, ¿qué predomina entonces?

—El negocio. El negocio predomina y sujeta la actividad cotidiana del individuo, como una exigencia suprema e implacable.

—Así, que el tono general de la vida del norteamericano, en comparación con el nuestro...

—Quizá más triste y menos desenvuelto. En ello influye el engranaje de la vida moderna, que, con todas sus comodidades, resulta muy dura y exigente.

El conde de Motrico, nuestro embajador en Washington, no ha visitado una sola vez aquel país. Estuvo varias veces con anterioridad a esta misión diplomática de ahora. Por sus múltiples dedicaciones—político, economista, periodista, etc.—, ha podido calar la intimidad de aquel pueblo bajo los más diversos aspectos. Habla de ello con seguridad. Y parece mostrar que se siente atraído. ¿Efecto de ciertas fuerzas naturales? También

los vasos, por regla general, tienen allí mucha aceptación.

—Bien. Después de su análisis del pueblo norteamericano, bueno será conocer cómo nos ven ellos. ¿Qué admiran más en nosotros?

El señor Arelliza se manifiesta casi cratérico en sus gestos. Mueve las manos como queriendo redondear las frases.

—El acento inconfundible de la personalidad y el carácter español. Nuestra personalidad en todo. El valor humano de los españoles y la recia característica de nuestra cultura, especialmente de nuestro arte.

—¿El arte?
—Una exhibición de obras pictóricas españolas en Estados Unidos crearía una verdadera onda de emoción espiritual sin precedentes.

Por primera vez hubo unos momentos de silencio. Estos minutos de silencio eran de gran valor, porque el diálogo había que mantenerlo e impulsarlo contra reloj. De pocos minutos disponíamos. Hasta entonces, la palabra fácil, clara y oportuna del conde de Motrico no había tenido descanso. Pero ahora, sí.

—Tal vez sean los cuadros de pintura el mejor medio de penetración.

Robusteció así y con el tono de voz la importancia que concede a nuestra pintura como vínculo de aproximación:

—Su impacto llegaría a todo el país directa o indirectamente. No olvide usted la influencia y posibilidades de la televisión. Provocaría una oleada sentimental por encima de las contingencias políticas y divergencias de criterios.

Quedó, silencioso, mirando la alfombra del suelo. Apuntándose luego con el índice, concluyó:

—España se pondría de moda.

EXITOS DEL CAPITALISMO NORTEAMERICANO

Quien lea Prensa o escuche emisiones radiadas conocerá en seguida el planteamiento de la propaganda soviética: lucha contra el capitalismo norteamericano.

El capitalismo norteamericano es una realidad. El nivel de vida del pueblo norteamericano, es otra realidad. Los dos se dan juntos y son bien conocidos. No hay nivel de vida como el del pueblo norteamericano.

—¿A qué es debido esto?

El señor Arelliza no es profano en materia de economía y similares. Ha sido incluso personalidad rectora en nuestro país; concretamente, en el departamento ministerial de industria.

—La estructura integralmente capitalista de la sociedad norteamericana ha hecho sus pruebas con gran eficacia. Dos tendencias han cooperado a su éxito. Una de ellas, la productividad.

—Que la ha convertido en artículo de exportación.

—La productividad, el milagro de la productividad ha hecho posible el desarrollo de la técnica y ha llevado al obrero a producir tres o cuatro veces más, con una reducción considerable de la jornada de trabajo. Esto ha tenido las siguientes consecuencias: que el obrero está mejor pagado y, además, se asocia de modo directo al progreso de la técnica y a las iniciativas del empresario.

Y la última consecuencia es la eliminación de la lucha de clases.

—Y la perfección de sus métodos parece darle el carácter de secreto.

—Es casi un secreto, ante el asombro de los europeos. Están muy por encima de todos. Aquí, en Europa los que más se han acercado son los alemanes.

—Y la otra tendencia, ¿cuál es?

—La dura corrección del sistema fiscal, encaminada a la justicia distributiva. Allí, el Estado se queda en algunos casos, por medio de los impuestos, con el noventa por ciento de los ingresos individuales. De esa manera se trata de evitar la exagerada acumulación de riquezas. Y, si esto es poco, al llegar la hora de transmitir los bienes por herencia, se queda hasta con el ochenta por ciento.

—Es verdaderamente fuerte y duro.

—Es que allí tiene el capitalismo un gran sentido social de su misión. No hay millonario que en vida o por testamento no entregue a la sociedad gran parte de su fortuna. Son muy frecuentes las donaciones que los llamados filántropos hacen a centros benéficos o las fundaciones que otorgan para su institución.

Hablaba con la mayor naturalidad, sin reticencias ni tono irónico. Expresaba, eso sí, su admiración, muy humana, ante ejemplar generosidad. Aquel capitalismo calcula, discute, controla y ahorra; pero luego beneficia, cuando hay demasía. Revierten los excesos a la sociedad. Y la sociedad siente respeto.

Respeto e imitación. Imitación por reconocimiento, hasta convertirse la generosidad en una de las grandes virtudes del pueblo norteamericano. Mejor todavía: conciencia social de que las necesidades y deberes atañen, en proporción de sus fuerzas, a todos y cada uno.

Puede servir de ejemplo la reciente información de un correspondiente: Raymond Wallace, empleado en una manufactura de ropa femenina ganó 140.000 dólares en las carreras de caballos. Por impuesto pagó al Estado, aproximadamente, 90.000. De los 50.000 restantes, destinó casi una tercera parte (15.000) a donativos: 5.000, a la Asociación para el Progreso de la Raza de Color (Wallace es negro); 5.000, a repartir entre los Fondos de Ayuda Religiosa de Nueva York, y el resto, a la Unión de Hospitales, a la Universidad negra, a la Liga Atlética de la Policía, a los Boy-Scouts y a la Y. M. C. A., de Harlem.

Lo de Raney Wallace es uno de los casos.

¿ORIENTE O EUROPA?

Consultó, como un árbitro, el reloj, me miró sonriente, juntó las manos y luego las extendió, y, por fin, me dijo, algo forzado:

—Amigo, son las once.

No mandaba. El mismo parecía obedecer. Parecía sometido a algo, para mí desconocido. No era dueño de sí, sino de un programa construido con minutos.

De pie los dos, nos empujaban los segundos en aquel amplio despacho, bien decorado. El se movía, elegante y cordial.

—¿Muy numerosa la colonia española en Norteamérica?

—Hay alrededor de tres millones de personas que hablan español. Pero en su mayoría son hispanoamericanos; sobre todo, portorriqueños y mejicanos.

—¿Qué estimación tienen nuestros emigrados?

—Se consideran duros y abnegados.

En nuestro diálogo había tres personajes. Uno, invisible, el tiempo, representado por el reloj. Un personaje reductor.

—Se habla del aumento en el cupo de inmigración de españoles.

—Hasta ahora han predicinado los anglosajones y de países centroeuropeos, víctimas estos últimos de las conmociones de la posguerra. Se gestiona el aumento en el cupo español en buenas condiciones.

Estamos ya en la puerta del despacho.

—Es muy complicada su labor. —Delicada. Pero tengo muy buenos colaboradores. Y muy buenos amigos.

—En el proceso de acercamiento y comprensión de España habrán tenido también muy buena parte algunos embajadores norteamericanos, lo mismo cuando estuvieron aquí que ya de regreso en su patria.

—Los ex embajadores hablan excelentemente de España. Mantienen buenas relaciones con nuestra Embajada.

Se detiene de pronto, mira de nuevo el reloj, se aparta un poco y habla de nuevo, en un tono como pidiendo que haya constancia de ello:

—En esta tarea de aproximación y rehabilitación de España hay que recordar a mi antecesor y paisano don José Félix de Laquerica. En todas partes quedan testimonios de su difícil, ardua y eficaz labor.

Se interpone, invisible, la figura del secretario de Estado, minister Foster Dulles, el ministro viajero, ese hombre a quien siempre he visto fotografiado de perfil, como en plan de marcha.

—Es de una personalidad muy acentuada, rectitud moral admirada por todos, voluntad férrea y capacidad de trabajo inverosímil a su edad. Tiene más de setenta años. Es profundamente religioso.

—¿De qué religión?

—Protestante. Pero tiene un hijo jesuita.

Nos encontramos ya en el pasillo.

—¿Qué les preocupa más, Europa o el Oriente?

—Hay división en los dirigentes. Los asiáticos dicen que en el Oriente se decidirá el porvenir del mundo. Aquellas masas humanas, reservas inagotables...

Un criado tiene ya preparado el abrigo.

—¿Y la división e indecisión de Europa?

—La consideran consecuencia del desbarajuste posterior a la guerra.

Estamos en la puerta de la calle.

—¿Y el Presidente Eisenhower?

—Me parece que es europeísta.

—Muchas gracias.

Se dirige a un criado:

—Que preparen el coche.

JIMENEZ SUTIL



CABALLEROS

*Elegancia y distinción
de nuestras prendas
confeccionadas*

Galerías Preciados

INESPERADA "PURGA" EN PARTIDO COMUNISTA ITALIANO



El senador Secchia (derecha) acompañado de su asesino de Mussolini

SÈCCHIA, EL HOMBRE DEL DEL P. C., CAE EN DESGRACIA

GOLPE DE ESTADO EN BOTTEGHE OSCURE

Enero ha sido un mes movido en una calle de Roma, en la via Botteghe Oscure. Hay allí un edificio rojizo, de estuco, en cuyo puerta hay siempre gente: es el cuartel general del partido comunista italiano. El 18 de enero, desde las primeras horas, la casa estaba llena con representantes de las Federaciones provinciales. Toda la «Direzione» estaba reunida.

Se sabía que algo iba a pasar. Creo que, desde hace años, no se había conocido momento que me-

por señalase la crisis interna del partido que la que rondaba, velada pero duramente, las horas del día 18.

Por las caras no se podría adivinar otra cosa que la siguiente: mucha gente de Togliatti. Es decir, la mayor parte de las jerarquías. Todos los napoleónicos. Que Togliatti es el Napoleón pequeño de la reunión.

En la puerta de entrada coincidieron dos hombres: Giorgio Améndola, el hijo del liberal Giovanni, y un hombre de traza fuerte, de mirada pesada y fría: Pietro Secchia.

La mirada de los dos retuvo, por unos instantes, la de cada uno; luego entraron. Fué Améndola quien hace poco, cuando se expulsaron de las filas romanas del partido a unos centenares de militantes, el que corrió la voz: «Gente di Secchia».

Dentro las cuentas estaban echadas, pero Togliatti estaba dispuesto a hacer la «revolución de las buenas maneras». El venía de su casa, el número 15 de la calle Assietta, donde vive con su hija adoptiva, Marisa Malagoli, con toda la tramoya preparada: tres horas de discurso. No ya cuatro y cinco como antes, cuando se decía que las desarrollaba sin beber una gota de agua, sino las tres que le han recomendado como máximo los médicos.

Sus enfermedades: diabetes, consecuencia del atentado de que fué objeto en 1948. Molestias nerviosas: consecuencia del accidente automovilista de 1950.

Cuando la reunión se dispersó, cuando la escolta de Togliatti bajó las escaleras detrás de su jefe, adelantándose uno hasta la calle, el «golpe de Estado» se había producido: Pietro Secchia no era ya vicesecretario general del partido.

Un silencio especial, incómodo, reinaba en la casa. Un redactor de L'Unità tomaba nota de la breve referencia que iba a aparecer en el periódico el día 19. «La Dirección del partido comunista italiano, reunida el 18 de enero ha confirmado al compañero Palmiro Togliatti en el cargo de secretario general, y al compañero Luigi Longo en el cargo de vicesecretario general... Pietro Secchia ha sido destinado a la Secretaría regional de Lombardia...»

Se cerraba así, aparentemente, una hoja del libro. Pero aparentemente. Aunque desde el número 15 de la vía Assietta se hablaba con euforia, la cosa había sido difícil y engorrosa. Por lo pronto hubo que comenzar con un engaño.

CAMBIO DE PROGRAMA

La crisis interna del partido comunista italiano no es nueva: se podría decir que está latente desde muy antiguo; pero el chispazo Secchia-Togliatti de estos días da sólo una cara, quizá la menos importante del problema. Pietro Secchia esperaba precisamente estos días pasados en que se sabía habíase de celebrar el Congreso del partido. Dejarle en minoría a Togliatti parecía a Secchia, que tiene ancha base en los cuadros, bastante fácil. Pero no sucedió nada de eso. Inesperadamente se suspendió el Con-



Pietro Secchia, al brazo de Giorgio Améndola, desfilando en una manifestación comunista

greso, y en vez de él se celebraba una «conferencia» en la que tomaron parte de forma casi exclusiva la «Direzione» del partido. Es decir, los togliattianos (togliattiani), como acostumbran a decir ahora en Roma.

La eliminación del Comité Central terminó con el poder de Pietro Secchia. Ya no hay más que un vicesecretario: Luigi Longo, el comisario Luis Gallo de la guerra de España, el agente de Moscú en los asesinatos de tantos españoles. Con él, su ex mujer Teresa Noce, entonces «militiana Estella».

Quedan ahora, entre muchos otros—en la «Direzione» ha llegado a existir un porcentaje abrumador de hombres de las Brigadas Internacionales en España—, dos hombres aliados: Togliatti y Longo. El primero, «Alfredo» y «Ercole Ercoli» en España; el segundo, ya lo hemos dicho: Gallo.

El hecho, sin embargo, de no querer plantear públicamente, es decir, ante más amplia base, la eliminación de Secchia demuestra hasta qué punto se recelaba sobre la división actual del partido. Por eso se alteró el programa. No Congreso, sino conferencia. O lo que es lo mismo, ajustes de cuentas.

LAS DOS POSTURAS: LA DEL NUMERO UNO Y LA DEL NUMERO DOS

El número uno es Togliatti; el número dos... era Pietro Secchia. Las diferencias políticas de cada uno no se pueden cifrar nada más que en unas líneas escasas: Secchia representa en Italia a

los «duros». Es el «duro» del partido.

Se afilió al partido en los primeros tiempos. Procede de la cantera social de Turín, la primera Federación comunista de Italia.

Togliatti, como Secchia también viene de allá, de Turín, pero representa para los tontos el papel del «blando». Cuando Secchia habla para considerar una traición cualquier mano tendida a los demás partidos, Togliatti se limpia parsimoniosamente las gafas y sonríe. Una sonrisa helada.

Pietro Secchia no tiene sentido del humor; es el hombre menos jovial de Roma. Pocos de los hombres de la enorme burocracia comunista que de una forma u otra dependían de él han visto su sonrisa. Es un misógino hostil, de vida extraña, a quien no se le conocen amistades. Sin embargo, cosa curiosa, ha sido redactor en dos ocasiones de su existencia de sendos periódicos humoristas. La primera vez, en Francia, durante el exilio, funda con otros un periódico que llevaba por nombre «Il Galletto Rosso», que se difundió durante breve tiempo clandestinamente en Italia. Luego, la segunda vez en Italia, en un periodiquillo que se hacía a mano: «L'Uomo Chiride».

En el nido áspero y difícil de la vía Botteghe Oscure, Secchia esperaba heredar a Togliatti. Primero, cuando los disparos del 14 de julio de 1948; después,

Comunistas italianos arrestados llegan en un coche celular y encadenados al Tribunal que habría de juzgarlos



cuando el accidente automovilístico de 1950.

El odio de los dos es viejo. Togliatti desapareció con el fascismo de Mussolini a Francia y a Rusia. A Pietro Secchia le detuvieron en 1931 por actividades subversivas y le condenaban a dieciocho años de prisión. Que se dividieron en algunos de confinamiento en una isla. No debieron ser malos, porque él mismo ha contado una anécdota: «Tenía siempre cerca de mí un vigilante, y para molestarle paseaba durante horas enteras hasta que ya no podía más...»

Salió a la calle en el año 1943 y pasó a ser comisario de la brigada de partisanos «Garibaldi», cuyos hombres cometieron atrocidades que hoy en día avergüenzan a todos. Los comunistas utilizaban la guerra, «la liberación» para hacer su guerra aparte. Hombre de Rusia, Secchia no ha dudado un solo momento en la vinculación del partido a la obediencia del Kremlin. Cuando el pacto germanoruso, origen de tantas dudas en los cuadros, planteó la disciplina entre los suyos inalterablemente: más ruso que italiano decían.

Su enemistad con Togliatti responde, pues, a causas distintas que a las de la ligazón a Rusia. Ambos, los dos, lo son. De Togliatti, «Pravda», el órgano oficial del partido comunista del mundo, ha dicho estas palabras: «Togliatti, dieciocho años en Rusia.»

Y no es que Togliatti pasara los dieciocho años del exilio en Moscú, sino obediente de Moscú. Pagado como agente internacional del Kremlin, articulado al Komintern pasando a España en las primeras horas del Aizamiento y desapareciendo en las últimas, después de haber sido el encargado de la gigantesca depuración trotskista de los comunistas que incautamente se alistaron en las Brigadas Internacionales. Fué el hombre que presidió la liquidación de los defensores rojos de Belchite después del descalabro. Pero estuvo siempre en la sombra, agazapado tras ella. Sólo era un nombre falso: Alfredo unas veces, Ercoli otras.

Togliatti regresó a Italia en la última semana del mes de marzo de 1944 en un transporte aéreo de los Estados Unidos que procedía de Argelia. Aterrizó en Nápoles, poco más o menos, con el tiempo justo para formar parte del primer Gabinete del nuevo Gobierno italiano. Así se producía la primera cufía. Fuera, en el monte, en cada villa, en cada lugarejo, brotaba la sangre. Como durante mucho tiempo se hiciera responsable a Togliatti de los asesinatos, en un mensaje radiodifundido por la Agencia Ansa, en abril de 1945, advirtió cuáles eran sus responsabilidades. «...pocos días antes de la liberación del norte de Italia me limité a expresar la opinión de que los jefes de las fuerzas partisanas debían hacer justicia sumaria contra los principales enemigos. Esta es la responsabilidad, por tanto, que yo tengo en este asunto.»

Casi la misma que si hubiera apretado el gatillo.

Pero un día, para señalara bien

las cosas, en una columna de «L'Unità», órgano periodístico del partido comunista italiano, aparecía esta breve nota:

«Mussolini fué ajusticiado con una pistola ametralladora calibre 7,65, L. Mas. M. 10-1938 F. 20830, en Dongo. Y todas las plumas de la Península no conseguirán resucitarlo.»

Pero para los burgueses italianos, Togliatti es el blando, el contemporizador.

SECCHIA, IGUAL A BERIA; TOGLIATTI, IGUAL A MALENKOV

La vinculación de los partidos comunistas nacionales a Moscú es tan fuerte que apenas si deja de existir, si se me puede permitir la frase, un resquicio para las diferencias. El engranaje es de tal forma compacto que cada nueva alteración política en Rusia se traslada a éstos por una cierta sismología subterránea. Dentro de los partidos, como si el Kremlin estuviera en la vía «delle Botteghe Oscure», tras de cada cambio ruso, comienzan las depuraciones.

Togliatti ha sido el hombre, el jefe comunista de Europa, que ha superado todas y cada una de las depuraciones rusas y nacionales para estar, al final, con el vencedor.

Pietro Secchia, al revés, estaba caracterizado por ser un hombre de Beria. Todo el mundo sabía en Roma mientras vivió Beria, que Secchia era intocable. Y por eso, aunque Togliatti ocupaba el cargo de secretario general, dirigía el aparato total de la organización. Detrás estaban los odios.

En 1952, Secchia presentaba un informe acusando a los cuadros de las Federaciones regionales del Piamonte, demostrando que las cosas iban mal. Después de las famosas y populares deserciones de Cucchi y Magnani, que abandonaron el partido después de detonante explosión, se destinaba a cada Federación un funcionario para la vigilancia. Llegaban así los métodos rusos. Al sistema se le puso este nombre: «Vigilancia revolucionaria». En las escuelas de Como, Bolonia y Roma los comunistas aprendían esta fórmula de catecismo comunista: *Un obstáculo que debe ser destruido es el sentimentalismo que hace decir a un camarada: «¿Cómo se puede desconfiar de un amigo, de un viejo compañero?»* Pero la respuesta se daba en el mismo decálogo: *No hay afecto ni amistad fuera del partido.*

Era simplemente la «robotización» de Italia. La creación del mismo sistema terrorista de Rusia: la delación como deber. El famoso «yo vigilo, tú me vigilas, a mí me vigilan».

Como siempre, porque Togliatti es el oportunismo, a la caída de Beria el secretario del partido comunista estaba con el vencedor. Y vencer, ya se sabe, es poner una etiqueta de enemigo o de trotskista al vencido. Esto, en Rusia, es lo que le pasó a Beria, que le pusieron de espaldas a la pared con un letrero: por colaboración con el capitalismo. Seguro que era de lo último que pensaba morir el hombre que

firmó la muerte y la deportación de miles de hombres.

EL MISTERIO DE GIULIO SENIGA, SECRETARIO DE SECCHIA

A Pietro Secchia no se le conocen amistades. Nadie en su vida privada, que es casi desconocida, impenetrable, recelosa. Sólo un amigo: su secretario particular Julio Seniga.

Seniga es otro hombre extraño. Se conocen cuando forman parte ambos de las columnas partisanas. Cuando termina la guerra, Secchia lo lleva con él a Roma. Pero no se puede olvidar que Secchia pertenece a la burocracia del partido, vive de ella, como otros 360.000 funcionarios que saben que reciben el dinero del «Marshall plan soviético». Gentes que saben no se pertenecen, que ni tan siquiera, en verdad, podrían poner en su pasaporte otra nacionalidad definitiva, exacta, que la rusa.

Por lo tanto, Secchia «educó» a Seniga para ingresar en el partido. Allí se convierte en su secretario particular, dándole además superioridad manifiesta sobre los otros dos.

Prácticamente, Seniga, es el único amigo de Secchia. Este, no contento con tenerle en Roma, y en la secretaría, le hace cambiar de piso (vivía en la calle Rocca Priora), para trasladarle a un apartamento, inmediatamente contiguo al de Pietro Secchia, en el número 15 de la calle Filippo de Lellis.

Giulio Seniga tiene treinta y cinco años, pero aparenta diez menos. Delgado, negligente en el vestir, con el pelo castaño, bien parecido, lo que menos le importa son las reuniones y las manifestaciones políticas de sus compañeros entre los que ocupa un puesto distinguido. Cada día, antes de entrar en la Botteghe Oscure se marcha al aeropuerto «dell'Urbe». Hace años que se convirtió en piloto civil y muchos días, en una avioneta de turismo recorre el cielo de Roma. En la vía Botteghe no se le quiere, pero detrás de él está Pietro Secchia.

Y de pronto, repentinamente, hace unos meses desaparece. No vuelve a entablar contacto ni con su jefe ni con el partido. Pero se descubre que ha estado en Francia, que se ha puesto en contacto con determinados grupos de París, que luego ha vuelto a Italia y recorrido una serie de Federaciones regionales. Pequeñas reuniones clandestinas, intercambios de consignas en pequeñas y olvidadas hospederías...

¿Qué es lo que sabe Giulio Seniga? Por sus manos han pasado durante años documentos importantísimos y, sobre todo, las cifras de los dineros misteriosos que se recibe de Rusia y los capitales que llegan por otros conductos no menos extraños. ¿Se ha llevado algún documento comprometedor? Es seguro que sí.

Por lo pronto, la sección S. O. I., Servicio de Organización e Información, lanza un «slogan»:

Seniga no ha escogido la libertad, ha escogido la caja del dinero. Le acusan del robo de setenta millones.

Se quiere tapar con un escándalo otro escándalo, pero sus salpicaduras van directamente al rostro de Secchia. Es a éste, al fin, contra el que se tiene ya, concretamente, un triunfo definitivo. Por eso, el caso Seniga, es la clave más importante de la eliminación del vicesecretario. Ante ella no le ha quedado más remedio que cantar el «mea culpa».

Mientras tanto, Seniga, contra quien no se ha empezado nada más que una campaña de difamación—en evitación del relieve que pueda tener cualquier revelación suya—, pero contra quien no se ha decretado la expulsión, contesta públicamente a la acusación del robo.

—Pruébese—dice.

—Denunciar a un funcionario nuestro—contestan—. Decir a la Policía venir a nuestra casa y registrarla, secuestrar nuestras cartas y nuestros registros..., demasado cómoda para nuestros enemigos...

EL MANIFIESTO DE LOS DESCONTENTOS

Nadie se ha preocupado de perseguir a Seniga por la acusación de la caja del dinero que se considera simplemente eso: una cortina de humo. Lo que sí importa es el movimiento que exista detrás de él. Lo que signifiquen sus correrías por el Norte, en las zonas ásperas de los partisanos.

Ahora, al terminar la Conferencia, ha comenzado a circular un manifiesto en el que se protesta duramente de los métodos de Togliatti, a quien se hace responsable de las últimas defecciones, de la mala acogida que tiene en las fábricas «L'Unita», que no se ven en ellas; del «aburguesamiento» del partido.

Y la «Intelligence» cree reconocer en el manifiesto el sello personal de Seniga. ¿Quiere esto decir que continúa en contacto con Secchia, con sus hombres intransigentes? Nadie lo sabe. El hecho cierto es que Giulio Seniga sirvió de punto de apoyo en la lucha contra el vicesecretario general. Quien le empujó fué su secretario particular, ya que se ha acusado a Secchia de imprevisión, de falta de actividad.

LA VUELTA DE LOS PRISIONEROS DE RUSIA

Poco a poco están volviendo de Rusia, convertidos en un montón de humana miseria, el resto de los 80.000 prisioneros italianos. Vuelven los pocos que han quedado. Pero ellos son, dentro del signo de nuestro tiempo, la señal de una herida que lleva el mundo consigo: la de los millones y millones de prisioneros, hombres y mujeres, que forman parte del invisible ejército de forzosos de Rusia.

«Son ellos—ha dicho el Campesino— los que pagan los gastos de los partidos comunistas nacionales, de sus funcionarios, y de sus abogados y políticos...».

Pero el hecho cierto es que los prisioneros, hundiendo la espada en la llaga, han vuelto a poner de relieve una cosa que era indiscutible para todos: la participación del comunismo italiano en los malos tratos de que han sido objeto. Un último grupo ha acusado directamente a Edoardo D'Onofrio. Y D'Onofrio acaba de

ser reelegido otra vez más para uno de los cargos que dependen de la Secretaría del partido. Y D'Onofrio es vicepresidente tercero de la Cámara italiana de Diputados, donde el día 29, al reprochársele al diputado De Marzio, del Movimiento Social Italiano, se organizó una batalla campal.

Pero allí quedó, entre los gritos, ese palmetazo de los que vienen a la patria después de ocho años, y han visto allí, frente a su propia y radical miseria, a los que en Italia se presentan con el título de senador ante sus propios ojos.

El suceso, que ha herido súbitamente la sensibilidad italiana, puede ser que no pase a nada serio. Pero en el entretanto, todo es motivo suficiente para la meditación.

EL MAS «DURO» DE TODOS

El número uno. «Il Migliore», Palmiro Togliatti (a quien sus padres le pusieron Palmiro porque nació el 26 de marzo de 1893, en un día de Ramos) pasa a los ojos de los italianos por ser el hombre con el que es posible entenderse.

Pero Togliatti es de entre todos los comunistas europeos, una de las cabezas que inventaron, en Moscú, la táctica del Frente Popular, del caballo de Troya que lleva escondidas en sus entrañas las espadas que cortarán la libertad de Italia. Mientras los demás, como Secchia, presumen de intransigentes, de «duros», el verdadero hombre de Rusia, del único que se ha dicho esa laudatoria y corta oración «Togliatti, dieciocho años en Rusia», es el más duro de todos. El ha estado presente en todas las depuraciones. Fué en España la mano que cerró en Belchite, invisiblemente, la boca del comunista italiano Marcucci, única voz que se levantó para señalar que las posiciones se habían perdido porque era imposible la resistencia.

El ha sido, también, con buenas maneras, el que ha separado a Secchia del mando.

Pero es él quien actúa sobre el mundo político italiano como un colosal estupefaciente. Cuando se le habla de su propaganda antirreligiosa contesta con citas bíblicas o con su constante política en Italia: «Tenemos puntos de contacto con los católicos: la paz».

Salvo que la paz del catolicismo nada tiene que ver con la suya.

A LA LOMBARDIA ROJA

El nombramiento de Pietro Secchia para secretario de la Federación de Lombardía cumple, en principio dos fines. Quitar a Secchia, de una vez del «aparato» del partido: la organización militar pasa, ahora, a Luigi Longo. Otras actividades que desarrollaba Améndola. La sismología registra graves sucesos: el partido en Trieste, con su jefe Vidali no quiere someterse—está muy cerca el caso

La Piazza del Popolo de Roma, durante una concentración del partido comunista italiano



Giulio Seniga, que era secretario particular de Secchia

Tito—a la dictadura de Roma. Los Sindicatos, dirigidos por Di Vittorio han tenido una baja notable.

En Lombardia, donde hay reductos que forman parte de lo que han venido llamándose los «Stalingsrados soviéticos de Italia», la situación ha cambiado, en parte, después de la batalla encabezada por el cardenal Lercaro.

Togliatti, que ha despedido con hábiles palabras a Secchia, ha dicho: «Si la Iglesia manda a Montini, nosotros mandamos a Pietro Secchia».

Aparentemente, sin embargo, el envío del ex vicesecretario a Lombardia, donde se encuentran las más amplias zonas de «intransigentes» parece contradicción con una sanción punitiva, y, sin embargo, puede ser lógica. Togliatti no puede deshacerse totalmente de un hombre de la personalidad de Secchia en los momentos actuales. Tiene que esperar antes, simplemente, a ver qué sucede en Rusia donde, en los momentos presentes, se entabla también la batalla por el Poder. Sólo, de igual forma, que teniendo en cuenta el sistema, la vigilancia, la disciplina y la delación, teniendo en sus manos el aparato burocrático y militar, no hay peligro alguno. Es él desde la secretaria general, el que sigue dirigiendo el enorme bloque de los 2.500.000.

Puede permitirse el lujo de que sea un duro el que se enfrenta, cubriendo las bajas creadas por un cardenal arrojado y evangélico, a la nueva batalla. En Milán está el arzobispo Montini.

Tal es, en medio de la confusión de la burguesía italiana, el aspecto que presenta el problema: eliminación de Beria a la manera de Togliatti. Por ahora.



EL ESPAÑOL

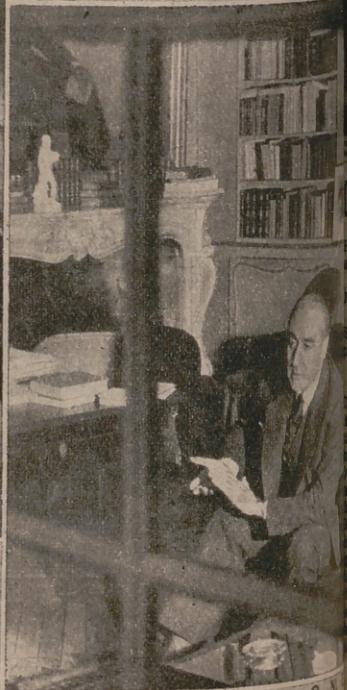
SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



**CARTA
IMPORTANTE EN
LA VALIJA DE UN
EMBAJADOR**

**ESPAÑA: UNA VOZ
QUE NECESITA
LA O. N. U.**



**"TODOS LOS PAISES CONSULTADOS RESPON-
DIERON AFIRMATIVAMENTE, A EXCEPCION DE
UNO", DICE EL SEÑOR AREILZA**

«La permanencia en la O. N. U. tiene un doble interés», comenta el embajador español en Washington